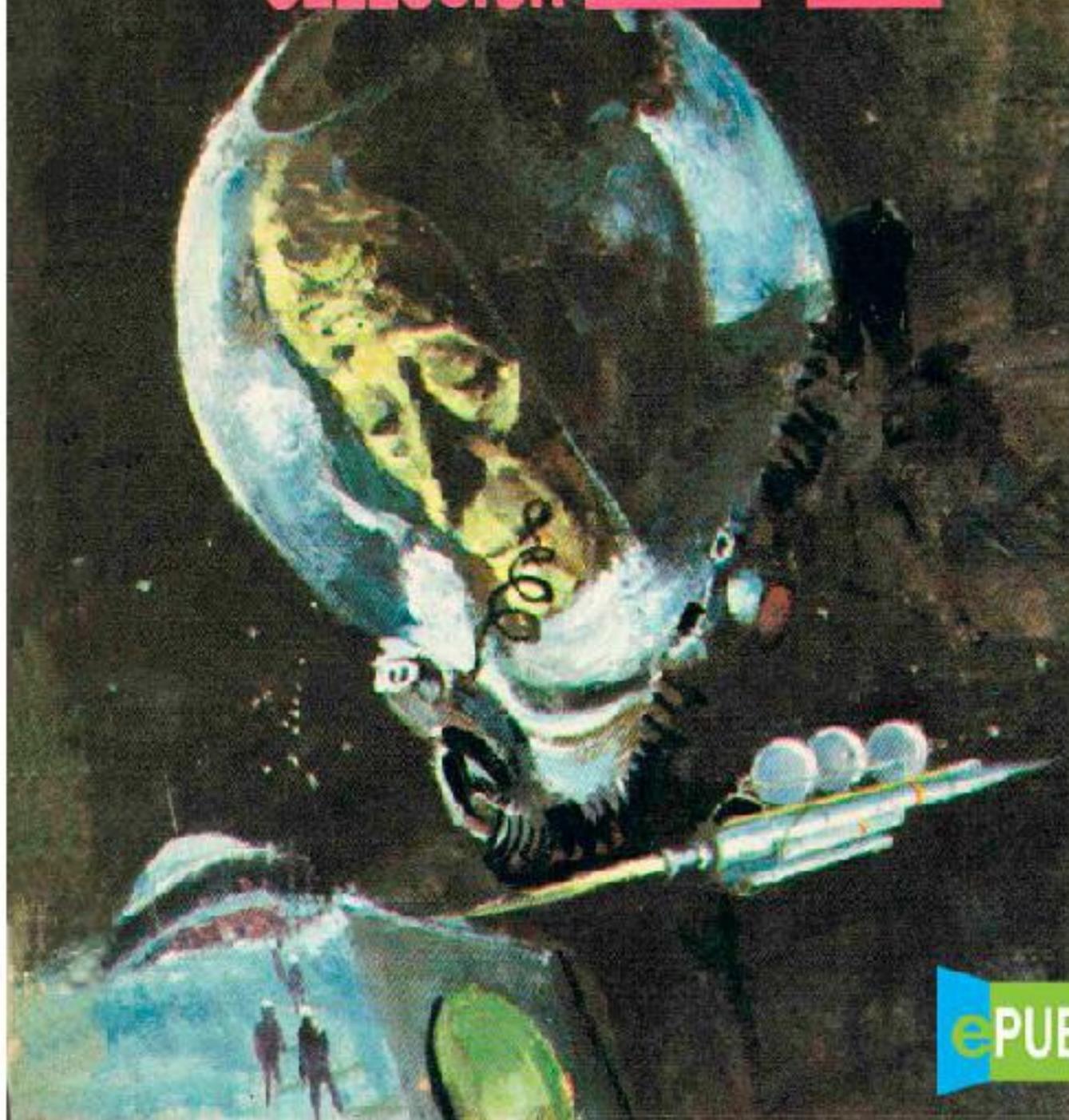


CIENCIA FICCION

SELECCION **24**



ePUB

Estas antologías son una selección de los relatos publicados en la revista estadounidense *The Magazine of Fantasy and Science Fiction*, considerada la más importante del mundo en los géneros de anticipación y fantasía científica.



VV. AA.

Ciencia ficción. Selección 24

ePub r1.0

viejo_oso 23.01.14

Título original: *Ciencia ficción. Selección 24*

VV. AA., 1976

Traducción: José M.^a Pomares

Portada: Badía Camps

Editor digital: viejo_oso

ePub base r1.0

más libros en **ePubGratis**

Contenido

Presentación: *La SF y el incremento de la conciencia*, Carlo Frabetti.

Híbrido (Hybrid), Keith Laumer, 1961.

¡Coge ese zepelín! (Catch That Zeppelin!), Fritz Leiber, 1975.

El mundo de Myrion Flowers (The World of Myrion Flowers), Frederik Pohl & C. M. Kornbluth, 1961.

La máquina que ganó la guerra (The Machine That Won the War), Isaac Asimov, 1961.

El ratón (The Mouse), Howard Fast, 1969.

«*Eine kleine Nachtmusik*» (*Eine Kleine Nachtmusik*), Fredric Brown & Carl Onspaugh, 1965.

Sube a verme alguna vez (Come Up and See Me Some Time), Gilbert Thomas, 1969.

El túnel (The Tunnel Ahead), Alice Glaser, 1961.

La lámpara (The Lamp), L. Sprague de Camp, 1975.

PRESENTACIÓN

La SF y el incremento de la conciencia

«La consigna es ampliar el área de la conciencia», dice Allen Ginsberg, haciéndose portavoz de una de las ideas fundamentales, si no la más importante del movimiento contracultural.

Pero la idea no es un descubrimiento de la contracultura. Es al menos tan antigua como el yoga, y desde que los neurólogos descubrieron que sólo utilizamos una pequeña parte de nuestro cerebro, se ha elucubrado mucho sobre la posibilidad de ampliar las funciones mentales, tanto intensificando las que ya ejercemos como propiciando el desarrollo de pch sibles facultades latentes del cerebro.

Por fuerza la SF^[1] tenía que ocuparse de tan inquietante y sugestivo tema, y de hecho lo ha abordado desde todos los ángulos imaginables. Probablemente sea la telepatía la presunta potencialidad mental con más frecuencia tratada por el género, y de ello tenemos abundantes muestras en anteriores selecciones. Pero hay otras muchas posibilidades mentales sobre las que cabe especular, como por ejemplo la de la simbiosis con mentes extrañas, tema del que Híbrido, el relato que abre esta antología, constituye una fascinante muestra.

O la percepción de otros continuum temporales, recurso que a menudo sirve para consideraciones históricas de diversa índole, como ocurre en ¡Coge ese zepelín!, del veterano Fritz Leiber.

O el viejo tema de la telepatía, pero enfocado desde un ángulo imprevisto

(y sin embargo sumamente plausible), como hacen Pohl & Kornbluth en El mundo de Myrion Flowers.

Y, por otra parte, no sólo el cerebro humano es objeto de especulación (en el buen sentido de la palabra, en este caso): la «ampliación del área de la conciencia» de un ser tan humilde como un ratón puede dar pie a un sensitivo y turbador relato, como demuestra Howard Fast en el cuento titulado precisamente El ratón.

Animales pensantes, hombres más-que-pensantes, incluso árboles pensantes... Todo es posible en la fecunda imaginería de la SF. Y no sólo posible, sino también plausible, o al menos respaldado por una solidez especulativa y, más o menos directamente, un objetivo: contribuir a ampliar el área de la conciencia... del lector.

CARLO FRABETTI

HÍBRIDO

Keith Laumer

Plantar un árbol, escribir un libro, tener un hijo... En cierto modo, en el siguiente relato encontrará estas tres cosas —y algunas más— fundidas en una.

En las profundidades del suelo del planeta, pequeñas raíces más resistentes que cable de acero sondeaban entre cristalinas partículas de arena, a través de compactas vetas de arcilla y capas ligeras de pizarra, buscando y descartando elementos inservibles, en busca del calcio, el hierro y el nitrógeno.

Aún más abajo, un sistema secundario de raíces rodeaba y sujetaba la superficie masiva del lecho de roca. Los zarcillos sensores controlaban la más diminuta vibración de la costra planetaria, las rítmicas presiones de la marea, el peso estacional de la capa de hielo, los pasos de las criaturas salvajes que cazaban bajo la enorme sombra del gigantesco árbol Yanda.

En la superficie, muy por encima, el inmenso tronco macizo como un acantilado, con su vasta circunferencia anclada por poderosos contrafuertes, se elevaba más de ochocientos metros sobre la prominencia, extendiendo sus enormes ramas bajo la blanca luz del sol.

El árbol sólo muy remotamente captaba el movimiento del aire sobre las pulidas superficies de innumerables hojas, el estremecido intercambio de moléculas de agua, bióxido de carbono y oxígeno. Reaccionaba automáticamente a las débiles presiones del viento, estirando las ramas más delgadas para mantener cada hoja en un ángulo constante con respecto a la radiación que se abría paso a través del complejo follaje.

El largo día seguía avanzando. El aire fluía siguiendo intrincadas pautas; en la subestratosfera, la radiación aumentaba y disminuía al impulso de las masas de vapor, las moléculas nutritivas se movían a lo largo de los capilares; las rocas crujían suavemente en la oscuridad, bajo las pendientes sombreadas. En la invulnerabilidad de su masa titánica, el árbol dormitaba en un

generalizado estado de conciencia de bajo nivel.

El sol se movía hacia el Oeste. Su luz, filtrada a través de un creciente espesor de atmósfera, era ahora de un amenazador color amarillento. Las nervudas ramas giraban, siguiendo a la fuente de energía. Con una cierta somnolencia, el árbol replegó sus brotes más tiernos ante el creciente frío, ajustando su temperatura y su pérdida de humedad, así como su receptividad a la radiación. Mientras se iba quedando dormido, soñó en el lejano pasado, en aquellos años de libre migración por la plataforma fáunica, antes de que el instinto de enraizar y crecer le hubiera llevado hasta allí. Recordó el bosquecillo de su juventud, el árbol patriarcal, los hermanos-espora...

Ahora ya era de noche. El viento estaba aumentando. Una poderosa ráfaga se abalanzó contra el pesado obstáculo del árbol; las grandes ramas crujieron, resistiendo; las estremecidas hojas se ensortijaron, apretándose contra la lisa corteza.

Desde el profundo subsuelo, las fibras abrazadas a las rocas transmitían información que era comparada con las impresiones procedentes de las distantes superficies de las hojas. Se estaban produciendo grandes vibraciones procedentes del noroeste; la humedad relativa estaba aumentando, mientras que la presión del aire disminuía... Se formaba un esquema de la situación, señalizando peligro. El árbol se agitó; un temblor recorrió el poderoso sistema de ramas, sacudiendo los frágiles cristales helados que habían empezado a formarse sobre las superficies en sombra. Se dio la alerta en el corazón-cerebro, disipando el eufórico sueño. Poco a poco, las facultades dormidas desde hacia tiempo empezaron a entrar en juego. El árbol se despertó.

Instantáneamente, captó la situación. Una tormenta se acercaba desde el océano... un gran tifón. Ya era demasiado tarde para tomar medidas efectivas. Ignorando el dolor producido por la desacostumbrada actividad, el árbol envió nuevas raíces de choque... cables de siete centímetros de diámetro, tan fuertes como el acero... para que se agarraran a los grandes bloques de roca situados cien metros al norte de las raíces extremas.

No había otra cosa que pudiera hacer el árbol. Impasiblemente, esperó la violenta embestida de la tormenta.

—Hay una tormenta allá abajo —dijo Malpry.

—No te preocupes, la sortearemos.

Gault manejó los controles, con los ojos fijos en los cuadrantes.

—Alejémonos y hagamos luego una nueva aproximación —dijo Malpry, estirando el cuello desde su plataforma de aceleración.

—Cállate, yo dirijo este trasto.

—Encerrado en él con dos locos —se lamentó Malpry—, tú y ese rastrero.

—Yo y ese rastrero nos estamos cansando de escuchar a un bicho como tú, Mal.

—Cuando descendamos, Malpry, arreglaremos cuentas allá afuera —dijo Pantelle—. Ya te he dicho que no me gusta que me llames «rastrero».

—¿Volvéis a empezar? —dijo Gault—. ¿Ya os habéis curado de la última vez?

—No del todo. No parece que me pueda curar muy bien en el espacio.

—Y nada de ajustar cuentas, Pantelle —dijo Gault—. Él es demasiado grande para ti, Mal, déjale en paz.

—Le dejaré en paz —murmuró Malpry—. Tendría que abrir un agujero y dejarle en él...

—Guarda tu energía para cuando estemos allá abajo —dijo Gault—. Si no cometemos ningún error con éste; lo conseguiremos.

—Capitán, ¿puedo hacerme cargo del reconocimiento en el campo? Mi entrenamiento en biología...

—Será mejor que permanezcas en la nave, Pantelle. Y no trates de pasarte de listo. Limítate a esperarnos. No disponemos de la fuerza necesaria para volver a traerte.

—Eso fue un accidente, capitán...

—No te preocupes más por eso, Pantelle. Quisiste hacerlo bien, pero sólo tienes dos pies y diez dedos.

—He estado trabajando para mejorar mi coordinación, capitán. He estado leyendo...

La nave fue zarandeada como una veleta cuando penetraron en la atmósfera. Pantelle gritó.

—¡Oh, oh! —exclamó—. Me temo que se me ha vuelto a abrir de nuevo ese codo izquierdo.

—¡No te vayas a desangrar encima de mi, bestia! —exclamó Malpry.

—¡Quietos! —dijo Gault entre dientes—. Estoy ocupado.

Pantelle se colocó torpemente un pañuelo sobre el corte. Tendría que practicar aquellos ejercicios relajantes sobre los que había estado leyendo algo. Y pronto empezaría a aumentar definitivamente de peso... y a vigilar su dieta. Y en esta ocasión sería muy cuidadoso y se la haría buena a Gault, en cuanto descendieran.

Ya incluso antes de que aparecieran las primeras señales de daño, el árbol supo que había perdido la batalla contra el tifón. En el respiro que se produjo en el momento en que el ojo de la tormenta pasó sobre él, comprobó los daños. No recibió ninguna respuesta del cuadrante nororiental de la red sensorial, donde las raíces habían sido arrancadas de la superficie de las rocas; las propias raíces extremas se agarraban ahora a la piedra pulverizada. Mientras que la fibra casi indestructible del árbol Yanda había resistido, el granito había fallado. El árbol estaba condenado como consecuencia de su propia masa.

Sin compasión alguna, la tormenta volvió a atacar, tronando desde el sudoeste para asaltar al árbol con una ciega ferocidad. Los cables de choque se rompieron como si fueran hilos de telaraña; los grandes bloques de roca crujieron y se partieron, con detonaciones que se perdieron entre el bramido del viento. En el tronco aumentaban las presiones de un modo agónico.

A casi cuatrocientos metros al sur de la raíz base, una hendidura abierta en la empapada vertiente empezó a aumentar de tamaño. El agua, arrastrada por el viento, se introdujo en ella, ablandando el suelo y haciendo que millones de diminutas raíces perdieran su asidero. Después, las raíces más grandes empezaron a moverse y a resbalar...

Mucho más arriba, la majestuosa copa del árbol Yanda se sometía

imperceptiblemente al irresistible torrente de aire. El gigantesco contrafuerte del norte, forzado contra la piedra que se extendía por debajo crujió cuando se colapsaron las torturadas células y después estalló con un demoledor estruendo audible incluso por encima de la tormenta. Por el sur abrió un gran arco de tierra, dejando expuestas las raíces y una enorme caverna.

La tormenta siguió su curso, atronando la pendiente, dejando tras sí un reguero de escombros destrozado y de lluvia torrencial. Una última y vengativa ráfaga azotó las ramas en un frenesí final; después, vencedora se marchó.

Y en el devastado promontorio, la magnífica masa del antiguo árbol, inclinada con la inercia incapaz ya de resistencia, terminó por desplomarse acompañada por el enorme estruendo de todos sus tendones partidos y desgarrados.

Y en el corazón-cerebro del árbol, la conciencia se fue apagando, acompañada por el insufrible dolor de la destrucción.

Pantelle descendió por la puerta abierta y se apoyó contra la nave para recuperar su ritmo respiratorio. Se sentía mucho más débil de lo que esperaba. Aunque la suerte parecía venirle en pequeñas dosis, aquello le haría tener que volver a empezar con su programa de aumento de peso. Y aún no se sentía preparado para entendedérselas con Malptry. Pero en cuanto tuviera un poco de alimentos frescos y de aire puro...

—Estos se pueden comer sin peligro —dijo Gault, limpiando la aguja analizadora sobre su pantalón y volviendo a guardársela en su bolsillo.

Extendió dos grandes frutos rojos a Pantelle.

—Cuando termines de comer, Pantelle, será mejor que consigas algo de agua y limpies el interior. Mientras tanto, Malptry y yo daremos un vistazo por ahí.

Los dos se alejaron. Pantelle se sentó sobre la hierba primaveral y mordió la esfera, del tamaño de una manzana. Pensó que la textura de aquella fruta le recordaba la del aguacate. La piel era dura y aromática; posiblemente se trataba de un acetato natural de celulosa. No parecía haber semillas. Si era ése

el caso, aquello no sería propiamente una fruta. Resultaría interesante estudiar la flora del planeta. En cuanto regresara a casa tendría que apuntarse a un curso de botánica en E. T. Probablemente, iría a Heidelberg o a Uppsala, y asistiría a cinco conferencias dadas por eminentes profesores. Tendría un pequeño y agradable apartamento —dos habitaciones serían suficientes— en la parte vieja de la ciudad, y por las tardes se reuniría con los amigos para discutir ante una botella de vino...

Sin embargo, aquellos pensamientos no contribuían en nada a realizar el trabajo. Había un centelleo de agua al otro lado de la pendiente. Pantelle terminó su comida, recogió los cubos y se puso en marcha.

—¿Por qué tenemos que salir fuera? —preguntó Malpry.

—Necesitamos el ejercicio. Pasarán cuatro meses antes de que podamos tener otra oportunidad.

—¿Qué somos, turistas que hemos venido a disfrutar del panorama? —preguntó Malpry, deteniéndose, apoyándose contra una roca y respirando con dificultad. Se quedó mirando hacia arriba, el cráter y las enmarañadas raíces y, más allá, hacia la extensión de enormes ramas del árbol caído, que parecían como un bosque.

—Esto hace que nuestros secuoyas parezcan simples arbustos —dijo Gault—. Ha tenido que ser la tormenta. La que hemos evitado cuando veníamos hacia aquí.

—¿Y qué?

—Una cosa tan grande... tendría que sugerirte algo.

—¿Hay algún dinero en ello? —preguntó Malpry con un gruñido.

Gault le miró agriamente.

—Ya entiendo. Tenemos que ir hacia allá. Sigamos.

—No me gusta la idea de dejar al rastrero allá solo, con la nave.

—¿Por qué no dejas tranquilo al muchacho? —preguntó Gault, mirándole con severidad.

—No me agradan los locos.

—No juegues conmigo, Malpry. Pantelle es muy inteligente... a su

manera. Quizá sea eso lo que no puedes perdonarle.

—Me pone fuera de mí.

—Es un buen muchacho. No quiere hacer ningún daño...

—Ya —dijo Malpry—. Quizá no quiera hacer ningún daño... pero no es bastante...

Tras el delirio de la gran conmoción sufrida, la conciencia fue volviendo lentamente al árbol. Las señales externas fueron penetrando a través de los impulsos hasta los sentidos semiparalizadas...

«Presión de aire, cero; disminuyendo... presión de aire, 112, aumentando... presión de aire negativa...

»Gran temblor de radiación desde... Gran temblor de radiación desde...

»Temperatura 171 grados; temperatura -40 grados; temperatura 26 grados...

»Intensa radiación sólo en el azul... sólo en el rojo... ultravioleta...

»Humedad relativa infinita... Viento desde el nornoroeste, velocidad infinita... Viento aumentado verticalmente, velocidad infinita... Viento desde el este, desde el oeste...»

El árbol no comprendía las informaciones procedentes de los nervios-troncos, por lo que concentró su atención, dedicándola al concepto de la situación más inmediata. Una breve valoración fue suficiente para revelar la amplia extensión de su ruina.

No había razón alguna para intentar una amplia supervivencia personal. Sin embargo, tenía la necesidad de tomar ciertas medidas inmediatas para ganar tiempo y favorecer la propagación de esporas de emergencia. Inmediatamente, la mente del árbol desencadenó el síndrome de supervivencia. Las redes capilares sufrieron un espasmo, obligando a los jugos vitales a acudir al cerebro. Las hélices sinápticas se dilataron, elevando la conductividad neurológica. Poco a poco, la conciencia fue extendida al sistema de fibras mayores, después a los filamentos individuales y finalmente a las entretejidas redes capilares.

Allí se produjo la turbulencia de las moléculas de aire chocando contra

los tejidos rotos, mientras la luz impregnaba las superficies expuestas. Los filamentos microscópicos se contrajeron, cortando la pérdida de fluido a través de las heridas.

Ahora, la mente del árbol pudo concentrar toda su atención en examinar la infinitamente complicada matriz celular. Allí reinaba la confusión de amidas; sin embargo, había un cierto orden en el incesante y continuo movimiento de las partículas, en el fluir de los líquidos, en las complejidades de la espiral alfa. Delicadamente, la mente del árbol ajustó el mosaico funcional, preparándose para la generación de esporas.

Malpry se detuvo y se llevó una mano a los ojos a modo de pantalla. Una figura alta y delgada apareció en la sombra de la inclinada masa de raíces, en la vertiente.

—Parece como si regresáramos en el momento oportuno —dijo Malpry.

—¡Maldita sea! —exclamó Gault.

Echó a correr y Pantelle le salió al encuentro.

—¡Te dije que te quedaras en la nave, Pantelle!

—Terminé mi trabajo, capitán. No me dijiste...

—Está bien, está bien. ¿Algo va mal?

—No, nada. Pero acabo de recordar algo...

—Después, Pantelle. Regresemos a la nave. Tenemos trabajo que hacer.

—Capitán, ¿sabes lo que es esto? —preguntó Pantelle, señalando hacia el gigantesco árbol caído.

—Claro, es un árbol —contestó Malpry y volviéndose hacia Gault, añadió—: Vamos...

—Sí, pero, ¿de qué clase?

—Déjame en paz. No soy botánico.

—Capitán, se trata de una especie muy rara. De hecho se supone que está extinguida. ¿Has oído hablar alguna vez del Yanda?

—No... Sí —Gault miró a Pantelle—. ¿Es esa clase de árbol?

—Estoy seguro. Capitán, éste es un descubrimiento muy valioso.

—¿Quieres decir que vale algo en dinero? —preguntó Malpry, mirando a

Gault.

—No lo sé. ¿De qué estás hablando, Pantelle?

—De una raza inteligente que pasó por una primera fase animal. Después, echaron raíces, se asentaron en un lugar fijo y empezaron a funcionar como una planta. Fue el modo utilizado por la naturaleza para alcanzar la competencia necesaria para la selección natural, además de la ventaja de la selección consciente de un lugar donde echar raíces.

—¿Cómo podemos conseguir dinero con esto?

Pantelle miró hacia la elevada pared del tronco caído, curvado entre la maraña de ramas desgajadas... treinta, sesenta, incluso más metros de diámetro. La corteza era lisa, casi negra. Las hojas, del tamaño de un pie, eran brillantes y de varios colores.

—Este gran árbol...

Malpry se detuvo y cogió un fragmento de una raíz rota.

—Con este trozo —dijo—, me es suficiente para romperte la crisma...

—¡Ya está bien, Mal!

—Vivió y vagó por el planeta, quizá hace diez mil años, durante la primitiva fase animal. Después, el instinto le trajo hasta aquí para completar el ciclo de la naturaleza. Contemplad a este antiguo campeón, mirando a través del valle por primera vez, despidiéndose a medida que comienza la metamorfosis.

—Tonterías —dijo Malpry.

—El suyo ha sido el destino de todos los machos de su raza que vivieron demasiado tiempo, elevados para siempre sobre la tierra, para recordar a través del tiempo la breve gloria de la juventud. El mismo no deja de ser un monumento heroico.

—¿Y de dónde te has sacado todas esas ordinariieces? —preguntó Malpry.

—Este fue el lugar —dijo Pantelle sin contestarle—. Aquí terminaron todos sus viajes.

—Está bien, Pantelle. Muy conmovedor. Pero antes has dicho algo sobre lo valioso que puede ser este árbol.

—Capitán, este árbol todavía está vivo, al menos durante algún tiempo. Aún cuando muera su corazón, perdurará la apariencia de vida. Una capa de

nuevos vástagos aparecerá para amortajar el cadáver. Serán como pequeñas plantas atávicas, que no tendrán ninguna conexión con el cerebro, como parásitas del cuerpo, idénticas al origen ancestral de donde provienen estos gigantes, simbolizando con ello la extinción de cien millones de años de evolución.

—Vayamos a la cuestión que nos interesa.

—Podemos cortar fragmentos del corazón del árbol. Tengo un libro... En él se dan detalles sobre la anatomía... Podemos mantener los tejidos vivos. Una vez que regresemos a la civilización, podemos regenerar el árbol... incluyendo el cerebro y todo lo demás. Eso costará algún tiempo...

—Supónete que vendemos los fragmentos que cortemos.

—Sí, cualquier universidad pagaría muy bien por ellos.

—¿Cuánto tardaríamos en hacerlo?

—No mucho. Podemos cortar los fragmentos por medio de una barrena de combustión para abrirnos camino...

—Está bien. Trae tus libros, Pantelle. Lo intentaremos.

Aparentemente la mente del Yanda observaba. Había transcurrido un largo período de tiempo desde que se iniciara la estimulación de la propagación de esporas por última vez, ante la proximidad de una hembra. Encerrado en sus introvertidos sueños, el árbol había tomado nota consciente de que el contacto con los hermanos espora había fallado y de que las criaturas que esperara habían ido disminuyendo. Ahora, las impresiones almacenadas durante tanto tiempo salieron a la luz.

Parecía evidente que ninguna hembra volvería a pasar de nuevo por aquella zona. El género de los árboles Yanda había desaparecido. El fuego del instinto, que había motivado la elaboración del mecanismo de propagación de emergencia, se había quemado a si mismo en la futilidad. El nuevo modelo de ojos al acecho, dirigidos borrosamente hacia un paisaje vacío, únicamente ocupado por la retorcida jungla de las ramas; la miríada de filamentos del nexo de transferencia, enfriándose hasta llegar a la inactividad; los miembros prensiles que deberían haber traído una criatura lista para la

fecundación colgaban inactivos; los sacos de esporas, desbordándose inútilmente al no indicarse ninguna otra acción posterior. Ahora, la muerte llegaría con lentitud y seguridad.

En alguna parte se inició un tamborileo, un gran temblor a través del silencio muerto. Cesó un momento, comenzó de nuevo, y siguió. No parecía tener importancia, pero una débil curiosidad hizo que el árbol extendiera un filamento sensorial, para explorar el abandonado nervio-tronco...

Convulsivamente, la mente del árbol retrocedió espantada, separándose del contacto. Tuvo una impresión de destrucción lenta causada por el fuego, de una casi imposible actividad termal...

Desorientada, la mente del árbol consideró las implicaciones del dolor punzante. ¿Un fenómeno ocasionado en órganos sensoriales dañados? ¿Un extraño impulso partido de los nervios destruidos?

No. El impacto había sido traumático, pero la información estaba allí. La mente del árbol volvió a examinar cada una de las vibraciones sinápticas, reconstruyendo la experiencia. El significado estuvo claro en un momento: un incendio se estaba profundizando, dirigiéndose hacia el interior del cuerpo del árbol.

Trabajando con mucha rapidez, el árbol reunió una barrera de moléculas incombustibles que situó en el camino del fuego y esperó. El calor llegó ante la barrera, dudó un momento... y la barrera terminó por empezar a arder.

Se necesitaba un muro de contención mucho más grueso.

El árbol aplicó toda su disminuida vitalidad a la tarea. La nueva barrera protectora fue aumentando, se interpuso en el camino del fuego, se dobló para interceptarlo...

Finalmente, osciló y se detuvo. La exigencia de energía resultaba demasiado grande. Los hambrientos conductos musculares se convulsionaron. La negrura se cerró sobre la conciencia en desintegración.

Después, muy lentamente, volvió la claridad. Ahora, el fuego avanzaría incontrolado. No tardaría en pasar las ya exiguas defensas, avanzando hasta consumir el propio corazón-cerebro. Ya no quedaba ninguna otra medida que tomar. Era algo muy desafortunado, pues la propagación no se había consumado aún, pero era algo inevitable. Tranquilo, el árbol esperó su

destrucción a través del fuego.

Pantelle dejó la barrera de combustión, se sentó en la hierba y sonrió.

—¿Qué les ha hecho extinguirse? —preguntó Malpry de repente.

Pantelle le miró.

—Saqueadores —contestó.

—¿Qué quieres decir?

—Los mataban para conseguir el *dran*. Se autojustificaban diciendo que el árbol Yanda era una amenaza, pero en realidad sólo iban en busca del *dran*.

—¿Es que no puedes hablar con claridad?

—Malpry, ¿te he dicho alguna vez que no me gustas en absoluto?

Malpry escupió.

—¿Qué pasa con ese *dran*?

—Los árboles Yanda poseen un ciclo reproductor muy extraño. En el caso de una emergencia, las esporas liberadas por el árbol masculino pueden ser implantadas en casi todas las criaturas de sangre caliente, y llevadas en el cuerpo durante un período de tiempo indefinido. Cuando el animal receptor se aparee, las esporas dormidas entran en juego. Los descendientes parecen perfectamente normales; en realidad, las esporas actúan corrigiendo cualquier defecto en el individuo, reparando las heridas, combatiendo las enfermedades, etc.; como consecuencia de todo ello, el índice de vida aumenta. Pero llega un momento en que la criatura se ve sometida a la metamorfosis, echa raíces y se convierte en un árbol Yanda masculino normal... en lugar de morir a causa de la avanzada edad.

—Estás hablando demasiado. ¿Qué es ese *dran* al que te referías?

—El árbol emite una especie de gas hipnótico con objeto de atraer a los animales en los que poder implantar sus esporas. Es un potente narcótico. Eso es el *dran*. Los saqueadores mataron los árboles Yanda para conseguirlo. Como justificación, decían que estos árboles podían hacer que los humanos dieran a luz monstruos. Eso no tiene sentido alguno. Pero el *dran* se vendía en el mercado negro a precios fabulosos.

—¿Y cómo se consigue ese *dran*?

Pantelle miró a Malpry.

—¿Por qué quieres saberlo?

Malpry observó el libro que estaba sobre la hierba.

—Lo dice ahí, ¿verdad?

—Eso no te importa. Las órdenes de Gault son que me ayudes a conseguir fragmentos del corazón del árbol.

—Pero él no sabía nada del *dran*.

—Apoderarnos del *dran* significaría matar la especie. No puedes...

Malpry avanzó hacia el libro. Pantelle se abalanzó sobre él pero falló en su intento de derribarle. Malpry le dio un fuerte golpe en la espalda.

—No me toques, rastrero.

Tenía los puños cerrados y caídos a lo largo de sus piernas.

Pantelle quedó echado en el suelo, aturdido. Malpry recogió el libro y encontró en él lo que quería saber. Al cabo de diez minutos tiró el libro al suelo, recogió la barrena de combustión y se dirigió hacia el árbol.

Malpry puso en marcha el sistema de combustión limpiándose el rostro, lleno de sudor. Un insecto dotado de numerosas patas huyó precipitadamente, alejándose de allí. Algo se movió ligeramente bajo sus pies. Una de las cosas buenas era que en aquel árbol no había ningún animal de un tamaño superior a un ratón. Era un lugar infernal. Tenía que vigilar su avance; no iba a perderse ahora entre toda aquella madera...

La aterciopelada pared del semiquemado tronco fue hundiéndose, hasta que, en un momento determinado, apareció un tramo que se ensanchó repentinamente. Malpry se detuvo, respirando con dificultad. Sacó su empapado pañuelo, observando fijamente la pared negra que tenía ante sí. Un anillo de retoños blancos brotaba del árbol muerto. Cerca de ellos había otros vástagos, como hilos negros enmarañados, semejantes a algas marinas, de aspecto viscoso, que parecían estar en suspensión...

Malpry se retiró, gruñendo. Algún animal que se arrastraba, alguna especie de hongo inmundo... Pero...

Malpry se detuvo. Quizá fuera eso lo que estaba buscando. Seguro, aquello era lo que mostraban las fotografías del libro. Allí era donde estaba el *dran*. Pero no se imaginaba que fuera algo que se arrastrara...

—¡Detente, Malpry!

Malpry se revolvió.

—No seas... estúpido... —Pantelle estaba intentando respirar profundamente; mostraba una magulladura en la mandíbula—. Déjame descansar... Déjame hablar contigo...

—Muérete de una vez, mamarracho. Descansa todo lo que quieras. Pero no estropees mis planes.

Malpry le dio la espalda, sin soltar la barrena de combustión.

Pantelle cogió una rama rota y la descargó sobre la cabeza de Malpry. La madera, podrida, se partió. Malpry se tambaleó, pero se recuperó. Se volvió hacia su contrincante, con el rostro lívido; por él corría hilillo de sangre.

—Está bien, rastrero —rugió.

Pantelle se le acercó, lanzando su brazo derecho hacia adelante y doblándolo con violencia. Malpry arremetió al mismo tiempo contra él, y el codo de Pantelle le dio en la mandíbula. Sus ojos se pusieron vidriosos, sus piernas flaquearon y cayó sobre sus manos y rodillas. Pantelle lanzó una risa de triunfo.

Malpry sacudió la cabeza, respiró intensamente y volvió a ponerse en pie. Pantelle cobró fuerzas y le pegó con vigor en la mandíbula. Pero el golpe pareció aclarar la cabeza de Malpry. Evitó un segundo puñetazo y, reuniendo todas sus fuerzas, golpeó a Pantelle, que perdió el equilibrio, recibiendo otros dos puñetazos, a derecha e izquierda. Pantelle rebotó de un lado a otro y finalmente cayó, quedando allí tendido. Malpry, sobre él, aún le golpeó de nuevo en la mandíbula.

Después, le golpeó con el pie. Quizá el rastrero había muerto. Tenía las manos extendidas hacia Malpry. Aquello no le gustaría a Gault, pero había sido el rastrero quien había empezado. Se había deslizado tras él y le había golpeado a traición. Tenía la señal que lo demostraba. De todos modos, las noticias sobre el *dran* calmarían a Gault. Sería mejor ir a buscarle y traerle hasta allí. Después, terminarían de cortar el *dran* y abandonarían aquel

planeta tan horrible. Mientras tanto, el rastrero podía desangrarse.

Malpry se volvió, dirigiéndose hacia la nave, dejando a Pantelle encogido junto al árbol caído.

El Yanda extendió sus ojos externos para estudiar a la criatura caída que, al parecer, había perdido ahora el sentido. Un fluido rojo surgía de unos orificios situados en su parte superior, que parecían ser como pequeñas ventanillas en su epidermis. Se trataba de una criatura muy extraña, que se asemejaba superficialmente a las familiares criaturas receptoras de las esporas. Tanto sus acciones como las de la otra criatura que se había marchado resultaban en extremo curiosas. Quizá fueran macho y hembra y el encuentro sólo había sido una copulación. Posiblemente, ese estado de hibernación en que parecía encontrarse la que había quedado allí no era más que un proceso normal, preparatorio del proceso de echar raíces. Si no se tratara de una criatura tan extraña, podría servir como portadora...

La superficie del organismo se removió, sacudiendo uno de sus miembros. Al parecer, estaba a punto de revivir. No tardaría en marcharse y no se le volvería a ver por allí. Sería prudente realizar un examen rápido; si la criatura demostraba ser apta como receptora...

Con gran rapidez, el árbol elaboró un complejo de diminutos filamentos que tantearon prudentemente la figura inmóvil, penetrando después por la sorprendentemente suave y blanda capa superficial, en busca de fibras nerviosas. A continuación, fluyeron toda una serie de impresiones indescifrables. El árbol puso en marcha unos filamentos sensoriales más grandes, divididos y subdivididos en fibras que sólo tenían unos pocos átomos de diámetro, los desparramó en abanico a través del hombre inconsciente, recorriendo la espina dorsal y penetrando en el cerebro...

Aquello era una verdadera maravilla de complejidad, una increíble profusión de conexiones. Se trataba de un centro capaz de realizar las más elevadas funciones intelectuales... Algo inaudito en una criatura receptora. Llena de curiosidad, la mente del árbol exploró más profundamente, aturdiéndose, escuchándolo todo a través de un caleidoscopio de impresiones,

memorias ocultas y llamativos simbolismos.

La mente del Yanda nunca había tropezado con los procesos hiperintelectuales de la emoción. Siguió presionando, cada vez más profundamente, hacia la fantasmagoría de los sueños...

Color, risas y palmadas. Banderas desplegadas al sol, coros de una música remota y flores que se abrían por la noche. Abstracciones de increíble belleza, mezcladas con vívidas conceptualizaciones de la gloria. Totalmente fascinada, la mente del árbol exploró los secretos y románticos sueños de realización de Pantelle...

Y, de repente, se tropezó con la mente del ser extraño.

Hubo un momento de gran quietud cuando las dos mentes se valoraron mutuamente.

—*Estás muriéndote* —dijo la mente extraña.

—*Sí. Y tú estás atrapada, en una criatura receptora enfermiza. ¿Por qué no has seleccionado un receptáculo más fuerte?*

—*Yo... Me originé aquí. Yo... Nosotros... Somos uno.*

—*¿Y por qué no fortaleces tu receptáculo?*

—*¿Cómo?*

La mente del árbol Yanda se detuvo.

—*Sólo ocupas una esquina del cerebro. ¿Es que no utilizas tus poderes?*

—*Sólo soy un segmento...*

La mente extraña también se detuvo, confundida. Luego prosiguió:

—*Estoy conceptualizada por la mente monitora, por el subconsciente.*

—*¿Qué es la mente monitora?*

—*Es la totalidad de la personalidad. Se encuentra por encima de la conciencia, dirigiendo...*

—*Tienes un cerebro de extraordinario poder. Y sin embargo, grandes masas de tus células permanecen sin ser utilizadas. ¿Por qué existen grandes ramales inútiles, como parece ser el caso?*

—*No lo sé.*

Ya no hubo más información procedente del cerebro extraño, que, en realidad, albergaba numerosas mentes.

La mente del Yanda rompió el contacto establecido.

Se produjo una ráfaga de fuerza mental, arrolladora. La mente del Yanda retrocedió, buscando a tientas su orientación.

—NO ERES UNA DE MIS MENTES.

—*¿Tú eres la mente monitora?* —preguntó el Yanda.

—SÍ. ¿QUÉ ERES TU?

La mente del Yanda proyectó su concepto de sí misma.

—EXTRAÑO. MUY EXTRAÑO. POSEES HABILIDADES MUY ÚTILES. ASÍ LO PERCIBO. ENSÉÑAMELAS.

La mente del Yanda se retorció bajo el torrente de impulsos de pensamiento.

—*Reduce tu volumen. Me destruirás.*

—LO INTENTARÉ. ENSÉÑAME ESE TRUCO QUE POSEES PARA MANIPULAR LAS MOLÉCULAS.

El Yanda reptó bajo el retumbar de la mente extraña. ¡Qué instrumento! Se trataba de una anomalía fantástica... Una mente como aquella unida a aquella frágil criatura receptora..., incapaz incluso de utilizar sus poderes. Pero sería una cuestión muy simple llevar a cabo las correcciones necesarias, remodelar y endurecer el receptáculo, eliminar los defectos...

—¡ENSÉÑAME, MENTE YANDA!

—*Extraño, moriré pronto. Pero te enseñaré. Hay, sin embargo, una condición...*

Las dos mentes conferenciaron y llegaron a un acuerdo. Inmediatamente, la mente del Yanda inició los reajustes a nivel submolecular.

Primero, llevó a cabo una regeneración de células, suturando las lesiones abiertas en el brazo y en la cabeza. Se modificaron los anticuerpos en proporciones vastísimas y, poco después, éstos fluyeron a través de todo el sistema. Los parásitos murieron.

—*Mantén este proceso* —aconsejó la mente del árbol.

Después, siguieron las capas musculares; indudablemente, eran inadecuadas. La misma estructura de las células era endeble. El Yanda introdujo las mejoras necesarias; organizó perfectamente el armazón del desgastado cuerpo y reforzó la musculatura. Y después, las partes del esqueleto...

El árbol visualizó las articulaciones del mecanismo ambulatorio, y consideró por un momento la posibilidad de sustituirlo por un sistema tentacular mucho más práctico...

Quedaba poco tiempo. Sería mejor conservar los huesos y limitarse a reforzarlos mediante la utilización de fibras metalovegetales. Los sacos de aire también. Y el corazón. Tal y como estaban, no habrían podido resistir mucho más tiempo.

—*Observa, extraño, esto y esto.*

—YA LO VEO. ES UN TRUCO MUY INTELIGENTE.

El Yanda trabajó sobre el cuerpo de Pantelle, ajustando, corrigiendo, reforzando, desechando un apéndice o pequeño rabo que halló, añadiendo allí una pequeña unidad de reserva de aire. Los restos de un ojo que quedaban en lo más profundo del cerebro fueron restaurados y dotados de sensibilidad para las frecuencias de radio, siendo posteriormente unidos a los controles. La espina dorsal fue hábilmente fusionada a la base; añadió mesenterios adicionales para que ayudaran a sostener el aparato intestinal. Siguiendo el modelo básico contenido en los genes, la mente del árbol reconstruyó todo el cuerpo.

Una vez terminado todo el proceso y en cuanto la mente del ser extraño hubo absorbido todas las técnicas demostradas, la mente del Yanda descansó.

—*Ya ha terminado.*

—ESTOY LISTO PARA RESTABLECER LA MENTE CONSCIENTE Y HACERME CARGO DEL CONTROL.

—*Recuerda tu promesa.*

—LA RECORDARÉ.

La mente del Yanda comenzó a retirarse. El turbador instinto había sido satisfecho. Ahora, podría, descansar hasta que llegara el final.

—ESPERA. TENGO UNA IDEA MEJOR, YANDA.

—Dos semanas aquí y catorce para regresar —dijo Gault—. ¿Por qué no me dices lo que ocurrió allí?

—¿Cómo está Malptry? —preguntó Pantelle.

—Está bien. Los huesos rotos se soldarán, y tú sólo te has roto unos pocos.

—El libro estaba equivocado sobre las esporas del árbol Yanda —dijo Pantelle—. No poseen en si mismas la capacidad de reconstruir a la criatura receptora...

—¿El qué?

—El animal infectado. El nivel de salud y de vida del receptáculo mejora. Pero las mejoras son realizadas por el árbol en el momento de la propagación, con objeto de asegurar una buena oportunidad de vivir a las esporas.

—Quieres decir que tú...

—Hicimos un trato. El Yanda me dio esto...

Pantelle presionó un dedo contra la mampara de acero. El metal se dobló.

—... Y algunos pequeños trucos más. A cambio, me convertí en receptáculo de las esporas del árbol Yanda.

Gault se apartó de él.

—¿Y eso no te preocupa? Los parásitos...

—Es un trato justo. Las esporas son microscópicas y estarán completamente dormidas hasta que se desarrollen las condiciones adecuadas.

—Sí, pero tú mismo has dicho que esa mente vegetal ha actuado en tu propia mente.

—Únicamente borró todas las cicatrices de la experiencia traumática, corrigió las deficiencias, y me enseñó a utilizar lo que tengo.

—¿Qué te parece si me lo enseñas a mi?

—Lo siento, Gault —dijo Pantelle, moviendo la cabeza en un gesto negativo—. Es imposible.

Gault consideró las observaciones de Pantelle.

—¿Y qué sucede con esas «condiciones adecuadas» para las esporas? —preguntó de repente—. Algún día te despertarás y te encontrarás con que te están saliendo retoños.

—Bueno —dijo Pantelle—. Será entonces cuando tenga que cumplir mi parte del trato. Una criatura receptora trasmite las esporas a través del proceso de apareamiento normal. La descendencia alcanza muy buena salud y una larga vida antes de que se produzca la metamorfosis. Eso no tiene nada

de malo... vivir cien años y después elegir un lugar bonito y adecuado para echar raíces y crecer y ver cómo las estaciones del año se van sucediendo...

Gault consideró lo que estaba escuchando.

—Un hombre termina por cansarse —dijo—. Conozco un lugar desde donde puedes contemplar el Pacífico a varias millas de distancia, a lo lejos...

—He prometido ser muy activo —dijo Pantelle—. Me ocuparé una gran parte de mi tiempo, pero tengo el decidido propósito de cumplir con mis obligaciones hasta el final. *¿Has oído eso, Yanda?* —preguntó Pantelle en silencio.

—*Lo he oído* —fue la respuesta que le llegó desde el rincón no utilizado de su cerebro que había asignado al modelo del ego del árbol Yanda.

Nuestros próximos mil años serán muy interesantes.

¡COGE ESE ZEPPELÍN!

Fritz Leiber

¿Qué hubiera pasado si Thomas Edison y Marie Sklodowska (más conocida como madame Curie) se hubieran casado? Tras leer el siguiente relato, tal vez el lector lamente que Edison no se detuviera más tiempo en París.

Este año, en un viaje que hice a Nueva York para visitar a mi hijo, que es historiador social en la principal Universidad municipal de allí, tuve una experiencia muy inquietante. En esos momentos negros que ya aparecen con cierta frecuencia a mi edad, desconfío profundamente de esos lazos absolutos establecidos en el espacio y en el tiempo que son nuestra única protección contra el caos, y me temo que mi mente —no, toda mi existencia individual— podría ser destruida en cualquier momento y sin ninguna advertencia previa por una repentina ráfaga de viento cósmico, para ser convertida en algo completamente distinto en el universo de las posibilidades infinitas. O, más bien, llevada a otro universo completamente distinto. Y que mi mente y mi individualidad cambiarían para adaptarse a las nuevas condiciones.

Pero en otros momentos, que aún siguen siendo mayoría, creo que mi inquietante experiencia sólo fue uno de esos notables y vividos sueños que se tienen despierto, y a los que los ancianos como yo parecen ser cada vez más susceptibles. Generalmente, se trata de sueños despiertos sobre el pasado, y especialmente sobre un pasado en el que, en un momento crucial, uno tomó una decisión totalmente diferente y mucho más osada de lo que suele tomar en realidad, o en los que todo el mundo tomó una decisión así, haciendo con ello que el futuro fuera completamente diferente. Doradas y brillantes posibilidades importunan cada vez más las mentes de algunos ancianos.

De acuerdo con esta interpretación, debo admitir que toda mi inquietante experiencia estuvo estructurada de una forma muy parecida a un sueño. Comenzó con sobrecogedores destellos de un mundo cambiado. Continuó, durante un período ya más prolongado, cuando acepté totalmente el mundo cambiado, me sentí deliciosamente asentado en él y, a pesar de los fugaces

estremecimientos de desasosiego, deseé poder sumirme para siempre en su bienestar. Pero, al final, todo acabó en horrores y pesadillas que me repugna mencionar, y sobre las que no hablaré hasta que no sea necesario.

En contraposición a esta interpretación crítica, hay veces en las que estoy absolutamente convencido de que lo que me sucedió en Manhattan, en cierto famoso edificio, no fue ningún sueño, sino que todo fue algo muy real y que aún tendré la oportunidad de visitar otra corriente de tiempo.

Finalmente, debo señalar que lo que estoy a punto de contarles será necesariamente escrito en pasado, aunque soy muy consciente de que en todo esto se produjeron varias transiciones, con respecto a las que yo era impotente, que comentaré y sobre las que haré deducciones que no se me ocurrieron en aquellos momentos.

No, en el tiempo en que me sucedió todo —y ahora, mientras escribo, estoy convencido de que me ocurrió y de que todo fue muy real—, un instante se sucedía simplemente a otro de la forma más natural que se pueda imaginar. No pongo en duda nada.

En cuanto a por qué me sucedió a mí y qué mecanismo particular estuvo involucrado en todo el asunto, bueno, estoy convencido de que todo hombre o mujer tiene raros y breves momentos de extrema sensibilidad, o más bien de vulnerabilidad, momentos en los que su mente y todo su ser pueden ser destruidos por los vientos cambiantes y llevados a cualquier otra parte para después, a través de lo que yo llamo la ley de la conservación de la realidad, regresar de nuevo a la realidad del momento.

Me encontraba andando por Broadway, en algún punto cercano a la calle 34. Era un día frío, soleado a pesar de la neblina —un día vigorizante—, y de pronto me hallé caminando a grandes zancadas, mucho más rápidamente de lo que suele ser mi paso normal y precavido, impulsando mis pies ante mí con una débil insinuación del paso de la oca. También eché mis hombros hacia atrás y empecé a respirar profundamente, ignorando los humos que me cosquilleaban las narices. A mi lado, el tráfico bramaba en la mayor de las confusiones, elevándose a veces para producir un sonido similar al de una

ametralladora... rata-ta-ta-ta. Mientras tanto, los peatones se precipitaban a mi alrededor con esa desesperada urgencia, similar a la de las ratas cuando huyen, y que es característica de todas las grandes ciudades norteamericanas, pero que siempre alcanza su punto álgido en Nueva York. Alegrementemente, decidí ignorar también ese detalle. Incluso sonreí al ver a un andrajoso vagabundo y a una dama de sociedad, de pelo gris y abrigo de pieles, cruzando la calle independientemente, entre el peligroso tráfico, con una habilidad tan práctica y fría como sólo se puede observar en las grandes metrópolis norteamericanas.

Precisamente entonces percibí una sombra oscura y grande a través de la calle y frente a mí. No podía ser la sombra de una nube, pues no se movía. Eché la nuca hacia atrás y miré directamente hacia arriba, como un palurdo, viendo un verdadero *Hans-Kopf-in-die-Luft* (Hans-cabeza-en-el-aire, un personaje de comedia alemana).

Mi mirada tuvo que elevarse, subiendo vertiginosamente los 102 pisos del edificio más alto del mundo, el Empire State, hasta detenerse en la visión de un gigantesco mono de largos colmillos que subía por el exterior del edificio con una hermosa muchacha en una de sus garras... ¡Oh, sí! Estaba recordando la encantadora película norteamericana de fantasía titulada *King Kong*, o *Kong King*, como la llaman en Suecia.

Y entonces, mi mirada continuó subiendo, hasta la robusta torre de sesenta y siete metros y medio, en cuyo extremo estaba amarrado el morro de la vasta, enormemente hermosa, aerodinámica y plateada figura que producía la sombra.

Y ahora llegamos a un punto muy importante. En aquellos momentos, no me sentí sobrecogido por lo que vi. Supe inmediatamente que se trataba de la sección de proa del zepelín alemán *Ostwald*, bautizado así en homenaje al gran pionero alemán de la química-física y de la electroquímica, y verdadero rey de la poderosa flota de transporte de pasajeros y carga ligera que hacían la ruta desde Berlín, Baden-Baden y Bremerhaven. Aquella incomparable armada de paz estaba compuesta por varias titánicas aeronaves, cada una de las cuales había sido bautizada con el nombre de un científico alemán mundialmente famoso... el *Mach*, el *Nernst*, el *Humboldt*, el *Fritz Haber*, el

Antoine Henri Becquerel, de nombre francés, el *Edison*, de nombre norteamericano, el *Skłodowska*, de nombre polaco, el *T. Skłodowska Edison*, de nombre polaco-norteamericano, e incluso el *Einstein*, de nombre judío. La gran armada humanitaria en la que ocupaba un puesto que no dejaba de ser importante como consejero internacional de ventas y *Fachman*, o sea como experto. Mi pecho se hinchó con un justificado orgullo ante aquel *edel*, noble logro de *der Vaterland*.

Supe también, sin necesidad de rebuscar en mi mente, y sin sorpresa alguna, que la longitud del *Ostwald* era superior a la mitad de los 448,6 metros de altura del Empire State Building más su enorme torre, lo bastante gruesa como para albergar un ascensor. Y mi corazón se hinchó de nuevo al pensar que la *Zeppelinturm* de Berlín (la torre de dirigible) sólo tenía unos pocos metros menos de altura. Me dije a mí mismo que Alemania no necesitaba esforzarse por alcanzar simples récords numéricos..., pues sus grandes logros científicos y técnicos hablaban por sí mismos a todo el resto del planeta.

Todo esto sucedió literalmente en poco más de un segundo, aunque no por ello dejé de seguir andando a grandes zancadas. Cuando mi mirada descendió, murmuré para mi mismo: «*Deutschland, Deutschland über Alles.*»

El Broadway que vi se encontraba totalmente transformado, aunque para entonces esto me pareció tan natural como la serena presencia del *Ostwald* allá, arriba, con su enorme casco elipsoidal lleno de helio. Camiones y autobuses eléctricos plateados e innumerables vehículos privados ronroneaban en la calle, con mucha mayor uniformidad y tranquilidad y casi con la misma rapidez con que, sólo unos momentos antes, rodaran los ruidosos, contaminantes y espasmódicos vehículos impulsados a gasolina, aunque para mí estos últimos estaban completamente olvidados. Unas dos manzanas más adelante, un reluciente coche eléctrico se detuvo suavemente junto al amplio arco plateado de una estación de cambio de batería, mientras que otros surgían desde debajo del arco para unirse a la casi ensoñadora corriente de tráfico.

El aire que respiré agradecido era fresco y limpio, sin traza alguna de contaminación.

Los peatones, cuyo número parecía haber disminuido, se movían a mi alrededor con bastante rapidez, pero con una dignidad y cortesía que nunca observara con anterioridad, y los numerosos negros que había entre ellos iban tan bien vestidos y mostraban la misma tranquila confianza que los caucasianos.

La única nota discordante fue la de un hombre alto, pálido y bastante demacrado que llevaba un vestido negro y cuyas facciones eran, sin duda alguna, hebreas. De algún modo, sus sombrías ropas eran pobres, aunque se hallaban en buen estado, y sus delgados hombros estaban encorvados. Tuve la impresión de que me había estado mirando fijamente, pero apartó su mirada instantáneamente, en cuanto mis ojos buscaron los suyos. Por alguna razón, recordé lo que mi hijo me había dicho sobre la Universidad Municipal de Nueva York, a la que subrepticia y chistosamente llamaban Universidad Cristiana. Ahora Judía. No pude evitar reírme entre dientes ante esta broma, aunque me alegra decir que fue una risa cordial, antes que una sonrisa maliciosa. Con su bien conocida tolerancia y su noble mentalidad, Alemania había desechado por completo su antiguo y desfigurante antisemitismo. Después de todo, debemos admitir con toda franqueza que quizá una tercera parte de nuestros grandes hombres son judíos y llevan genes judíos. Haber y Einstein entre ellos..., a pesar de los recuerdos oscuros y, sí, perversos, que puedan quedar aún en el subconsciente de viejos como yo, éstos pueden surgir ocasionalmente a la superficie consciente como submarinos dispuestos a lanzarse sobre su presa.

Mi estado de ánimo, feliz y autosatisfecho, se reafirmó inmediatamente, y con un gesto distinguido y casi militar aparté hacia cada lado, con los dedos pulgar e índice, el corto, horizontal y negro bigote que decora mi labio superior y automáticamente puse en su lugar el grueso mechón de cabello negro —debo confesar que lo llevo teñido— que siempre muestra la tendencia a caerme sobre la frente.

Eché otro vistazo al *Ostwald*, lo que me hizo pensar en las inigualables amenidades de aquella nave aérea tan maravillosamente lujosa; los suaves y ronroneantes motores que impulsaban su hélices —motores eléctricos, naturalmente—, alimentados por bancos de baterías ligeras TSE, y tan

seguros como el helio; el gran corredor que se extiende a lo largo de la cubierta de pasajeros, desde el observatorio de proa hasta la sala de juego de popa, igualmente dotada de ventanas, y que por la noche se transforma en la gran sala de baile; las otras incomparables habitaciones que se inician en ese mismo corredor: la *Gesellschaftsraum der Kapitan* —los aposentos del capitán—, con su ornamentación de madera de color oscuro; la sala masculina para fumar, y la de *Damentische* —mesas para las damas—; el comedor principal, con su mantelería de lino y su servicio y cubertería de aluminio plateado; la sala de descanso de las damas, siempre profusamente adornada con flores frescas; el bar Schwartzwald; el casino de juego con su ruleta, su *baccarat*, sus barajas —*vingt-et-un*—, sus mesas para el póquer y el bridge, y los dominós y los juegos del sesenta y seis, y mesas de ajedrez, presididas por el delicioso y excéntrico campeón mundial Nimzowitch, que podía derrotarle a uno con los ojos cerrados, pero siempre con brillantez, en partidas simultáneas o individuales, en juegos encantadoramente barrocos y breves por los que sólo cobraba dos monedas de oro por persona y juego —una de ellas para el propio Nimzy, y la otra para la empresa—; y finalmente las habitaciones, extraordinariamente lujosas, con costosa chapa de caoba sobre balsa; los enjambres de atentos camareros, cada uno de ellos tan pequeño y ligero como un jockey, o como si fueran enanos, todos ellos expresamente elegidos así para ahorrar peso; y el ascensor de titanio elevándose a través de las innumerables bolsas de helio hasta el doblemente cubierto observatorio Zenith, con la cubierta *solarium* protegida con ventanales, pero sin techo, permitiendo así la entrada de las siempre cambiantes nubes, de la misteriosa niebla, de los rayos del bueno y viejo sol o de las estrellas y de todo el cielo. ¡Ah! ¿En qué otro lugar del mar o de la tierra podía uno costearse una vida tan lujosa?

Recordé con todo detalle la cabina individual que ocupaba siempre que viajaba en el *Ostwald... meine Stammkabine*. Vi en mi mente el gran corredor lleno de pasajeros de excelente posición económica, vestidos con trajes de noche; los elegantes oficiales, los discretos y siempre atentos camareros; las relucientes pecheras, el brillo de los hombros desnudos, el silencio deslumbrador de las joyas, la música de las conversaciones, como cuartetos

de cuerda, las armoniosas risas que se escuchaban en todas partes...

Exactamente a la hora, dije un limpio: «*Links, marschieren!*» (¡A la izquierda, marchen!), y crucé las impresionantes puertas del Empire State y su elevado vestíbulo hacia la fecha que brillaba con un color plateado: 6 de mayo de 1937, y la hora del día: 1.07 P.M. Aún me quedaba mucho tiempo para comer tranquilamente y mantener un buen rato de conversación con mi hijo, si se había acordado de encontrarse conmigo, y de eso no me cabía la menor duda, pues es el más considerado y ordenado de los hijos, con una verdadera mentalidad germánica, como tantas veces me digo a mí mismo.

Me uní a los grupos de personas de elevada posición que abarrotaban el vestíbulo sin formar ninguna multitud ostensible, y me situé ante las puertas donde había un cartel que decía: «Sala de partida para el dirigible» y, en un alemán más breve: *Zum Zeppelin*.

La ascensorista era una atractiva chica japonesa. Vestía una falda plateada, con la insignia de la doble ala y el dirigible de la Unión Aérea Alemana bordada sobre su chaqueta igualmente plateada. Noté con aprobación silenciosa que parecía dominar a la perfección tanto el alemán como el inglés, y que era uniformemente cortés para con todos los pasajeros en su sonriente, pero impasible aspecto japonés que tanto se parece a nuestra germánica precisión científica del lenguaje, aunque sin la cálida pasión que suele existir en este último. ¡Era magnífico que nuestros dos países, situados en dos puntos tan opuestos del globo, mantuvieran unos lazos comerciales y amistosos tan fuertes!

Los compañeros de viaje que subieron conmigo en el ascensor, y que eran principalmente norteamericanos y alemanes, pertenecían todos a la mejor de las clases sociales, e iban muy bien vestidos. Pero, poco antes de que se cerraran las puertas, entró en el ascensor el triste judío vestido de negro. No parecía sentirse a gusto, quizá como consecuencia de sus pobres ropas. Quedé sorprendido, pero me hice el propósito de ser especialmente amable con él, lanzándole una breve, pero cordial sonrisa, mientras mis ojos brillaban. Los judíos tienen tanto derecho al buen gusto de los viajes de lujo como cualquier otra persona del planeta, siempre y cuando posean el dinero suficiente para ello... y la mayor parte lo poseen.

Durante nuestro ininterrumpido e infinitamente suave ascenso, me palpé el bolsillo izquierdo de la chaqueta para asegurarme de que mi billete — ¡primera clase en el *Ostwald!*— y mis papeles estaban allí. Pero me aseguré mucho más, e incluso sentí una secreta alegría, al notar los documentos que guardaba en el bolsillo izquierdo: los acuerdos preliminares, ya firmados, que lanzarían a Estados Unidos a la fabricación de dirigibles de pasajeros. La Alemania moderna siempre es generosa cuando se trata de compartir sus grandes logros técnicos con naciones hermanas responsables, teniendo la suprema confianza de que el genio de sus científicos e ingenieros continuaría manteniéndola a la cabeza de las otras naciones; después de todo, el genio de dos norteamericanos, padre e hijo, había contribuido vital aunque indirectamente al desarrollo de una navegación aérea segura, sin olvidar la parte jugada por la esposa de uno de ellos, y madre del otro, polaca de nacimiento.

La obtención de aquellos documentos había sido la razón principal y oficial de mi viaje a la ciudad de Nueva York, aunque me había sido posible combinarla muy agradablemente con una larga visita a mi hijo, el historiador social, y a su encantadora esposa.

Estas felices reflexiones fueron interrumpidas por la llegada, sin sacudidas, de nuestro ascensor a su término, en el piso 100. La subida realizada por el enamorado King Kong tras un ejercicio exhausto, la habíamos realizado nosotros sin el menor esfuerzo. Las puertas plateadas se abrieron. Mis compañeros de viaje se mantuvieron quietos por un momento, con cierto respeto y quizá un cierto temblor ante el pensamiento del viaje que les esperaba. Pero yo —tan acostumbrado como estoy a viajar por el aire— fui el primero en salir, dedicando una sonrisa y un gesto de aprobación a la agradable, pero fría empleada japonesa.

Apenas pude evitar echar un vistazo por el gran y limpio ventanal situado frente a las puertas y desde el que se contemplaba una vista incomparable de Manhattan desde una altura de 381 metros menos dos pisos. Después, en lugar de volverme a la derecha, hacia las puertas de la sala de partida y el ascensor de la torre, doblé a la izquierda, hacia el excelente restaurante alemán llamado Krahenest (Nido del cuervo).

Pasé entre las estatuas de bronce, de casi un metro de altura, de Thomas Edison y Marie Sklodowska Edison, situadas en un nicho en la pared, así como las del conde Von Zeppelin y Thomas Sklodowska Edison, situadas en la pared de enfrente, y penetré en el selecto recinto del más elegante restaurante alemán existente fuera de la patria. Me detuve un momento, mientras mis ojos buscaban por la sala, con sus paneles de madera oscura, grabados con hermosas representaciones de la Selva Negra y de sus grotescos y sobrenaturales habitantes: duendes, gnomos, dríadas —graciosamente sexuales— y personajes similares. Estas figuras me interesan, pues soy lo que los norteamericanos llaman un pintor dominguero, aunque mis temas son casi siempre zepelines vistos contra el azul del cielo y las elevadas y airosas nubes.

El *Oberkellner* se me acercó presuroso, con el menú sujeto bajo su codo izquierdo, diciéndome:

—*Mein Herr!* ¡Encantado de volver a verle! Dispongo de una mesa individual perfecta, con vista de todo el puerto a través del Hudson.

Pero justo entonces, una figura juvenil se levantó desde detrás de una mesa situada junto a la pared de enfrente, y una voz querida y familiar llegó hasta mí:

—*Hier, Papa!*

—*Nein, herr Ober* —le dije sonriendo al *maître*, pasando de largo a su lado—. *Heute hab ich ein Gesellschafter. Mein Sohn.*

Lleno de confianza en mí mismo me abrí paso entre las mesas ocupadas por gentes muy bien vestidas, tanto blancas como negras.

Mi hijo me estrechó la mano con vigoroso afecto familiar, aunque sólo nos habíamos separado aquella misma mañana. Insistió en que me acomodara en el oscuro y amplio sillón forrado de cuero que había junto a la pared y desde donde podía observar perfectamente todo el restaurante, mientras que él se sentó en la silla de enfrente.

—Porque durante esta comida sólo deseo verte a ti, papá —me aseguró con viril ternura—. Y disponemos por lo menos de hora y media para estar juntos. Papá... he comprobado tu equipaje y parece ser que ya está a bordo del *Ostwald*.

Un muchacho serio y reflexivo.

—Y ahora, papá, ¿qué vamos a tomar? —siguió preguntando, una vez nos hubimos acomodado—. Veo que el menú especial de hoy es *Sauerbraten mit Spatzel*, y berzas rojas con salsa dulce. Pero también hay *Paprikahuhn* y...

—Dejemos que el pollo se pavonee en el rojo esplendor de la pimienta —le interrumpí—. El *Sauerbraten* me parece excelente.

Enviado por el *Herr Ober*, el anciano camarero encargado de los vinos ya se había aproximado a nuestra mesa. Estaba a punto de darle instrucciones cuando mi hijo se hizo cargo de aquella tarea con una autoridad y una amabilidad que ablandaron mi corazón. Echó un vistazo rápido, pero concienzudo a la carta de vinos y después miró al camarero.

—El zinfandel de 1933 —ordenó con decisión, aunque mirándome para ver si estaba de acuerdo con su juicio. Sonreí y asentí con un gesto de cabeza—. ¿Y quizá *ein Tropfchen Schnapps* para empezar? —me sugirió.

—¿Una copa de licor?... ¡Sí! —contesté—. Pero que no sean unas simples gotas. Que sea doble. No todos los días disfruto del placer de cenar con este distinguido universitario, mi hijo.

—¡Oh, papá! —protestó él, bajando los ojos y llegando casi a enrojecer.

Después; dirigiéndose con firmeza al inclinado camarero de pelo blanco, ordenó:

—También *Schnapps*. Doble.

El viejo camarero asintió y se marchó apresuradamente.

Nos quedamos mirándonos afectuosamente durante unos pocos y felices segundos.

—Y ahora hálame con más detalles sobre tus logros como historiador social en el Nuevo Mundo. Ya sé que hemos hablado de esto varias veces, pero siempre con bastante brevedad y normalmente cuando estaban presentes algunos de tus amigos, o al menos tu maravillosa esposa. Ahora me agradecería tener contigo una conversación más tranquila, de hombre a hombre, para que me hables de tu gran trabajo. Por cierto, ¿crees que el aparato universitario — los libros *und so weiter*— de las Universidades municipales de la ciudad de Nueva York es adecuado para tus necesidades, después de haber disfrutado

de los de la Universidad de Baden-Baden, de enseñanzas tan elevadas en la Federación Germánica?

—Existen ciertos defectos en algunos aspectos —admitió—. Sin embargo, han demostrado ser completamente adecuados para mis propósitos.

Entonces, una vez más, bajó la mirada y casi enrojeció.

—Pero, papá, elogias demasiado mis pequeños esfuerzos.

Al decir esto último, bajó el tono de su voz.

—No se pueden comparar —continuó— con la victoria de las relaciones industriales internacionales que has conseguido tú mismo en sólo quince días.

—En realidad, sólo ha sido un día de trabajo para la empresa —dije, quitándole importancia, aunque, una vez más, me toqué el bolsillo izquierdo para establecer contacto con aquellos importantes documentos guardados con seguridad en el interior de mi chaqueta—. Pero ahora, basta de amables alabanzas —seguí diciendo con cierta brusquedad—. Háblame de esos pequeños esfuerzos tuyos, como tú les llamas tan modestamente.

Sus ojos se encontraron con los míos.

—Está bien, papá —dijo con una repentina naturalidad—. Todo el trabajo que he realizado durante estos dos últimos años se ha visto crecientemente dominado por una firme conciencia de la fragilidad de los soportes de la buena sociedad mundial que disfrutamos hoy día. Si durante los últimos cien años se hubieran decidido de un modo diferente ciertos diminutos acontecimientos históricos clave, si se hubiera elegido un camino diferente al que se eligió, todo el mundo actual podría verse actualmente envuelto en guerras y en horrores mucho peores de lo que nunca hayamos podido soñar. Se trata de una visión fría, pero que cada vez cobra más cuerpo en todo mi trabajo, en todo lo que escribo.

Sentí el toque emocionante de la inspiración. En aquel momento llegó el camarero encargado de los vinos con nuestros licores dobles contenidos en pequeñas copas de cristal tallado. Aproveché la interrupción para decir algo que pareció surgir de la fábrica de mi inspiración:

—Bebamos pues por lo que tú llamas visión fría —dije—. *Prosit!*

La picante propagación del calor del excelente licor aún aceleró más mi inspiración.

—Creo que comprendo con exactitud lo que estás consiguiendo —le dije a mi hijo.

Dejé la copa semivacia sobre la mesa y señalé algo por encima de los hombros de mi hijo.

Él se volvió y, tras volver a mirar mi dedo, que señalaba hacia un punto y que oscilaba intencionadamente de un lado a otro, se dio cuenta de que no estaba señalando la entrada al Krahenest, sino a las cuatro estatuas de bronce que la flanqueaban.

—Por ejemplo —continué—, si Thomas Edison y Marie Sklodowska no se hubieran casado y, especialmente, si no hubieran tenido un hijo tan genial, el conocimiento de Edison sobre la electricidad, y el de ella sobre el radio y otros elementos radiactivos nunca se habrían podido juntar. Puede que entonces no se hubiera desarrollado nunca la fabulosa batería T. S. Edison, que es la principal impulsora de todo el tráfico actual, tanto de superficie como aéreo. Aquellos camiones eléctricos introducidos primeramente por el *Saturday Evening Post* en Filadelfia podrían haber seguido siendo unos monstruos demasiado caros. Y puede que nunca hubiéramos llegado a producir el helio en cantidades industriales para sustituir las escasas reservas subterráneas de la Tierra.

Los ojos de mi hijo se agrandaron, apareciendo en ellos la llama de la más pura erudición.

—Papá —dijo con impaciencia—, eres un genio. Has citado precisamente lo que quizá sea el acontecimiento más importante de éstos a los que me refería. En estos momentos estoy terminando las necesarias investigaciones sobre una larga tesis al respecto. ¿Sabes una cosa, papá? Mediante la investigación de los datos procedentes de París, he establecido firmemente que en 1894 hubo una relación personal entre Marie Sklodowska y su compañero investigador del radio Fierre Curie, y he llegado a la conclusión de que ella podría haberse convertido muy bien en madame Curie —o quizá en madame Becquerel, pues él también estaba trabajando en lo mismo— si el gallardo y brillante Edison no hubiera llegado oportunamente a París en diciembre de 1894 para sacarla de allí y llevársela al Nuevo Mundo, donde pudo realizar logros aún mayores.

»Piensa solamente, papá —siguió diciendo—, qué hubiera podido suceder de no haber inventado su hijo la batería que lleva su nombre... el logro técnico más difícil, cercado por toda clase de aparentes imposibilidades científicas, en toda la larga historia de la industria. De no haber inventado aquella batería, Henry Ford podría haber fabricado automóviles impulsados por vapor o por gas natural comburente, e incluso por gasolina líquida vaporizada, en lugar de esos coches eléctricos que ahora se fabrican masivamente y que han representado una verdadera explosión de bienestar para toda la humanidad. Hubiéramos dispuesto entonces, no de estos coches nuestros que no producen contaminación alguna, sino de vehículos que expelen toda clase de humos nocivos que contaminan el ambiente.

¡Coches impulsados por la peligrosa combustión de gasolina líquida vaporizada! Aquella idea casi me estremeció, pues, sin duda alguna, se trataba de un pensamiento fantástico, aunque no dejaba de caer dentro de los límites de lo posible. Y así tuve que admitirlo.

En aquel preciso momento observé al triste judío vestido de negro, sentado a sólo dos mesas de distancia de nosotros, aunque me pareció un verdadero milagro que se hubiera podido introducir en el exclusivo *Krahenest*. Me resultó extraño no haberme dado cuenta de su entrada, que probablemente se produjo inmediatamente después de la mía, mientras sólo tuve ojos para mi hijo. De algún modo, su presencia arrojó una sombra negra, aunque momentánea, sobre mi estado de buen humor. Pensé generosamente que se le debía permitir ingerir una buena comida alemana, y algún excelente vino alemán... Aquello llenaría un poco su vacío cuerpo e incluso podría contribuir a poner una buena sonrisa alemana en aquellas hundidas mejillas judías. Me arreglé el pequeño bigote con mis dedos y me eché hacia atrás el errante mechón de cabello que me caía sobre la frente.

Mientras tanto, mi hijo siguió hablando.

—Entonces, padre, si no se hubiera desarrollado el transporte eléctrico y si durante la última década no hubiéramos tenido tan excelentes relaciones entre Alemania y Estados Unidos, quizá no hubiéramos podido conseguir de los yacimientos de Texas el suministro de helio natural que necesitamos desesperadamente para nuestros zepelines durante el breve, pero vital período

anterior al momento en que dimos un paso decisivo hacia la creación artificial de helio en cantidades industriales. Las investigaciones que he llevado a cabo en Washington me han revelado que entre los militares norteamericanos se produjo un fuerte movimiento tendente a evitar la venta de helio a cualquier nación, y a Alemania en especial. Únicamente la poderosa influencia de Edison, Ford y de algunos otros pocos, pero importantes personajes norteamericanos permitió evitar esa estúpida prohibición. De haber tenido éxito, Alemania podría haberse visto obligada a utilizar hidrógeno en lugar de helio para hacer flotar los dirigibles de pasajeros. Ese fue otro de los hechos cruciales a los que me he referido.

—¡Un zepelín sostenido por hidrógeno!... ¡Ridículo! Una nave aérea así sería como una bomba flotante, lista para ser abatida por la chispa más ligera—protesté.

—No es tan ridículo, padre —me contradijo serenamente mi hijo, moviendo la cabeza—. Perdóname por meterme en tu campo, pero existe un imperativo ineludible en relación con ciertos progresos industriales. Cuando no existe un camino seguro para el progreso, se tomará invariablemente otro más peligroso. Debes admitir, padre, que el desarrollo de las naves aéreas comerciales fue una aventura extraordinariamente peligrosa durante sus primeras fases. En la década de los años 20 se produjeron los terribles accidentes de los dirigibles norteamericanos *Roma*, *Shenandoah*, que se partió en dos, *Akron* y *Macon*, el del inglés *R-38*, que también se partió en el aire, el del también inglés *R-101*, el del francés *Dixmude*, que desapareció en el Mediterráneo, el del *Italia*, de Mussolini, que se estrelló cuando trataba de llegar al Polo Norte, y el del ruso *Maxim Gorky*, que chocó en vuelo contra un avión. En estos nueve accidentes perdieron la vida no menos de 340 personas. Si a esto hubiera seguido las explosiones de dos o tres zepelines de hidrógeno, la industria mundial podría haber abandonado para siempre el intento de fabricar naves aéreas de pasajeros, dirigiendo su atención hacia el desarrollo de grandes aviones impulsados por hélice y más pesados que el aire.

¿Aviones monstruosos, siempre en peligro de tener un accidente como consecuencia del fallo de los motores, compitiendo con los viejos e

indestructibles zepelines? Imposible, al menos considerándolo a primera vista. Sacudí la cabeza, aunque no con toda la convicción que hubiera deseado demostrar. En realidad, la sugerencia de mi hijo era bastante válida.

Por otra parte, él disponía de todos los hechos y dominaba por completo el tema, como también tuve que admitir. Aquellos nueve terribles accidentes que acababa de mencionar habían ocurrido, como muy bien sabía yo, y podrían haber desviado la cuestión en favor de los aviones de pasajeros de larga distancia y transportes de tropas, de no haber sido por el helio, por la batería de T. S. Edison y por el genio alemán.

Afortunadamente, fui capaz de apartar de mi mente aquellas desagradables especulaciones, sumiéndome en una viva admiración por la multifacética erudición de mi hijo. ¡Aquel muchacho era una maravilla!... Un verdadero vástago de la vieja rama y hasta un poco más.

—Y ahora, Dolfy —siguió diciendo, utilizando mi apodo (cosa que no me importó)—, ¿me permites tratar un asunto completamente diferente? ¿O más bien exponer un ejemplo muy distinto acerca de mi hipótesis sobre la importancia de los acontecimientos históricos?

Asentí en silencio. Mi boca estaba llena del exquisito *Sauerbraten* y de aquellas pequeñas y excelentes bolas alemanas de carne hervida, mientras mi olfato disfrutaba del aroma único de la col roja con salsa dulce. Había quedado tan absorto con las revelaciones de mi hijo que ni siquiera me di cuenta de que nos habían servido el almuerzo. Tragué lo que tenía en la boca, tomé un trago del buen zinfandel rojo y dije:

—Por favor, continúa.

—Esta vez se trata de las consecuencias de la guerra civil norteamericana —me dijo, sorprendentemente—. ¿Sabes una cosa? Durante la década que siguió a aquel sangriento conflicto existió un verdadero peligro de que quedara completamente aplastada toda la causa de la libertad y los derechos de los negros, por la que, según dicen ellos, se luchó en la guerra. ¿No hubiera servido para nada el excelente trabajo de Abraham Lincoln, Thaddeus Stevens, Charles Sumner, la Oficina de los Hombres Libres y los Clubs de la Liga de la Unión? ¿Se le habría permitido al subterráneo Ku-Klux-Klan reinar libremente, en lugar de reprimirlo con dureza? Sí, padre.

Mis detalladas investigaciones me han convencido de que esas cosas podrían haber sucedido fácilmente, teniendo como consecuencia una especie de vuelta a la esclavitud de los negros, con la posibilidad cierta de que la guerra tuviera que haber sido emprendida de nuevo en un futuro indefinido y, lo que es peor, que la reconstrucción se hubiera detenido durante muchas décadas... lo que habría tenido desastrosos efectos sobre el carácter norteamericano, convirtiendo su profunda y simple fe en la libertad en una gran hipocresía. Me resulta imposible exagerar todo eso. He publicado un extenso artículo sobre la materia en el *Journal of Civil War Studies*.

Asentí con un gesto sombrío. Una buena parte de la materia que había empezado a tratar mi hijo era *terra incognita* para mí. Sin embargo, conocía la historia norteamericana lo bastante bien como para darme cuenta de que debía existir una argumentación convincente. Me sentí mucho más impresionado que antes por su multifacética erudición. Indudablemente, mi hijo era una figura en la gran tradición de la erudición alemana, un pensador profundo y amplio. ¡Qué afortunado me sentí de ser su padre! Di gracias a Dios y a las leyes de la Naturaleza, no por primera vez, pero sí quizá con la mayor sinceridad, por haberme trasladado desde Braunau, Austria, donde nací en 1899, a Baden-Baden, donde se había criado mi hijo en el ambiente de la gran Universidad nueva situada junto a la Selva Negra, a sólo 150 kilómetros de la factoría de dirigibles del conde Zeppelin, en Wurtemberg, Friedrichshafen, junto al lago Constanza.

Elevé mi copa de *Kirschwasser* hacia mi hijo en un solemne y silencioso brindis —de algún modo nos las habíamos arreglado para llegar casi al final de nuestro almuerzo— y bebí un buen trago del fuerte, ardiente y blanco licor de cerezas.

Mi hijo se inclinó hacia mí y me dijo:

—También puedo decirte, Dolf, que mi gran libro, que será popular y erudito al mismo tiempo, mi *Meisterwerk*, se titulará *Si las cosas hubieran salido mal*, o quizá *Si las cosas hubieran cambiado para lo peor*. Ese libro tratará únicamente sobre mi teoría de los acontecimientos históricos, aunque estará ilustrado con docenas de ejemplos diversos; se trata de un concepto muy especulativo, pero firmemente asentado en los hechos —echó un vistazo

a su reloj de bolsillo y murmuró—: Sí, todavía nos queda tiempo para tratar de eso. Así es que sigamos... —su rostro adquirió una expresión grave y su voz llegó hasta mí con claridad aunque en tono bajo—. Voy a arriesgarme a informarte de otro acontecimiento, el más discutible y, sin embargo, el más crucial de todos —se detuvo un momento y después continuó—: Te advierto, querido Dolf, que este acontecimiento te puede causar daño.

—Lo dudo —le dije indulgentemente—. De todos modos, continúa.

—Está bien. En noviembre de 1918, cuando los ingleses rompieron la línea Hindenburg y el cansado ejército alemán era empujado insolentemente a lo largo del Rin, justo ante los aliados dirigidos por el mariscal Foch, se emprendió la campaña final y decisiva con la intención de abrirse paso sangrientamente a través de la patria, hacia Berlín...

Comprendí inmediatamente su advertencia. Los recuerdos brotaron en mi mente como los repentinos resplandores del campo de batalla, con su ensordecedor estruendo. La compañía que yo mandaba fue de las que luchó con mayor desesperación, enervada heroicamente, resistiendo en la última trinchera. Fue entonces cuando Foch emprendió aquella última y vasta operación que nos hizo retroceder más y más ante la superioridad numérica de nuestros enemigos, con sus cañones de campaña, sus tanques y carros armados y sobre ellos su gran flota aérea con los «De Haviland» y los «Handley-Page» y otros grandes bombarderos escoltados por flotillas de «Spads» y de otros cazas que, como mosquitos, atacaban a nuestros últimos «Fokkers» y «Pfalzes» y producían en Alemania una destrucción mucho mayor de la que produjeran nuestros zepelines en Inglaterra. Retroceder, retroceder, retroceder, sin descanso, tambaleándonos y volviendo a agruparnos, a través de los devastados campos alemanes, diezmados una docena de veces y, sin embargo, todavía desafiantes, hasta que el final llegó de entre las ruinas de Berlín y hasta el más temerario de nosotros tuvo que admitir que habíamos sido derrotados y que nos teníamos que rendir incondicionalmente...

Aquellos recuerdos vividos y ardientes me llegaron casi instantáneamente.

Después, escuché a mi hijo, que siguió diciendo:

—En aquel momento crucial, en noviembre de 1918, existió una posibilidad muy fuerte —lo he comprobado así y es algo fuera de toda duda — de ofrecer un armisticio inmediato que se habría podido firmar y que habría terminado con la guerra de un modo no concluyente. El presidente Wilson vacilaba, los franceses estaban muy cansados, etc.

»Si aquello hubiera sucedido de verdad, y ahora, Dolf, te ruego que te acerques más a mí, la actitud de los alemanes cuando entraron en la década de los años 20 habría sido totalmente diferente. Alemania habría tenido la sensación de que no fue derrotada por completo y, sin duda alguna, se habría producido un secreto recrudescimiento del militarismo pangermánico. El humanismo científico alemán no habría podido ganar su rotunda victoria sobre la Alemania de... sí... de los hunos.

»En cuanto a los aliados, burlados al no poder alcanzar la completa victoria que esperaban y que se les habría escapado de los dedos, habrían tratado a Alemania, al menos a la larga, con mucha menos generosidad de lo que hicieron una vez satisfecho su deseo de revancha, que terminó por llevarles hasta Berlín. La Sociedad de Naciones no se habría convertido en el fuerte instrumento que es hoy para salvaguardar la paz mundial; podría haber sido rechazada incluso por los mismos Estados Unidos y, sin duda alguna, habría sido detestada en secreto por Alemania. Las viejas heridas no se habrían curado porque, paradójicamente, no habrían sido lo bastante profundas. Eso es todo lo que tenía que decirte. Espero, Dolf, no haberte hecho mucho daño.

Lancé un profundo suspiro. Después, mi ceño fruncido dio paso a una expresión de serenidad. Dije, deliberadamente:

—No me has hecho ningún daño, hijo mío, aunque debo admitir que has removido mis antiguas heridas. Sin embargo, creo que tu interpretación es totalmente válida. De hecho, en aquel negro otoño de 1918 los rumores sobre un posible armisticio corrieron como la pólvora entre nuestras tropas. Y sé muy bien que si en aquellos momentos hubiéramos firmado un armisticio, oficiales como yo mismo habríamos pensado que el soldado alemán no había sido realmente vencido, sino sólo traicionado por sus líderes y por los incendiarios rojos, por lo que no habríamos tardado mucho en empezar a

conspirar para reanudar la guerra bajo circunstancias más felices. Hijo mío, bebamos a la salud de tus divertidos giros históricos.

Nuestras pequeñas copas se tocaron, produciendo un sonido delicado, y bebimos las últimas gotas del ardiente y amargo *Kirschwasser*. Extendí mantequilla sobre una delgada rebanada de pan de centeno y la mordí... Siempre es bueno terminar una comida con pan. De repente, me sentí lleno de una inconmensurable alegría. Era aquél un momento dorado, que me habría hecho muchísimo más feliz de haber continuado así para siempre, mientras escuchaba las inteligentes palabras de mi hijo y nutría mi satisfacción con él. Sí, aquélla era una bendita pausa en el terrible transcurrir del tiempo... la enriquecedora conversación, la incomparable comida y bebida, el ambiente agradablemente en penumbras...

En aquel momento tuve la oportunidad de mirar hacia mi discordante judío, a dos mesas de distancia. Por alguna misteriosa razón, el hombre me estaba mirando con una expresión de odio en su rostro, aunque apartó instantáneamente su mirada...

Pero ni siquiera este pequeño e inquietante suceso interrumpió mi buen humor y mi dorada tranquilidad, que intenté prolongar, diciendo:

—Querido hijo, ésta ha sido la comida más excitante, aunque extraña, que he disfrutado jamás. Tus notables giros históricos me han abierto un mundo fabuloso en el que no puedo dejar de creer. Un horrible y fascinante mundo de zepelines llenos de hidrógeno, de innumerables y siempre malolientes automóviles de gasolina contruidos por Ford, en lugar de sus vehículos eléctricos, de norteamericanos negros que vuelven a la esclavitud, de señoras Becquerel o Curie, un mundo sin la batería T. S. Edison y sin siquiera el propio T. S., un mundo en el que los científicos alemanes son parias siniestros, en lugar de los líderes tolerantes, humanitarios y bien intencionados del pensamiento universal, un mundo en el que un solitario y anciano Edison repara una y otra vez una poderosa batería de almacenamiento que no puede perfeccionar; en el que Woodrow Wilson no insiste en que Alemania sea inmediatamente admitida en la Sociedad de Naciones; un mundo de enconados odios que sólo esperan una segunda y mucho más terrible guerra mundial. ¡Oh! Si ponemos todo eso junto,

tendríamos la imagen de un mundo increíble. Y, sin embargo, se trata de una imagen en la que me has hecho creer momentáneamente, hasta el punto de que ahora temo que el tiempo retroceda repentinamente y seamos empujados hacia ese terrible mundo, convirtiéndose nuestro mundo real de ahora en un simple sueño...

De pronto, eché un vistazo a mi reloj...

Al mismo tiempo, mi hijo miró su muñeca izquierda...

—Dolf —dijo, levantándose agitadamente—, espero que con mi estúpida charla no te habré hecho perder...

Yo también había saltado de mi asiento.

—No, no, hijo mío —me oí a mí mismo, hablando con una voz susurrante—, pero lo cierto es que me queda muy poco tiempo para coger el *Ostwald*. *Auf Wiedersehn, mein Sohn, auf Wiedersehn*.

Y en cuanto me despedí con estas palabras me abalancé hacia la puerta, casi corriendo, o más bien casi volando a través del aire, como un fantasma, dejando que mi hijo se hiciera cargo de la cuenta... Atravesé una sala que parecía oscilar con mi propia y enfebrecida agitación, que parecía luminosa y oscura alternativamente como una bombilla eléctrica con sus finos filamentos de tungsteno a punto de convertirse en polvo y desaparecer para siempre...

En el interior de mi cabeza, una voz calmada, aunque con un tono que parecía mortal, me estaba diciendo: «Las luces de Europa se están apagando. No creo que vuelvan a encenderse en mi generación...»

De repente, lo único importante en el mundo para mí fue coger el *Ostwald*, subir a bordo antes de que zarpara. Aquello y solo aquello podría darme la seguridad que estaba en mi mundo correcto. Tocaría y sentiría el *Ostwald*, sin hablar con él, claro...

Cuando crucé ante las cuatro figuras de bronce parecieron desmoronarse, quedar deformadas, mientras sus rostros se transformaban en los de unas grotescas y avejentadas brujas... cuatro endemoniados duendes mirándome con un horrible conocimiento reflejado en sus ojos...

Mientras tanto, acerté a descubrir detrás de mí una figura alta, vestida de negro y con el rostro blanco, esquelético...

El pasillo que había ante mí, extrañamente corto, terminaba en un espacio

negro... La sala de partida no estaba allí...

Abrí instantáneamente la estrecha puerta que daba a las escaleras y subí corriendo los escalones, como si fuera un joven y no tuviera los cuarenta y ocho años que tenía...

Al llegar al tercer rellano me arriesgué a mirar hacia atrás y hacia abajo.

Justo detrás de mí, subiendo a grandes zancadas, venía mi terrible judío...

Abrí de golpe la puerta del piso 102. Allí, al fin, a sólo unos pocos metros de distancia, se encontraba la puerta dorada del ascensor que iba buscando. Sobre ella había un letrero, escrito con letras suaves:

«*Zum Zeppelin*». Por fin podría llegar a tiempo al *Ostwald* y a la realidad.

Pero el letrero empezó a oscilar, como había sucedido antes con el *Krahenest*, mientras que, cruzando la puerta, pude ver una pizarra blanca en la que había escrito, con letras rojas: «Fuera de servicio.»

Me arrojé contra la puerta, aporreándola, restregándome varias veces los ojos para aclarar mi visión. Cuando, finalmente, los abrí por completo, la pizarra había desaparecido.

Pero la puerta plateada también había desaparecido, así como las palabras que antes viera sobre ella. Al parecer, estaba aporreando un enlucido de color pálido.

Noté un pequeño golpe en mi codo y me volví.

—Perdóneme, señor, pero parece usted encontrarse en apuros —me dijo solícitamente el judío—. ¿Puedo hacer algo por usted?

Sacudí mi cabeza, pero no sé si lo hice negando, rechazando o aclarando algo.

—Estoy buscando el *Ostwald* —musité, dándome cuenta entonces de que había estado dando vueltas en las escaleras—. El zepelín —le expliqué al observar su mirada de asombro.

Puedo estar equivocado, pero me pareció ver en su mirada un secreto júbilo que brillaba en lo más profundo de sus ojos, aunque su general expresión de simpatía permaneció inmutable.

—¡Oh, el zepelín! —me dijo con una voz que me pareció azucarada en su solicitud—. Se referirá usted al *Hindenburg*, ¿verdad?

«¿*Hindenburg*?», me pregunté. No existía ningún zepelín llamado

Hindenburg. ¿O sí que existía? ¿Podía estar equivocado en una cosa tan simple, en una cuestión que parecía inmutable y fuera de toda duda? Mi mente se había nublado mucho durante los dos últimos minutos. Desesperadamente, traté de asegurarme de que yo era yo y de que estaba en mi mundo. Mis labios se movieron y murmuré para mí mismo: «*Bin Adotf Hitler, Zeppelin Fachman...*»

—En cualquier caso, el *Hindenburg* no atraca aquí —me estaba diciendo el judío—, aunque creo que en cierta ocasión se tuvo una vaga intención de instalar un mástil de amarre para dirigibles en el Empire State. Quizá leyera usted alguna historia nueva y ha supuesto...

Su rostro se inmutó, o así me lo pareció. La empalagosa solicitud de su voz se me hizo insufrible cuando me dijo:

—Pero, al parecer, no puede haber escuchado las trágicas noticias de hoy. ¡Oh! Espero que no estuviera usted buscando el *Hindenburg* para encontrarse con algún familiar querido o con algún amigo cercano. Fortalezca su ánimo, señor. Hace sólo unas horas, cuando venía a atracar en Lakehurst, Nueva Jersey, el *Hindenburg* se incendió y se quemó por entero en cuestión de segundos. Por lo menos treinta o cuarenta pasajeros y miembros de la tripulación han muerto abrasados. ¡Oh, tranquilícese, señor!

—Pero el *Hindenburg*... quiero decir el *Ostwald*... no puede incendiarse así —protesté—. Es un zepelín lleno de helio.

El judío sacudió su cabeza.

—¡Oh, no! No soy ningún científico, pero sé muy bien que el *Hindenburg* estaba lleno de hidrógeno... Una muestra típica de esa imprudente carrera técnica alemana. Al menos, gracias a Dios, nunca les hemos vendido helio a los alemanes.

Le miré muy fijamente, haciendo oscilar mi cabeza de un lado a otro en un gesto febril de negación.

Mientras él me devolvía la mirada, se le ocurrió un nuevo pensamiento.

—Perdóneme de nuevo —dijo—, pero creo que empezó a decir algo sobre Adolf Hitler. Supongo que sabe usted que tiene un cierto parecido con ese execrable dictador. Si yo fuera usted, señor, me afeitaría ese bigote.

Sentí una oleada de furia ante aquella observación inexplicable, con todas

sus desconcertantes referencias, y que contenía el tono indiscutible de un insulto. Y entonces, todo lo que me rodeaba enrojeció y vaciló momentáneamente y sentí una tremenda sacudida en lo más profundo de mi ser, la clase de sacudida que puede uno experimentar cuando transita, fuera del tiempo, de un universo a otro paralelo. En un instante, me convertí en un hombre llamado aún Adolf Hitler, el mismo nombre que el dictador nazi, y casi de la misma edad, un norteamericano de origen alemán nacido en Chicago, que nunca había estado en Alemania, que no hablaba alemán, y cuyos amigos se burlaban de él por su extraordinario parecido con el otro Hitler, y que solía decir con sequedad:

—¡No, no me cambiaré el nombre! ¡Que ese bastardo de *Führer* del otro lado del Atlántico se cambie el suyo! ¿No sabéis que el inglés Winston Churchill escribió al norteamericano Winston Churchill, el autor de *La crisis* y otras novelas, sugiriéndole que se cambiara el nombre para evitar confusiones por el hecho de que el inglés también había escrito algo? El norteamericano le contestó diciéndole que le parecía una buena idea, pero que como él tenía tres años más de edad, debía ser el inglés quien cambiara de nombre. Eso es precisamente lo que yo siento con respecto a ese hijo de perra de Hitler.

El judío seguía mirándome fijamente, con una sonrisa de desprecio. Empecé a decirle algo, pero entonces me sentí perdido en un segundo estremecimiento, en una nueva transición. La primera me había llevado directamente de un universo paralelo a otro. La segunda también fue una transición en el tiempo... Acumulé varios años en un solo instante infinito mientras transitaba de 1937 (habiendo nacido en 1889 y contando con cuarenta y ocho años de edad) a 1973 (habiendo nacido en 1910 y contando con sesenta y tres años de edad). Mi nombre retrocedió al mío verdadero (¿pero cuál es?), y ya no me parecía en nada a Adolf Hitler, el dictador nazi (¿o experto en dirigibles?), y tenía un hijo casado que era una especie de historiador social en la Universidad municipal de Nueva York, que tenía muchas teorías brillantes, pero que no sabía nada sobre los giros históricos.

Y el judío —quiero decir el hombre alto, delgado, vestido de negro, con posibles facciones semíticas— había desaparecido. Miré a mi alrededor una y

otra vez, pero allí no había nadie.

Me toqué el bolsillo interior izquierdo de mi chaqueta y después mi mano se metió temblando en su interior. En el bolsillo no había ningún precioso documento, sólo un par de mugrientos sobres con unas notas que yo había garabateado a lápiz sobre ellos.

No sé cómo salí del Empire State Building. Posiblemente bajé en el ascensor. Todo lo que mi memoria conserva de aquel período es una persistente imagen de King Kong bajando desde lo más alto del edificio, como si fuera un gigantesco oso.

Recuerdo que anduve en una especie de trance, durante un período que me pareció de horas, por las calles de Manhattan inspirando monóxido e innumerables cancerígenos, medio despertando de vez en cuando (normalmente cuando cruzaba las calles, llenas de un confuso tráfico), para volver a caer después en el trance. A mi alrededor, había grandes perros.

Cuando, finalmente, volví en mí, me encontré andando por la calle Hudson, en la parte norte del Greenwich Village. Mi mirada estaba fija en la parte superior de un edificio distante pero inconfundible, de un color gris pálido. Supongo que se trataría del World Trade Center, de 411 metros de altura.

Y entonces, me sentí aliviado al ver el ceñudo rostro de mi hijo, el profesor.

—¡Justin! —grité.

—¡Fritz! —exclamó él—. Empezábamos a preocuparnos un poco. ¿Dónde te metiste? No es que sea asunto mío. Si tenías una cita con una chica, no necesitas decírmelo.

—Gracias —dije—, me siento cansado, lo admito, y también tengo frío. Pero no, sólo estaba mirando una de mis viejas guardias —le dije— y, al parecer, eso me ha ocupado mucho más tiempo del que me di cuenta. Manhattan ha cambiado durante estos años en que he estado en la costa oeste, pero no tanto como se dice.

—Está empezando a hacer frío —dijo él—. Detengámonos un momento en ese edificio de fachada negra. Es el Caballo Blanco. Dylan Thomas solía ir a beber allí. Se supone que escribió un poema en la pared del lavabo, pero

después alguien pintó la pared. Pero tienen auténtico serrín.

—Bien —dije—, sólo que yo prefiero café, no cerveza. Y si no puedo tomar café, entonces una Coca-cola.

En realidad, no soy una persona a quien le guste beber.

EL MUNDO DE MYRION FLOWERS

Frederik Pohl & C. M. Kornbluth

Cualquier persona que tenga un olfato sensible sabe que esto no siempre (por no decir casi nunca) es una ventaja en nuestras contaminadas ciudades. Y, teniendo en cuenta la creciente polución mental, probablemente la telepatía tampoco fuera una ventaja en los tiempos que corren, especialmente para algunos.

El mundo de Myrion Flowers, que era el mundo del negro norteamericano, era algo así como una Inglaterra idealizada, y un verdadero Renacimiento. Como sucede en algunas versiones de la sociedad inglesa, todos los miembros de la clase superior eran los mejores amigos entre sí. Cualquier hombre de negocios de Harlem sabía automáticamente quién era el nuevo jefe del departamento de música de la Universidad Howard, una semana después de que se produjera un trastorno en la facultad. Y, al igual que ocurría en la Florencia de Cellini, había espacio para los hombres versátiles. Un negro norteamericano podía ser un médico constructor-educador-propietario-político. Myrion Flowers lo era.

Nacido en Boston en 1913 de un padre abogado-propietario-político y de una atractiva madre del mundo del espectáculo, trabajó duro, sacó el número afortunado y se le permitió asistir a las escuelas que le condujeron finalmente al título de médico y a la licencia para practicar en el Estado de Nueva York. Durante los años que siguieron se produjeron a su alrededor vacíos de poder que él cubrió, de buen grado o por fuerza. Cuando una empresa constructora se desgastó y necesitó un poco de capital y otro poco de sentido común... ¿qué otra cosa podía hacer? Lo hizo, y aceptó sus acciones. Y lo mismo sucedió cuando el consejo director de la escuela acudió a él para que, como hombre honrado, representara «¿a su gente?». Fue un hombre digno de confianza. Sirvió bien al consejo de dirección. Tuvo que pasar un insignificante examen para obtener la licencia de constructor —insignificante para él, que había memorizado una docena de libros de texto de patología, histología, anatomía y materia médica—, ¿por qué no? Y si ellos consideraron como un favor que hablara en apoyo del candidato de Fusión,

¿por qué no iba a hablar? Y si, más tarde, le invitaron a presentar nombres para cubrir puestos en una docena de pequeños patronatos, ¿por qué no iba a dar los nombres de las personas necesitadas que él conocía?

Flowers era un hombre frío y con un gran dominio de sí mismo. Nunca se casó. En lugar de hijos, tenía protegidos. Se trataba de niños negros procedentes de los orfanatos y de desesperadas familias indigentes; les apoyó a lo largo de las escuelas y facultades universitarias siempre y cuando trabajaran hasta el límite de lo que él consideraba como su capacidad; a la primera muestra de desilusión, les abandonaba. A lo largo de los años, el índice de mortalidad fue aproximadamente de un no graduado por cada cuatro. Myrion Flowers podía predecir el éxito mucho mejor que cualquier comité de admisión universitaria. Sus éxitos en este sentido eran de cuarenta y dos cuando uno de sus protegidos obtuvo el doctorado en psicología clínica y le hizo un ruego.

El nombre del protegido era Ensal Brubacker. Después de la cena, y junto con otros muchos suplicantes, ocupó su lugar en la sala de espera de la mansión de piedra del doctor Flowers, en Brooklyn. Allí estaba la anciana que deseaba un aumento del plazo de pago de su hipoteca, cosa que consiguió; allí se encontraba el comerciante que poseía excesivas existencias en su almacén, y que solicitaba una ayuda que no consiguió; allí estaba la madre cuyo hijo tenía un vicio, y el esposo cuya mujer se estaba comportando de una manera cada vez más extraña; allí estaba el propietario acosado por el departamento de construcción; el policía que deseaba ser transferido de puesto; el candidato al Colegio de Abogados, que deseaba obtener un nombre poderoso como referencia; también había un arzobispo que sólo deseaba saber si el doctor Flowers estaba a bien con Dios.

Brubacker fue admitido en el despacho del doctor a las 9.30. Era la sexta vez que veía al hombre que le había sacado de un orfanato y que, desde entonces, había invertido unos veinte mil dólares en su educación. Le encontró más seco, frío e incisivo que nunca.

El doctor ni siquiera le felicitó.

—Ha conseguido usted su título, Brubacker —le dijo. Si viene a pedirme consejo, le sugiero que evite la vida académica, especialmente en las escuelas

destinadas a los negros. Sé lo que debería hacer. Podría encontrar trabajo en cualquier sitio, pero me gustaría que intentara conseguir un puesto en una de esas grandes empresas publicitarias y de relaciones públicas, con la intención de convertirse en un investigador de motivaciones. Creo que ya es hora de que un negro trabaje en los niveles más elevados de la avenida Madison.

Brubacker le escuchó con respeto, y cuando le llegó el turno de hablar, dijo:

—Doctor Flowers, evidentemente me siento muy agradecido por todo lo que ha hecho por mí. Sinceramente, desearía poder... Doctor Flowers, me gustaría dedicarme a la investigación. Le envié a usted mi tesis universitaria, pero eso sólo es el principio...

Myrion Flowers recordó inmediatamente el caso y dijo fríamente:

—La correlación de la exposición toposcópica, ampliaciones de ondas beta y la percepción de progresiones de acordes musicales en 1.107 adolescentes no seleccionados. Muy bien. Ahora tiene usted, de una parte a otra, todos los títulos que necesita. Espero que se dedique a conseguir el trabajo para el que ha sido entrenado.

—Sí, señor. Me gustaría mostrarle una...

—No quiero —dijo el doctor Flowers, interrumpiéndole— que se convierta usted en un amado y viejo George Washington, inclinado sobre sus informes y tubos de ensayo. La investigación académica no tiene una importancia inmediata.

—No, señor. Yo...

—Los centros de poder en Estados Unidos —siguió diciendo el doctor Flowers— están en el gobierno, donde nuestro amigo Wilkins ya está actuando con mucha habilidad, y en los niveles ejecutivos de las grandes empresas, donde estoy intentando conseguir lo que creo necesario. Quiero que llegue usted a ser un ejecutivo en una gran empresa, Brubacker. Ha sido entrenado para ese propósito. Ahora quizá le sea muy posible poner un pie en un puesto así. Me resulta inconcebible que no realice usted ningún esfuerzo, ni por mí ni por su gente.

Brubacker le miró con una gran pena, y finalmente escondió el rostro entre sus manos. Sus hombros temblaban.

El doctor Flowers dijo con desprecio:

—Entiendo que está usted negándose a realizar ese esfuerzo. Está bien, adiós, Brubacker. No deseo volver a verle.

El joven abandonó el despacho tambaleándose, llevando consigo una gran maleta de piel de cerdo que no se le había permitido abrir.

Como había esperado convencer a su benefactor con sus logros, había hecho planes para esa situación. Ahora sólo podía confiar en regresar a la universidad que acababa de abandonar, con la esperanza de conseguir una subvención antes de que se le terminara el poco dinero de que disponía. Pero, en realidad, no tenía muchas esperanzas de conseguir aquello. No había hecho ninguna instancia, ni pedido ningún consejo.

Su estado de ánimo no había mejorado aún cuando se encontró en la estación central, dispuesto a tomar el tren nocturno para Chicago. Fue de los primeros en subir, y tomó asiento junto a una ventanilla. Los lugares vacíos fueron ocupados amablemente por matronas cargadas de equipaje, jóvenes y vendedores de bolsas de papel. Pero no tardaron en marcharse todos, muy desagradablemente, cuando vieron que debían sentarse al lado de aquel gorila-violador-inculto-bobo-peligroso que parecía ser el doctor Ensal Brubacker.

No obstante, al final no se quedó solo. El tipo que se sentó en el asiento contiguo, en el momento en que el tren iniciaba su marcha, era Uno de Su Propia Clase. Se trataba de un hombre sucio, indocto, que parecía haber tomado mucho de eso que no paga impuestos, y que, en definitiva, estaba muy drogado. Brubacker apenas pudo comprender su jerga de Harlem.

Pero, una vez llegados a la ciudad, la amabilidad y el terror a parecer un «remilgado» obligaron a Brubacker a aceptar, en la calle 125, un sofocante trago de la botella que llevaba su compañero de asiento. Su amabilidad por un lado, su terror por el otro y la insoportable sensación de haber perdido algo, le hicieron aceptar la última oferta de su compañero, que le ofreció placeres aún más paralizantes. Al cabo de diez meses, Brubacker murió en Lexington, Kentucky, a causa de una pulmonía de la que enfermó mientras disfrutaba del vicio de la heroína. Sólo dejó tras de sí a un médico totalmente perplejo.

—Habrán dicho la última palabra sobre cómo encerrarse uno en sí mismo y abandonarse —le confió a su esposa—, pero me pregunto si este tipo habrá escuchado alguna vez la palabra criptestesia.

Fue aproximadamente un mes después cuando Myrion Flowers recibió un paquete con los efectos personales de Brubacker. No hubo nadie más a quien enviárselos.

Aquel hombre, siempre tan capaz de controlarse a sí mismo, quedó impresionado. Había visto seguir el mismo camino a muchos de sus protegidos, pero ellos fueron luchadores, actores o predicadores. Nunca habría esperado una cosa así de un joven y brillante graduado universitario. Por esa razón, no se deshizo inmediatamente del paquete, sino que observó su contenido durante unos minutos. Su siguiente visita le encontró con una especie de casco plateado en las manos.

La visita de Flowers era un antiguo consejero de la corporación de la ciudad de Nueva York. Asistía a la iglesia del doctor Powell, y el doctor Flowers se encargaba de cuidar su salud. De este modo mantenía un pie, muy bien afianzado, en cada uno de los dos principales campos políticos de la ciudad. Ya no era un hombre muy necesitado de apoyo político, pero en una ocasión el doctor Flowers le había sacado de una enfermedad coronaria, y ahora se sentía demasiado viejo para cambiar de médico.

—¿Qué tiene usted ahí, Myrion? —preguntó.

Flowers levantó la mirada y dijo con precisión:

—Si he de creer las notas del hombre que lo construyó, se trata de un receptor y amplificador de oscilaciones de ondas beta.

El ex consejero de la corporación gruñó:

—Que Dios me proteja de las mentes médicas. ¿Qué significa eso en lenguaje llano?

Quedó entonces sorprendido al ver la expresión de perplejidad que se reflejó en el marchito rostro de Flowers.

—Lee los pensamientos —murmuró Flowers.

El ex consejero municipal se llevó inmediatamente la mano al pecho, pero no sintió ningún dolor. Se limitó a decir de mal humor:

—Está usted bromeando.

—No lo creo, Wilmot. El hombre que construyó este invento tenía todos los títulos apropiados... *summa cum laude*, citado elogiosamente por el propio decano y entrevistado por correo por cerca de treinta posibles patronos. Antes de que descubrieran el color de su piel, claro. No —dijo, reflexivamente—, no estoy bromeando. Pero hay una forma de saberlo. Levantó el casco, llevándoselo hacia su cabeza.

El ex consejero municipal gritó:

—¡Maldita sea, Myrion! No haga eso.

Flowers se detuvo.

—¿Teme que lea su mente y me entere de sus secretos?

—¿A mi edad? ¿Y siendo usted mi médico? No, Myrion, pero debe saber que mi corazón no está bien. No quisiera verle electrocutado ante mis propios ojos. Por otra parte, ¿qué demonios persigue un negro con una máquina capaz de decirle lo que está pensando la gente? ¿Es que eso no le hace suponer nada malo para usted mismo?

Myrion Flowers prefirió ignorar las últimas palabras de su paciente.

—No creo que esto vaya a electrocutarme, y tampoco creo que afecte a su corazón, Wilmot. De cualquier modo, no tengo la intención de seguir asombrado mucho tiempo por esta cosa. Y tampoco quiero probarla estando solo. Así que, como no hay nadie más aquí...

Y se colocó el cuenco de acero sobre su cabeza. Le ajustaba mal y era muy pesado. De él salía un cable eléctrico que Flowers, sin detenerse, introdujo en el enchufe que había en la pared, junto a su sillón.

El casco vibró débilmente y Flowers se puso de pie de un salto, gritando.

El ex consejero municipal se movió con la rapidez suficiente para agarrarle. Le quitó el casco de la cabeza de un solo golpe y, cogiendo a Flowers por los hombros, le volvió a sentar en el sillón.

—¿Está usted bien? —gritó.

Flowers se estremeció epilépticamente y después se controló.

—Gracias, Wilmot. Espero que no haya usted dañado el invento del doctor Brubacker. —Y después, repentinamente, exclamó—: Me afectó inmediatamente, ¡*Y duele!*

Aspiró con fuerza y se levantó del sillón. De uno de los cajones de su

mesa de despacho sacó un tubo de pastillas de muestra y tragó una sin beber agua.

—Todo el mundo se puso a gritar de repente —dijo.

Iba a guardar las pastillas cuando vio al ex consejero con las manos sobre el pecho y le ofreció una en silencio.

Después, pareció quedar sobrecogido.

Miró a su visitante, directamente a los ojos.

—Aún puedo escucharle.

—¿Qué?

—Creo que es una angina falsa. De todos modos, tómese la pastilla. Pero... —se pasó una mano por los ojos—, pensó usted que me había electrocutado y se preguntó cómo pagarme mi última factura. Es una factura correcta, Wilmot. No le he cobrado de más. —Flowers abrió mucho los ojos y dijo—: El chico del quiosco de periódicos de la esquina me engañó en el cambio. El... —tragó saliva y añadió—. A los guardias del coche patrulla que ahora mismo está doblando la calle Fulton no les gusta que tenga pacientes blancos. Uno de ellos está pensando en atropellar a una mujer que viene hacia aquí. —De pronto, se echó a llorar—. Esto no se detiene, Wilmot.

—Por el amor de Dios, Myrion, échese un rato.

—*No se detiene*. No es como una radio. No puede uno apagarlo. Ahora puedo escuchar... ¡a todo el mundo! Toda mente a varias millas a la redonda *está vertiendo en mi cabeza LO QUE PIENSA DE MI... ¡DE MI... DE VOSOTROS!*

Ensal Brubacker, que había sido un psicólogo clínico, y no un ingeniero de radio, no construyó su casco para que resistiera la tensión de una operación continua, ni tampoco pensó en dotarle de interruptores de circuito. Lo había construido con la intención de que sólo operara durante unos minutos, los suficientes para variar la posición de varias neuronas y abrir uno o dos caminos bloqueados. Una de las partes del casco se sobrecalentó. Como consecuencia de ello, la otra absorbió demasiada carga y, al cabo de un momento, se incendió. Se fundieron los fusibles, y el despacho quedó a oscuras. El anciano ex consejero municipal se las arregló para apagar el fuego. Después, descolgó el teléfono. Gritando con todas sus fuerzas, para

que su voz se oyera por encima de los gritos de Myrion Flowers, ordenó que acudiera inmediatamente una ambulancia del hospital Kings County. Allí conocían al doctor Flowers. La ambulancia llegó al cabo de nueve minutos.

Algunas semanas más tarde, Flowers murió en el hospital, no en el de Kings County, pero él no se enteró de la diferencia. Durante casi un mes, lo mantuvieron bajo dosis masivas de sedantes, hasta que, por simple necesidad fisiológica fue necesario despertarle. En cuanto recuperó el conocimiento se las ingenió para ahorcarse en su propia habitación.

Su funeral constituyó una gran ceremonia de la que se enteró todo el Estado. La multitud era enorme y muchos de los asistentes lloraban. El ex consejero municipal fue una de las pocas personas a las que se permitió echar un puñado de tierra sobre el ataúd de bronce. Pero él no derramó una sola lágrima.

Nadie se figuró nunca lo que pudo haber sido aquel instrumento destruido, y Wilmot no se lo dijo a nadie. Pensó que había inventos e inventos, y que aquello de leer los pensamientos era una tarea para hombres blancos. Si es que los blancos podían resistirlo. Puede que en el mundo de Myrion Flowers crecieran con vigor muchas semillas, pero algunos de los frutos madurarían hasta convertirse en veneno.

No cabe la menor duda de que la máquina podría haber destrozado cualquier mente, siendo capaz, como era, de hacer escuchar todos los pensamientos que tuvieran relación con uno. Era un invento enloquecedor y que producía vértigos, y el hombre que se pusiera el casco habría quedado herido en cualquier mundo, pero sólo en el mundo de Myrion Flowers hubiera sido capaz de poner al descubierto tanto odio. Tanto, que le llevó hasta la muerte.

LA MÁQUINA QUE GANÓ LA GUERRA

Isaac Asimov

Si hay un autor que no necesite presentación para nuestros lectores, ése es Asimov, así que les dejo con otra de sus habituales y cáusticas paradojas.

Las ceremonias de la celebración aún tenían que seguir un largo camino y hasta parecían estar suspendidas en el aire, incluso en las silenciosas profundidades de las cámaras subterráneas de Multivac.

Aunque no se percibiera otra cosa, había por lo menos el simple hecho del aislamiento y el silencio... Por primera vez en una década los técnicos no se agitaban alrededor de las partes vitales de la gigantesca computadora, ni las suaves luces coordinaban parpadeando siguiendo sus pautas erráticas. La fluidez de la información, tanto *in* como *out*, se había detenido.

No se mantendría así durante mucho tiempo, claro está, pues las necesidades de la paz seguían presionando. Pero ahora, durante un día, o quizá durante toda una semana, hasta Multivac podría celebrar la gran victoria y descansar.

Lamar Swift, director ejecutivo de la Federación Solar, se quitó la capa militar que llevaba y observó el largo y vacío pasillo principal de la enorme computadora. Se sentó con bastante pesadez en una de las sillas oscilantes de los técnicos, y su uniforme, en el que nunca se había sentido cómodo, adquirió un aspecto pesado y arrugado.

—Lo echaré de menos de un modo horrible. Resulta difícil recordar cuando no estuvimos en guerra con Deneb —dijo—, y ahora, hasta parece ser *contra natura* encontramos en paz y observar las estrellas con ansiedad.

Los dos hombres que acompañaban a Swift eran jóvenes. Ninguno de ellos tenía el cabello tan gris, ni parecía tan cansado como él.

John Henderson contrajo los labios y, resultándole difícil controlar la excitación que sentía en medio del triunfo, dijo:

—¡Están destruidos! ¡Están destruidos! Eso es lo que me dije a mí mismo

una y otra vez y aún no lo puedo creer. Todos nosotros hemos hablado mucho durante tantos años acerca de la amenaza que pendía sobre la Tierra y sobre todos sus mundos, y sobre cada ser humano. Y todo lo que hablábamos era cierto. Cada una de las palabras que decíamos eran verdad. Y ahora, estamos vivos y son los denebianos los que han sido aniquilados y destruidos. Ahora ya no serán una amenaza. Nunca más.

—Gracias a Multivac —dijo Swift, dirigiendo una mirada tranquila al imperturbable Jablonsky, que había sido el intérprete principal del oráculo científico durante toda la guerra—. ¿No es cierto, Max?

Jablonsky se encogió de hombros. Automáticamente, buscó un cigarrillo, pero decidió al final no fumarlo. De entre todos los miles de personas que habían vivido en los túneles, con Multivac, sólo a él se le había permitido fumar, pero ya hacia el final hizo verdaderos esfuerzos por evitar hacer uso de aquel privilegio.

—Bueno —dijo—, eso es lo que dicen *ellos*.

Su ancho pulgar se movió en dirección de su hombro derecho, apuntando hacia arriba.

—¿Celoso, Max?

—¿Porque están aclamando a Multivac? ¿Porque Multivac es el gran héroe de esta guerra? —el nudoso rostro de Jablonsky adoptó una expresión de desprecio—. ¿Y qué significa eso para mí? Dejemos que Multivac sea la máquina que ganó la guerra, si es eso lo que les gusta.

Henderson miró de reojo a los otros dos. En este breve descanso que los tres habían buscado instintivamente en el rincón más pacífico de la gran urbe enloquecida; en este entreacto en medio de los peligros de la guerra y las dificultades de la paz, cuando, por un momento, todos ellos podían considerarse como más que cesados en sus puestos, era consciente de que sólo sentía una gran sensación de culpabilidad.

De pronto, pareció como si aquel peso resultara demasiado grande para soportarlo por más tiempo. Debía arrojarlo fuera, junto con la guerra... ¡ahora!

—Multivac no tiene nada que ver con la victoria —dijo Henderson—. Sólo es una máquina.

—Una gran máquina —dijo Swift.

—Sólo muy grande. No es mejor que la información que se le ha suministrado —se detuvo un momento, repentinamente acobardado por lo que estaba diciendo.

Jablonsky le miró, mientras sus gruesos dedos volvían a buscar un cigarrillo al que finalmente renunció de nuevo.

—Deberías saberlo. Tú mismo proporcionaste esa información. ¿O es que estás usurpando el mérito?

—No —contestó Henderson airadamente—. No hay tal mérito. ¿Qué sabes de la información que tuvo que utilizar Multivac, predigerida por cientos de computadoras subsidiarias aquí en la Tierra, en la Luna, en Marte e incluso en Titán? Con Titán siempre retrasado y siempre con esa sensación de que las cifras procedentes de allí introducirían elementos inesperados...

—Habría enloquecido a cualquiera —dijo Swift, con una cariñosa simpatía.

Henderson sacudió la cabeza.

—No se trataba sólo de eso. Admito que hace ocho años, cuando sustituí a Lepont como programador jefe, me sentí un poco nervioso. Pero en aquellos días había en las cosas algo que infundía optimismo. La guerra aún era a gran escala; una aventura sin verdadero peligro. No habíamos alcanzado aún el punto en que los vehículos tripulados tuvieron que entrar en funcionamiento, ni en el que las deformaciones interestelares podían tragarse limpiamente un planeta si estaban correctamente concebidas. Pero después, cuando empezaron las verdaderas dificultades...

Airadamente, pues al fin se podía permitir expresar su cólera, dijo:

—No sabes nada de todo eso.

—Bien —dijo Swift—, cuéntanoslo. La guerra ha terminado. Hemos ganado.

—Sí —dijo Henderson, asintiendo con un movimiento de cabeza.

Tenía que recordarlo. La Tierra había ganado. Así pues, todo había sido por el bien de todos.

—Bueno, el caso es que la información dejó de tener sentido —dijo al fin.

—¿Dejó de tener sentido? ¿Quieres decir que ocurrió así, literalmente? —

preguntó Jablonsky.

—Literalmente. ¿Qué esperabas? El problema con vosotros dos era que no estabais en el meollo de la cuestión. Max, tú nunca abandonaste Multivac, y en cuanto a ti, director, nunca dejaste la mansión, excepto para realizar visitas de Estado, donde siempre dijiste, con toda exactitud, lo que ellos esperaban que dijeras.

—No desconocía tanto esa cuestión como puedes pensar —replicó Swift.

—¿Sabías —preguntó Henderson— hasta qué punto dejó de ser real la información sobre nuestra capacidad de producción, nuestras reservas de potencial, de especialistas entrenados y, en fin, todo lo que tenía importancia para el esfuerzo de guerra? ¿Sabías que esos datos dejaron de ser dignos de confianza durante la última mitad de la guerra? Los líderes de grupo, tanto civiles como militares, trataban de dar una imagen muy mejorada de sí mismos, de modo que oscurecían lo malo y daban mayor importancia de la real a lo bueno. Hicieran lo que hiciesen las máquinas, los hombres que las programaban e interpretaban sus resultados tenían que pensar en su propia piel y cortar el paso a los competidores. No había forma de evitarlo. Traté de hacerlo, y fracasé.

—Claro —dijo Swift, con unas serenas palabras de consuelo—, comprendo que no pudiera ser de otro modo.

Entonces, Jablonsky decidió por fin encender su cigarrillo.

—Y sin embargo, supongo que proporcionaste a Multivac la información necesaria en tus programaciones, ¿no es cierto? —preguntó Jablonsky—. No nos dijiste nada sobre falta de confianza de los datos.

—¿Cómo podía decíroslo? Y si lo hacía, ¿cómo podíais permitir os el creerme? —preguntó Henderson—. Todo nuestro esfuerzo de guerra estaba engranado con Multivac. Fue nuestra gran arma, pues los denebianos no tenían nada parecido. ¿Qué otra cosa mantuvo la moral ante la posibilidad del ocaso, si no la seguridad de que Multivac siempre sería capaz de predecir y burlar cualquier movimiento denebiano, así como de dirigir nuestros propios movimientos y evitar que fueran burlados? Después de que nuestra nave-espía fuera volada del hiperespacio, nos faltó toda información digna de confianza sobre los denebianos para alimentar a Multivac, y no nos

preocupamos de hacer público ese hecho.

—Eso es cierto —dijo Swift.

—Entonces —siguió diciendo Henderson—, si os hubiera dicho que la información era irreal, ¿qué otra cosa podríais haber hecho que sustituirme y negaros a creerme? No podía permitir eso.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Jablonsky.

—Puesto que hemos ganado la guerra, os diré lo que hice. Corregí la información.

—¿Cómo? —preguntó Swift.

—Supongo que por intuición. La falsifiqué hasta que pareció correcta. Al principio apenas si me atreví. Cambié un pequeño dato aquí y allá para corregir lo que no eran más que imposibilidades obvias. Al ver que el cielo no se desmoronaba sobre nosotros, me atreví a ir un poco más lejos. Hacia el final, apenas me preocupaba lo que estaba haciendo. Escribía la información indispensable tal y como la necesitábamos. Llegué incluso a hacer que el anexo de Multivac me preparara la información de acuerdo con un modelo privado de programación que había creado especialmente para tal propósito.

—¿Cifras al margen? —preguntó Jablonsky.

—No del todo. Introduje una cierta cantidad de necesarias propensiones.

Jablonsky sonrió de repente, mientras sus ojos brillaban desde el fondo de sus párpados arrugados.

—En tres ocasiones se me presentó un informe sobre el uso no autorizado del anexo, y en las tres ocasiones lo pasé por alto. Si hubiera importado, habría seguido la pista y te habría descubierto, John, y me habría enterado de lo que estabas haciendo. Pero, desde luego, en aquellos días no importaba nada de lo que sucediera con Multivac, así es que pudiste continuar haciendo lo que hacías.

—¿Qué quieres decir con eso de que nada importaba? —preguntó Henderson con recelo.

—Nada importaba. Supongo que si te lo hubiera dicho en aquellos momentos, podría haberte ahorrado tu agonía; pero, al mismo tiempo, si tú me hubieras dicho lo que estabas haciendo, me habrías evitado la mía. ¿Qué es lo que te hizo pensar que Multivac estaba lista para trabajar fuera cual

fuese la información que le proporcionaras?

—¿No estaba lista para trabajar? —preguntó Swift.

—En realidad, no. Al menos de una forma en la que se pudiera tener confianza. Después de todo, ¿dónde estuvieron mis técnicos durante los últimos años de la guerra? Os lo diré... estuvieron fuera, alimentando las computadoras en miles de diferentes ingenios espaciales. ¡Se habían marchado! Tuve que arreglármelas con jovencitos en los que no podía confiar, y con veteranos que ya estaban desfasados. Por otra parte, ¿creéis que podía confiar en los suministros procedentes de Ciogenic durante los últimos años? En cuanto a personal se refiere, Ciogenic no se encontraba en mejor situación que la mía. A mí no me importaba si la información que se le proporcionaba a Multivac era digna de confianza o no. Los *resultados* no eran reales. Y eso lo sabía.

—¿Y qué hiciste? —preguntó Henderson.

—Hice lo mismo que tú, John. Introduje un factor de intervención. Ajusté las cuestiones de acuerdo con la intuición... y así fue como la máquina ganó la guerra.

Swift se arrellanó en la silla y extendió las piernas ante él.

—¡Qué revelaciones! Ahora resulta que el material que se me proporcionó para guiarme en mi capacidad de tomar decisiones no era más que una interpretación humana de una información humana, ¿no es eso?

—Así parece —afirmó Jablonsky.

—Ahora me doy cuenta de la razón que tuve al no confiar demasiado en toda aquella información —dijo Swift.

—¿No lo hiciste? —preguntó Jablonsky, arreglándoselas para aparentar el aspecto de un profesional que ha sido gravemente insultado, a pesar de todo lo que se había dicho antes.

—Me temo que no. Multivac podía decirme: ataca aquí, no allí; haz esto, no aquello; espera, no actúes. Pero nunca podía estar seguro de que lo que parecía decir Multivac era realmente lo que decía, o de que lo que decía era realmente lo que significaba.

—Pero el informe final siempre estaba redactado de una forma sencilla —dijo Jablonsky.

—Quizá fuera así para quienes no tenían que tomar la decisión, pero no para mí. El horror ante la responsabilidad de tales decisiones era insoportable, y ni siquiera Multivac fue suficiente para librarme de ese peso... Pero lo verdaderamente importante es que mis dudas estaban justificadas, y eso me produce un tremendo alivio.

Captado por la conspiración de la confesión mutua, Jablonsky dejó de tener en cuenta la jerarquía.

—¿Y qué hiciste entonces, Lamar? —preguntó—. Después de todo, has tenido que tomar decisiones, ¿cómo lo hiciste?

—Bueno, ya es hora de que me retire, quizá, pero... os lo diré antes. ¿Por qué no? Utilicé una computadora, Max, aunque se trataba de un modelo antiguo, mucho más antiguo que Multivac.

Se metió la mano en el bolsillo y sacó unas cuantas monedas... Eran monedas antiguas, emitidas en aquellos primeros años, antes de que la escasez de metales hiciera necesaria la creación de un sistema de crédito basado en un complejo de computadoras.

Swift sonrió con bastante timidez.

—Aún me parece muy importante esta necesidad de tener dinero. Para un viejo resulta muy difícil abandonar las costumbres de su juventud.

Devolvió las monedas a su bolsillo, pero se quedó una entre los dedos, mirándola distraídamente.

—Multivac no es la primera computadora, amigos míos, ni la más conocida, ni la que más eficazmente puede librar de los hombros de un ejecutivo la carga de la decisión. Después de todo, John, fue una máquina la que ganó la guerra. Al fin y al cabo, fue un simple instrumento de computación el que ganó. Un instrumento que he utilizado siempre que he tenido que tomar una grave decisión.

Con una débil sonrisa arrojó al aire la moneda que tenía. Brilló por un momento, mientras giraba en el espacio y caía sobre la palma de la mano extendida de Swift. Su mano se cerró sobre ella, abriéndola para aplastarla inmediatamente sobre el dorso de su mano izquierda. Allí permaneció la mano derecha, ocultando la moneda.

—¿Cara o cruz, señores?

EL RATÓN

Howard Fast

Howard Fast, entre otras cosas, es el autor de la célebre novela histórica Espartaco, y tiene en su haber bastantes relatos de fantasía y SF. Como esta sencilla y patética historia de un ratón que vio un platillo volante y... muchas más cosas.

Únicamente el ratón observó cómo el platillo volante descendía sobre la Tierra. Mientras observaba cómo efectuaba su aterrizaje aquella maravillosa cosa dorada, el ratón se acurrucó recelosamente en la abandonada madriguera de un topo, con cada uno de sus nervios estremeciéndose de temor y mirando con atención lo que veía.

El platillo volante —o nave espacial circular, cuya forma se asemejaba a un sombrero aplanado de alas anchas— pasó deslizándose sobre el tejado de la casa suburbana de dos plantas, cruzó sobre el patio trasero y descendió hacia un macizo de rosas trepadoras, temblando un poco, abriéndose paso entre las ramas y las hojas hasta que éstas le cubrieron por completo. Como el platillo volante sólo tenía unos setenta centímetros de diámetro y no más de veinte de altura, consiguió camuflarse con bastante facilidad.

Eran poco más de las tres de la madrugada. Los habitantes de aquella casa, así como los de las casas vecinas de aquella urbanización suburbana, dormían o se agitaban bruscamente en sus camas, luchando algunos de ellos contra el insomnio. El paso del platillo volante se realizó en el mayor silencio y sin dejar ningún olor tras de sí, de modo que ningún perro ladró. Únicamente el ratón lo observó todo, y lo hizo sin comprender, como siempre que observaba las cosas, incluso su propia existencia... sin comprender.

El platillo volante aterrizó, se cubrió con la maleza y después todo quedó en silencio, y lo que acababa de suceder se convirtió en algo vago y sin sentido alguno en la memoria del ratón, pues apenas si tenía memoria. Puede que no hubiera sucedido nunca. Transcurrió el tiempo. Segundos, minutos, casi una hora y entonces apareció una luz en el macizo de zarzas y hojas donde estaba el platillo. Helado aún de temor, el ratón se fijó en la luz y vio

como de ella, que no era otra cosa que una abertura en el platillo, surgían dos hombres que descendieron al suelo.

O, al menos, tenían el vago aspecto de las criaturas que el ratón estaba acostumbrado a ver como hombres —excepto por el hecho de que sólo tenían una altura aproximada de siete centímetros y de que iban embutidos en trajes espaciales—. Si el ratón hubiera podido distinguir entre el traje espacial y lo que contenía y si su visión hubiera sido selectiva, habría podido ver que, bajo la cobertura transparente, los hombres del platillo sólo se diferenciaban de los hombres de la Tierra por su pequeño tamaño, al menos en cuanto a su aspecto general se refería. Y, sin embargo, las diferencias eran bastante considerables en otros aspectos. Tras haber permanecido de pie, en silencio, durante unos cinco minutos, ambos seres intercambiaron pensamientos. No hablaban vocalizando, ni los trajes estaban dotados de ningún tipo de equipo de transmisión radiofónica; eran telépatas y se limitaban a intercambiar pensamientos.

—Lo que hemos de tener en cuenta en primer lugar —dijo el primero—, es que, aun cuando nuestro peso es aquí mucho menor que en casa, seguimos siendo muy, muy pesados. Y este terreno no parece muy sólido.

—No, no lo es, ¿verdad? ¿Están todos durmiendo?

El primero se adelantó un poco. Su mente se convirtió en una red electrónica que se puso en contacto con las mentes de toda criatura viviente en más de un kilómetro a la redonda, investigándolas.

—Casi toda la gente está durmiendo —informó—. La mayor parte de los animales parecen ser nocturnos.

—Muy curioso.

—No, en realidad no lo es. La mayor parte de los animales no están domesticados. Se trata de criaturas pequeñas y salvajes. Sienten un gran temor... hambre y miedo.

—Pobres seres.

—Sí... pobres seres. Y sin embargo, se las arreglan para sobrevivir. Y eso ya es una verdadera hazaña, ante las propias narices de la gente. Son criaturas muy interesantes. Pruébalo un poco.

El segundo hombre extendió su mente hacia el exterior y probó. Su

reacción podría traducirse como una exclamación:

—¡Puf!

—Sí..., sí, de verdad. Tienen pensamientos horribles, ¿verdad? Me temo que prefiero los animales. Hay uno justo enfrente de nosotros. Completamente despierto y sin sentir otra cosa en su diminuto cerebro que un gran temor. En realidad, el miedo y el hambre parecen ser todo su bagaje mental. No hay señales de odio, ni de agresión.

—También resulta bastante pequeño para como son las cosas en este planeta —observó el segundo hombre del espacio—. No es mayor de lo que somos nosotros. ¿Sabes una cosa? Puede que nos sirva.

—Sí, puede que sí —confirmó el primero.

Después de esto, los dos diminutos seres se aproximaron al ratón, que seguía agazapado, a la defensiva, en la madriguera del topo, mostrando únicamente la punta de su naricilla. Los dos hombres se movieron con mucho cuidado y muy despacio, eligiendo cada uno de sus pasos con toda deliberación. De repente, uno de ellos se hundió hasta las rodillas en un trozo de tierra removida. Después de este incidente, los dos seres trataron de pisar sobre las piedras, los guijarros y los fragmentos de madera. Evidentemente, su gran peso hacía que la tierra, seca y dura, resultara poco sólida para su seguridad. Mientras tanto, el ratón les observaba, y cuando se hizo evidente la dirección que seguían, el animal intentó llevar a cabo la instintiva acción de escapar.

Pero sus músculos no le respondieron, y como el pánico se apoderara de su pequeño cerebro, el primero de los hombres del espacio se puso en contacto con la mente del ratón tranquilizándole, calmándole, encontrando el centro productor del miedo y bloqueándolo con sus propios pensamientos, desviando después electrónicamente la trayectoria de sus neuronas hacia los centros de placer del pequeño cerebro del animal. Los seres espaciales hicieron todo esto sin esfuerzo alguno y casi instantáneamente. El ratón se relajó, lanzó unos chillidos de alegría y abandonó todo intento de escapar. Después, el segundo ser espacial apartó la hojarasca de la boca de la madriguera, levantó al ratón con facilidad, cogiéndolo en sus brazos, y lo llevó hacia el platillo volante. Y el ratón se quedó allí, relajado y arrullado

con delicia.

Cuando los hombres penetraron en la nave por la abertura, llevando consigo al ratón, otros dos seres, ambos mujeres, les esperaban en el interior. Las mujeres —que evidentemente habían estado en contacto mental con los hombres— no tuvieron necesidad de conocer los hechos. Habían preparado lo que sólo podía ser una mesa de operaciones, que disponía de un panel plano, muy iluminado, colgado sobre ella, y de un panel de instrumentos situado en uno de los lados. La iluminaba nítidamente un espacio rectangular en el oscurecido interior de la nave espacial.

—Estoy esterilizada —informó la primera mujer a los hombres, elevando ante ellos sus manos, embutidas en unos guantes delgados y transparentes—, así que podemos proceder inmediatamente.

Al igual que la de los hombres, la piel de las mujeres era amarilla, no cetrina, sino del amarillo brillante de un limón, mientras que el pelo era de un vivo color naranja. Una vez que se quitaran sus trajes espaciales, todos ellos estarían vestidos más o menos iguales. Iban descalzos y con unos simples pantalones cortos en el cálido interior de la nave; las mujeres ni siquiera se cubrían sus bien formados pechos.

—Les he investigado —les dijo la segunda mujer—. Todos están durmiendo, ¡pero sus mentes...!

—Lo sabemos —afirmaron ellos, mostrándose de acuerdo.

—He buscado por ahí... ha sido como viajar por una alcantarilla. Pero me he enterado de bastantes cosas. A este animal se le llama ratón. Es, simbólicamente, la más pequeña e inofensiva de las criaturas, vegetariana, y perseguida y cazada por prácticamente todo ser viviente de este planeta tan curioso. Únicamente su tamaño le permite sobrevivir, así como su gran habilidad para ocultarse.

Mientras tanto, los dos hombres dejaron al ratón sobre la mesa de operaciones, donde quedó relajado y chillando de contento. Mientras los hombres se marchaban a quitarse los trajes espaciales, la segunda mujer llenó un instrumento hipodérmico, insertó la aguja cerca de la base de la cola del ratón, e inyectó suavemente el fluido en su interior. El ratón aún se relajó más y quedó finalmente inconsciente. Después, las dos mujeres cambiaron la

posición del animal, manejando al —para ellas enorme— ratón con facilidad y habilidad, como si no pesara nada. En realidad, y en términos de la gravitación con la que estaban acostumbrados a enfrentarse, el ratón no tenía prácticamente peso alguno.

Cuando regresaron los dos hombres, iban vestidos con pantalones cortos, como las mujeres; iban descalzos y llevaban puestos los mismos guantes transparentes. Después, los cuatro empezaron a trabajar juntos, con rapidez y precisión. Evidentemente, se trataba de un equipo que ya había actuado muchas veces de este modo en el pasado. El ratón estaba echado sobre su estómago, con las patas extendidas. Uno de los hombres colocó una máscara en forma de cono sobre su cabeza y comenzó el aprovisionamiento de oxígeno. El otro hombre afeitó la parte superior de la cabeza con una máquina eléctrica, mientras las dos mujeres iniciaron una operación que terminaría por remover toda la parte superior del cráneo del ratón. Trabajando con una gran rapidez y habilidad, cortaron la piel en el espacio necesario y después, utilizando un trepanador armado con una especie de rayo láser en lugar de una sierra, cortaron limpiamente la base superior del cráneo, la apartaron de su posición y se la entregaron a uno de los hombres, que la colocó en un recipiente lleno de una solución brillante. De este modo, quedó al descubierto el cerebro del ratón. Entonces, las dos mujeres hicieron girar una máquina de la que pendía una torrecilla, que bajaron hasta que estuvo cerca del cerebro expuesto, y finalmente apretaron un botón. Cerca de cien finísimos hilos surgieron de la torrecilla y, con una gran rapidez, las mujeres comenzaron a conectar los hilos a las partes del cerebro del ratón. El hombre que había estado controlando el flujo de oxígeno se volvió a otra máquina, de la que extrajo unos tubos y comenzó el proceso de introducir fluido en el sistema circulatorio del ratón, mientras el segundo hombre empezaba a trabajar en la sección de cráneo que se encontraba sumergida en la solución brillante.

Los cuatro seres trabajaron continuamente y, al parecer, sin sentir la menor fatiga. Fuera, terminó la noche y salió el sol, y los cuatro seres del espacio continuaron trabajando. Hacia el mediodía, terminaron la primera parte de su tarea y se apartaron de la mesa para observar y admirar lo que

habían hecho. El diminuto cerebro del ratón había aumentado cinco veces su tamaño y tanto en su forma como en sus pliegues parecía un cerebro humano en miniatura. Cada uno de los cuatro seres espaciales tenía la sensación de haber realizado una gran hazaña. Se intercomunicaron sus pensamientos y se felicitaron mutuamente, y después procedieron a terminar la operación. La forma de la sección craneal que había sido seccionada se adaptaba ahora al cerebro transformado, y cuando volvieron a colocarla sobre la cabeza del ratón, la única diferencia notable que aparecía en el aspecto de la criatura era un extraño y elevado bulto situado sobre los ojos. Cerraron las grietas, cosieron la carne con una especie de hilo de plástico, quitaron los tubos, insertaron nuevos tubos y cambiaron la inconsciencia del ratón por una especie de sueño profundo.

Durante los cinco días siguientes el ratón siguió durmiendo, aunque su condición fue cambiando gradualmente, pasando de un sueño profundo e inmóvil a otro menos profundo, hasta que, durante el quinto día, empezó a agitarse y a moverse con inquietud. Finalmente, al sexto día despertó. Durante los cinco primeros días fue alimentado por vía intravenosa, se le dieron masajes constantes y se comprobaron permanentemente sus constantes metabólicas y el estado de su cerebro por vía telepática. Los cuatro seres del espacio se turnaban para penetrar en su cerebro y proporcionarle información, y poco a poco, neurona tras neurona y sección tras sección, programaron por completo su recién aumentado cerebro. Todos ellos eran muy hábiles en esta tarea. Proporcionaron al ratón conocimientos básicos, entendimiento, lenguaje y autocomprensión. Le suministraron una gran cantidad de información, que equilibraron con una capacidad de comprensión filosófica del universo y de su significado, dejándole, sin embargo su naturaleza original, o sea sin impulsos agresivos y sin hostilidad, aunque le eliminaron también el miedo. Cuando finalmente despertó, el ratón sabía lo que era y cómo había llegado a ser lo que era. Seguía siendo, un ratón, pero gracias a aquel milagro y a la majestuosidad de su mente, nunca vivió sobre el planeta Tierra ningún otro ratón como él.

Los cuatro seres espaciales se encontraban a su alrededor cuando despertó, observándole. Se sentían muy contentos, y como su naturaleza era

muy directa y muy semejante a la de un niño en lo que se refería a sus respuestas emocionales, no pudieron evitar mostrar su placer y sonreír al ratón. Sus pensamientos eran de la naturaleza de una bienvenida, y todo lo que pudo expresar la mente del ratón fue gratitud. El ratón se puso sobre sus patas, se situó en el suelo, donde había estado echado, miró uno tras otro a los seres espaciales y entonces lloró interiormente ante el hecho de su existencia. Luego, sintió hambre y le dieron de comer. Y fue después cuando el ratón planteó la cuestión básica e inevitable:

—¿Por qué?

—Porque necesitamos tu ayuda.

—¿Cómo puedo ayudaros cuando vuestra propia sabiduría y poder no parece tener límites?

El primer hombre del espacio se lo explicó. Eran exploradores, cartógrafos, investigadores... y tras ellos, a varios años-luz de distancia, se encontraba su planeta-hogar, una gigantesca bola del tamaño de nuestro planeta Júpiter. Eso explicaba su pequeño tamaño y su increíble densidad. Pesando en la Tierra una fracción de lo que pesaban en su planeta-hogar, seguían pesando más que cualquier otra criatura terrestre de su mismo tamaño... tanto que cuando se encontraban en la Tierra estaban en continuo peligro de hundirse y perderse de vista. Ciertamente podían ir a cualquier parte con su nave espacial, pero para obtener toda la información que necesitaban tenían que abandonarla... tenían que aventurarse a pie. Así pues, el ratón sería sus ojos y sus pies.

—¡Y para eso habéis elegido a un ratón! —exclamó el animal—. ¿Por qué? Soy la más pequeña, la más indefensa de las criaturas.

—Ya no lo eres —le aseguraron—. Nosotros no llevamos armas porque podemos disponer de nuestras mentes, y ahora tu mente es como la nuestra. Puedes penetrar en la mente de cualquier criatura, de un perro, de un gato... incluso de un hombre. Puedes detener la trayectoria de sus corrientes neuronales para que no lleguen a sus centros de odio y agresión, y todo eso puedes hacerlo con la velocidad del pensamiento. Posees la más poderosa de todas las armas... la capacidad para hacer que todo ser viviente te quiera. Disponiendo de eso, no necesitas de nada más.

De este modo, el ratón se convirtió en un miembro del pequeño grupo de seres espaciales que midieron, exploraron y examinaron el planeta Tierra. El ratón correteó por las calles de cien ciudades, se deslizó y volvió a salir de cientos de edificios, se agazapó en las esquinas, desde donde espió las discusiones de las personas de poder que dirigían esta o aquella parte del planeta Tierra, mientras los seres espaciales escuchaban con sus oídos, olían a través de sus sensitivas narices y veían por medio de sus suaves ojos castaños. Seguro en la nave espacial, echado sobre su estómago y observando con simple, pero enorme adoración a los cuatro seres a quienes tanto amaba, los cuatro seres que le habían proporcionado la mente de un hombre y la personalidad de un santo, el ratón viajó miles de kilómetros a través de océanos y continentes cuya existencia jamás se hubiera atrevido a soñar. Escuchó a profesores pronunciando conferencias ante estudiantes universitarios; escuchó las grandes orquestas sinfónicas, a los mejores pianistas y violinistas. Observó cómo las madres daban a luz a sus hijos, y escuchó cómo se planeaban las guerras y se conspiraba para cometer asesinatos. Vio cómo los dolientes familiares asistían al acto de enterrar a los muertos bajo la tierra, y tembló al escuchar los sonidos ensordecedores de enormes cadenas de montaje en monstruosas factorías. Se apretujó contra la tierra mientras las balas silbaban sobre su cabeza y vio cómo los hombres se mataban unos a otros por razones demasiado oscuras, pues en sus mentes sólo veía odio y temor.

Al igual que los seres espaciales, él era un extraño para las curiosas formas de pensar y actuar del género humano y les escuchó especular sobre la base de la estupidez, de la arriesgada mezcla de diversión y horror que configuraba la civilización humana sobre el planeta Tierra.

Después, cuando ya casi había terminado su misión, el ratón se atrevió a preguntar a los seres espaciales sobre su propio planeta-hogar. Ahora ya era capaz de sopesar los datos, de medir las posibilidades, de enfrentarse a las incertidumbres y de crear sus propias abstracciones. Y así, durante una de aquellas noches en que el calor de las cinco pequeñas criaturas llenaba la nave espacial, cuando se sentaban e intercambiaban pensamientos y reacciones en un entrelazamiento de cuerpos y mentes del que el ratón era

una parte, pensó en el lugar donde ellos habían nacido y les preguntó:

—¿Es muy hermoso?

—Es un buen lugar. Hermoso... y lleno de música.

—¿No tenéis guerras?

—No.

—¿Y nadie mata a nadie por el placer de matar?

—No.

—Y vuestros animales..., ¿son seres como yo mismo?

—Existen en su propia ecología. No les molestamos, ni tampoco les matamos. Nosotros fabricamos la comida que ingerimos.

—¿Y no se producen allí crímenes como aquí... asesinatos y asaltos y robos?

—Casi nunca.

Y así fue planteando una cuestión tras otra, mientras se mantenía echado frente a ellos, con su cabeza, de extraña forma, entre sus patas, los ojos, fijos en los dos hombres y las dos mujeres, llenos de adoración y amor. Y fue entonces cuando les preguntó:

—¿Se me permitirá vivir con vosotros... con vosotros cuatro? ¿Podré acompañaros quizá a realizar otras misiones? Vuestra gente nunca es cruel. No me pondréis entre los animales. Me dejaréis estar entre la gente, ¿verdad?

Los seres del espacio no contestaron. El ratón trató de llegar a sus mentes, pero cuando se trataba de poner en juego la telepatía él seguía siendo como un niño que lo está aprendiendo todo. Por eso, sus mentes se le cerraron.

—¿Por qué?

Siguió sin recibir ninguna respuesta.

—¿Por qué? —rogó.

Entonces fue cuando se expresó una de las mujeres.

—Íbamos a decírtelo dentro de poco. No esta noche, pero muy pronto. Pero ahora tenemos que decírtelo. No puedes venir con nosotros.

—¿Por qué?

—Por la más sencilla de las razones, querido amigo. Regresamos a casa.

—Entonces, dejadme que vaya con vosotros a vuestro hogar. También es el mío... el principio de todos mis pensamientos, sueños y esperanzas.

—No podemos.

—¿Por qué? —rogó el ratón—. ¿Por qué?

—¿Es que no comprendes? Nuestro planeta tiene el tamaño de vuestro planeta Júpiter, dentro del Sistema Solar. Por eso nosotros somos tan pequeños en términos terrícolas... porque nuestra propia estructura atómica es diferente a la vuestra. En las medidas de peso que se utilizan aquí en la Tierra, yo peso casi cien kilos, mientras que tu propio peso es inferior a una octava parte de kilo, a pesar de lo cual tenemos casi el mismo tamaño. Si te lleváramos a nuestro planeta, morirías en el mismo instante en que llegáramos a nuestro campo de fuerza gravitatoria. Quedarías tan aplastado que desaparecería de ti toda semejanza a tu forma actual. No puedes pedirnos que te destruyamos.

—Pero vosotros sois muy sabios —protestó el ratón—. Lo podéis casi todo. Cambiadme. Hacedme como vosotros mismos.

—Puede que seamos sabios para vuestros niveles... —los seres espaciales estaban llenos de tristeza, una tristeza que impregnó toda la habitación y el ratón pudo sentir su desolación—. Para nuestros propios niveles tenemos muy poca sabiduría. No podemos hacerte como nosotros. Eso está por encima de cualquier poder con el que hayamos podido soñar. Ni siquiera somos capaces de deshacer lo que hemos hecho, y ahora nos damos cuenta de lo que hemos hecho.

—¿Y qué haréis conmigo?

—Lo único que podemos hacer. Dejarte aquí.

—¡Oh, no!

El pensamiento, cuando lo expresó, fue como un grito de agonía.

—¿Qué otra cosa podemos hacer?

—No me dejéis aquí —les rogó el ratón—. Haced cualquier cosa..., pero no me dejéis aquí. Dejadme que haga el viaje con vosotros y después, si tengo que morir, moriré.

—No existe tal viaje, al menos como tú lo concibes —le explicaron—. El espacio no es una zona para nosotros. No podemos hacer que lo comprendas, sólo podemos decirte que el espacio es una ilusión. En cuanto abandonemos la atmósfera terrestre nos deslizaremos en un pliegue de lo que aquí se llama

espacio y emergeremos en nuestro propio sistema planetario. Así pues, lo que harías con nosotros no sería un viaje... sino sólo un paso hacia tu propia muerte.

—Entonces, dejadme morir con vosotros.

—No... nos estás pidiendo que te matemos. No podemos hacer eso.

—Y, sin embargo, me hicisteis tal y como soy ahora.

—Te cambiamos. Te hicimos crecer en un cierto sentido.

—¿Y os pedí yo que lo hicierais? ¿Me lo preguntasteis? ¿Me preguntasteis antes si quería ser como soy ahora?

—No, no lo hicimos.

—Entonces, ¿qué debo hacer ahora?

—Vivir. Eso es todo lo que podemos decir. Tienes que vivir.

—¿Cómo? ¿Cómo puedo vivir? Un ratón se oculta entre la hierba y sólo sabe dos cosas... miedo y hambre. Ni siquiera sabe que es un ratón, como tampoco sabe nada del vasto mundo lunático que le rodea. Pero vosotros me habéis dado ese conocimiento...

—También te hemos dado los medios para defenderte, de modo que puedas vivir sin temor.

—¿Por qué? ¿Por qué debo vivir? ¿Es que no entendéis eso?

—Porque la vida es algo bueno y hermoso... y es en sí misma la respuesta a todas las cosas.

—¿Para mí? —el ratón les miró y les pidió que le miraran—. ¿Qué veis? Soy un ratón. No hay en este mundo ninguna otra criatura como yo. ¿Debo regresar acaso a convivir con los otros ratones?

—Quizá.

—¿Y discutir de filosofía con ellos? ¿Y abrirles mi mente? ¿Debo tener relaciones sexuales con esas pobres criaturas sin mente? ¿Qué voy a hacer? Vosotros sois sabios. ¿Me lo podéis decir? ¿Debo convertirme en el pobre semental de la raza de los ratones? ¿Debo almacenar riquezas en las raíces y en los bulbos? Decídmelo, decídmelo —rogó.

—Volveremos a hablar de este asunto —dijeron los seres del espacio—. Quédate solo contigo mismo y no temas.

Y el ratón se quedó solo consigo mismo. Se echó en el suelo, colocó la

cabeza entre las patas y pensó en cómo eran las cosas. Y cuando los seres del espacio le preguntaron dónde deseaba estar, les contestó:

—Donde me encontrasteis.

Así pues, el platillo volvió a descender durante la noche en el patio de la casa suburbana de dos plantas donde le encontraron. Se volvió a abrir la abertura y, en esta ocasión, salió por ella un ratón. El animal se quedó allí y el platillo volante se elevó sobre las hojas muertas y desapareció rápidamente, como un punto dorado perdiéndose en la noche. Y el ratón se quedó allí, enfrentado a su propia eternidad.

Como consecuencia del movimiento producido entre las hojas, surgió un gato que se acercó al ratón, deteniéndose muy cerca de él cuando el diminuto animal no huyó. El gato extendió una pata, pero ésta terminó por detenerse en el aire. El gato trató de recuperar el control de su propio cuerpo y después huyó, mientras el ratón seguía allí, inmóvil. Después, el ratón olfateó el aire, se orientó y se dirigió hacia la boca de una vieja madriguera. Desde allá abajo, desde el fondo del túnel, le llegó el cálido y almizclado olor de los ratones. El ratón se deslizó por el túnel hasta llegar al nido, donde un macho y una hembra estaban agazapados, llenos de temor, observándole con miedo, y el ratón se introdujo en sus mentes y comprobó que en ellas sólo había miedo y hambre.

El ratón echó a correr por el túnel y salió al aire fresco de la noche, y se quedó allí, sollozando y respirando con dificultad. Volvió su cabeza hacia el cielo y trató de extender su mente para establecer contacto..., pero aquellos a quienes trataba de alcanzar ya se encontraban a cien años-luz de distancia.

—¿Por qué? ¿Por qué? —se preguntó el ratón, sollozando—. Son tan buenos, tan sabios..., ¿por qué me han hecho esto?

Después, se dirigió hacia la casa. Se había acostumbrado a penetrar en las viviendas humanas y sólo una cámara acorazada de acero se le podría haber resistido. Encontró su lugar de entrada y se deslizó en el sótano de la casa. Su visión nocturna era muy buena y eso, combinado con su agudizado sentido del olfato, le permitió moverse con rapidez y a voluntad propia.

Moviéndose a través de la movediza red de fuertes olores que caracterizan cualquier habitación habitada por seres humanos, pudo aislar el

agudo olor de un viejo queso, por lo que se deslizó sobre el suelo, pasando por debajo de una escalera, donde había instalada una ratonera. Se trataba de un artefacto primitivo. Un estribo de alambre duro doblado hacia atrás, gracias a la tensión de un muelle de alambre, sostenido por un diminuto soporte. Sobre ese soporte había un pequeño trozo de queso. El menor movimiento producido en el soporte, haría saltar la trampa.

Lleno de una gran piedad por los de su propia raza, por su mansedumbre, por su impotencia, por la estúpida hambre que les llevaba a dejarse atrapar por un artefacto tan simple y tan poco disimulado, el ratón tuvo una repentina sensación de triunfo, de conocimiento último. Ahora sabía lo que habían sabido los seres espaciales desde el principio: que le habían entregado el último regalo del universo —la conciencia de su propia existencia—, y ante el destello de tal conocimiento, el ratón supo todas las cosas, y supo que todas las cosas estaban comprendidas en la conciencia. Vio la integridad del mundo y de todos los mundos que existieron o pudieran existir, y no sintió ningún temor y ninguna soledad.

A la mañana siguiente, el hombre de la casa suburbana de dos plantas bajó al sótano y lanzó una exclamación de alegría.

—¡Lo he cogido! —gritó a su familia—. ¡He cogido a ese pequeño bastardo!

Pero, en realidad, el hombre nunca miraba nada, ni siquiera a su esposa, ni a sus hijos, ni al mundo. Y aun cuando sabía que la ratonera contenía un ratón muerto, nunca se dio cuenta de que ese ratón era diferente a los demás. En lugar de fijarse en nada, salió al patio, llevando al ratón por la cola, y lo arrojó, volando, hacia el patio de su vecino.

—Eso le dará en qué pensar —dijo el hombre, haciendo una mueca.

«EINE KLEINE NACHTMUSIK»

Fredric Brown & Carl Onspaugh

La extraña historia de Dooley Hanks, o de cómo la fuerza evocadora de la música puede llegar a ser too much.

Su nombre era DOOLEY HANKS y era Uno de Nosotros, con lo que quiero decir que era en parte un paranoico, en parte un esquizofrénico y en su mayor parte un excéntrico con una poderosa *idee fixe*, una obsesión. Su obsesión era la de que algún día descubriría El Sonido, que había estado buscando durante toda su vida, o al menos desde que consiguió un clarinete siendo un jovenzuelo y aprendió a tocarlo. En honor a la verdad, sólo era un músico de tipo medio, pero el clarinete era su vara y su bastón de mando, así como la escoba mágica que le permitió viajar por todos los continentes de la superficie de la Tierra, en busca del Sonido. Tocaba un poco aquí y allá, y cuando disponía de unos pocos dólares, o libras, o dracmas, o rublos, se daba una vuelta hasta que el dinero empezaba a escasear. Entonces, acudía a la gran ciudad más cercana para buscar otro trabajo.

No sabía cómo sería El Sonido, pero sabía que lo reconocería en cuanto lo escuchara. En tres ocasiones diferentes *creyó* haberlo encontrado. Una en Australia, la primera vez que oyó bramar a un toro. Otra en Calcuta, cuando escuchó una chirimía con la que un faquir encantaba a una cobra. Y otra al oeste de Nairobi, cuando oyó la risa de una hiena, mezclada con el rugido de un león. Pero al oírlo por segunda vez se dio cuenta de que el bramido del toro sólo era un ruido; cuando le compró la chirimía al faquir, llevándosela a casa, descubrió que sólo se trataba de un tosco instrumento con muy poco alcance y que ni siquiera disponía de una escala cromática; en cuanto a los sonidos de la selva, terminaron por diluirse en simples sonidos de león y de hiena.

En realidad, Dooley Hanks tenía un gran y extraño talento que podría haber significado para él mucho más que su clarinete: un don de lenguas.

Conocía docenas de idiomas y podía hablarlos todos con fluidez y corrección. Unas pocas semanas de estancia en cualquier país le eran suficientes para aprender el idioma y hablarlo como un nativo. Sin embargo, nunca había intentado sacar un provecho económico de su talento, y nunca lo intentaría. A pesar de lo mediocre que era tocándolo, el clarinete era su mayor afición.

En la actualidad, terminaba de dominar el idioma alemán, aprendido mientras tocaba con un combo en un club nocturno de Hanover, en Alemania Occidental, por lo que el dinero que tenía en sus bolsillos eran marcos. Ahora, al final de un día de excursión, aumentado por un largo viaje en un «Volkswagen», se encontraba bajo la luz de la luna, en los bancos del río Weser. Llevaba puestas sus ropas de excursión y las prendas de vestir estaban guardadas en la mochila que colgaba de su espalda. Siempre llevaba el estuche del clarinete en la mano, pues nunca lo confiaba a una maleta, cuando la utilizaba, ni a la mochila, cuando iba de excursión.

Se sentía impelido por un demonio, sintiendo repentinamente una excitación que debía ser, que sólo podía ser, un presentimiento: la sensación de que, por fin, estaba a punto de descubrir El Sonido. Temblaba un poco; nunca había sentido con tal fuerza aquel presentimiento, ni siquiera con los leones y las hienas, y eso que aquél había sido el más cercano.

¿Pero dónde estaba? ¿Aquí, en el agua? ¿O en la próxima ciudad? Seguramente no estaría mucho más lejos de la próxima ciudad. Su fuerte presentimiento así se lo indicaba. Y su propio temblor también. Era como si se hallara al borde de la locura y, de repente, se dio cuenta de que se volvería loco si no lo encontraba pronto. Quizá estuviera ya un poco loco.

Se quedó mirando fijamente la luz de la luna, reflejada sobre el agua. Y de pronto, algo perturbó la superficie líquida, brilló silenciosamente a la luz de la luna con un color blanco, y desapareció de nuevo. Dooley observó fijamente el punto. ¿Un pez? No había escuchado ningún sonido, ningún chapoteo. ¿Una mano? ¿La mano de una sirena que procedente del mar del Norte había nadado contra corriente para hacerle señas a él? Vamos, adentro, ¿no está agradable el agua? (Pero no lo estaba; estaba *fría*.) ¿Algún espíritu sobrenatural del agua? ¿Una doncella del Rin desplazada al Weser?

¿Pero había sido realmente una señal? Dooley, estremeciéndose por lo que

estaba pensando, se acercó al agua del Weser y se imaginó lo que sería... caminar hacia el agua lentamente, dejando que sus emociones crearan la melodía del clarinete, inclinando la cabeza hacia atrás a medida que el agua se hiciera más profunda, de modo que el instrumento sobresaliera del agua tras él, Dooley, que se iría sumergiéndose en ella, siendo el pabellón del clarinete el último en sumergirse. Y el sonido, fuera cual fuese, sería el formado por el agua burbujeante que se cerraría sobre ellos. Primero sobre él; después sobre el clarinete. Recordó la aseveración tópica que anteriormente había considerado con escepticismo, pero ahora casi se sentía dispuesto a aceptar, que una persona ahogada tiene el placer de ver rápidamente toda su vida ante sus ojos, en un gran final previo a la muerte. ¡Qué montaje tan disparatado sería una cosa así! ¡Qué inspiración para los gorjeos finales del clarinete! Qué frenética mezcla de toda su salvaje, su dulcemente triste y torturada existencia, justo en el momento en que sus tensos pulmones expelieran su última bocanada para formar una nota final, inhalando a continuación el agua fría y oscura. Dooley Hanks se estremeció de anticipada emoción cuando sus dedos temblaron alrededor del maltrecho estuche que tenían asido.

Pero *no*, se dijo a sí mismo. ¿Quién lo escucharía? ¿Quién lo sabría? Era muy importante que alguien lo escuchara. De otro modo, su búsqueda, su descubrimiento, toda su vida habrían sido en vano. ¿De qué le servía El Sonido si le traía la muerte y no la inmortalidad?

Un callejón sin salida. Otro callejón sin salida. Quizá la próxima ciudad. Sí, la próxima ciudad. Volvía a sentir su presentimiento. ¿Cómo podía haber sido tan tonto como para pensar en ahogarse? Con tal de encontrar El Sonido, sería capaz de matar..., pero no de matarse.

Sintiéndose como quien ha escapado de algo por muy poco, se volvió, alejándose del río, y dirigiéndose a la carretera que corría paralela a éste, empezó a caminar hacia la próxima ciudad; lo hizo con rapidez porque eran las primeras horas de la noche y no disponía de mucho tiempo, tras alquilar una habitación en un hotel y desembarazarse de su mochila, para explorar la ciudad un poco antes de que las aceras quedaran vacías.

La niebla descendía, ondulante. Llegó sin problemas a la ciudad. Era

antigua, con calles oscuras y estrechas y edificios viejos. La niebla se elevaba en espiral desde el río, como una serpiente gigantesca que abrazaba primero la calle para hincharse y elevarse después lentamente, hasta desdibujar y borrar su visión. Pero a través de ella, en una calle empedrada con guijarros, pudo ver el anuncio luminoso de un hotel. El lugar no parecía muy caro, y eso era lo que iba buscando. Tomó una habitación y subió su mochila. Durante un momento, no supo si ponerse su traje bueno, pero al final decidió no hacerlo. Aquella noche no buscaría ningún trabajo; mañana habría tiempo para eso. Pero, desde luego, se llevó su clarinete. Quizá hallara un lugar donde encontrarse con otros músicos; y quizá le pidieran que se sentara con ellos.

Antes de salir, preguntó en el mostrador qué caminos le llevarían hacia el centro de la ciudad, hacia los lugares animados. Una vez en la calle, tomó la dirección que se le había indicado, pero las calles eran tan tortuosas y la niebla tan espesa que se perdió al cabo de unas pocas manzanas. Así pues, paseó a la ventura y al cabo de poco tiempo se encontró en un vecindario algo misterioso. Acobardado y en un momento de pánico, empezó a andar más de prisa para pasar por allí lo más rápidamente posible, pero se detuvo de repente cuando escuchó una música en el aire; era una susurrante y misteriosa música inolvidable que, tras haberla escuchado largo rato, le hizo avanzar por la calle oscura en busca de su lugar de procedencia. Lo que producía aquella música parecía ser un instrumento solo, un instrumento de lengüeta que no sonaba exactamente como un clarinete, ni tampoco como un oboe. Aumentaba su tono, para después desvanecerse de nuevo. Miró en vano, buscando una luz, un movimiento, alguna clave que le permitiera descubrir de dónde procedía. Volvió sobre sus pasos, caminando de puntillas, y la música se hizo de nuevo más audible. Avanzó unos pocos pasos más y empezó a desvanecerse. Dooley retrocedió aquellos pocos pasos y se detuvo para escudriñar los sombríos y tristes edificios. No había luz detrás de ninguna ventana. Pero, ahora, la música le rodeaba por completo..., ¿podría proceder del suelo? ¿De debajo de la acera?

Avanzó un paso hacia el edificio y vio lo que no había visto antes. Paralelo a la fachada del edificio, abierto y sin estar protegido por ninguna

barandilla, descendía un tramo de desgastados escalones de piedra. Al final de ellos una rendija de luz amarilla perfilaba los tres contornos de una puerta. La música procedía de detrás de aquella puerta. Y, ahora, pudo escuchar unas voces conversando.

Descendió cautelosamente los escalones y dudó un momento ante la puerta, preguntándose si debía llamar o simplemente abrirla y entrar. ¿Se trataba acaso de algún lugar público, a pesar de que no había visto ningún signo que así lo indicara? ¿De un lugar tan conocido para quienes lo frecuentaban que no necesitaba ninguna señal de ese tipo? ¿O se trataba de una reunión privada en la que él sería un intruso?

Pensó al fin que el hecho de que la puerta estuviera o no cerrada contestaría aquella pregunta. Puso su mano sobre el pomo, la puerta se abrió, y penetró en el interior.

La música le llegó con mayor claridad, rodeándole tiernamente. El lugar era una bodega. En el otro extremo de una gran estancia había tres enormes toneles de vino con espitas. También había varias mesas, y hombres y mujeres sentados ante ellas, todos con vasos de vino.

El músico estaba en una alejada esquina de la estancia, sentado sobre un elevado taburete. La habitación estaba casi tan llena de humo como la calle de niebla y, por otra parte, la vista de Dooley no era muy buena; desde aquella distancia no pudo saber cuál era el instrumento del músico.

Cerró la puerta tras de sí y avanzó por entre las mesas, buscando una vacía que estuviera lo más cerca posible del músico. Encontró una que no estaba muy alejada y se sentó ante ella. Empezó a estudiar el instrumento con sus ojos, así como con sus oídos. Le pareció familiar. Había visto uno igual o casi igual en alguna otra parte, ¿pero dónde?

—*¿Ja, mein Herr?* —murmuró alguien cerca de su oreja, haciéndole volverse. Un camarero pequeño y grueso, vestido con *liederhosen*, estaba junto a él—. Zinfandel. Borgoña. Riesling.

Dooley no sabía nada de vinos, cosa que tampoco le preocupaba, pero nombró uno de los tres citados en un susurro. Y cuando el camarero se alejó, puso unos cuantos marcos sobre la mesa, de modo que no le volviera a interrumpir cuando llegara con el vino.

Después, volvió a estudiar el instrumento, tratando, por el momento, de *no* escucharlo, con objeto de concentrarse en recordar dónde había visto uno similar. Tenía la longitud aproximada de su clarinete, aunque con un pabellón ligeramente más largo y más acampanado. Por lo que pudo apreciar constaba de una sola pieza, estaba hecho de alguna madera noble, de un color que oscilaba entre el del nogal oscuro y el de la caoba, y muy bien pulido. Tenía agujeros para los dedos, y sólo tres llaves, dos de ellas en la parte inferior para extender el compás hacia abajo en dos semitonos, y otro, operado por el pulgar, en la parte superior, que debía de ser una llave de octavo.

Cerró los ojos, y habría cerrado los oídos de haber podido hacerlo, para concentrarse en recordar dónde había visto un instrumento similar. ¿Dónde?

Lo fue recordando poco a poco. Un museo, en alguna parte. Probablemente en Nueva York, porque había nacido y se había criado allí y no abandonó aquella ciudad hasta que tuvo veinticuatro años, y de eso hacía ya mucho tiempo, cuando no era más que un jovenzuelo. Recordaba una sala o varias llenas de vitrinas, en las que se exhibían instrumentos de música antiguos y medievales: violas de gamba y violas de amor, sacabuches, caramillos, siringas, laúdes, tambores y pífanos. Y una de las vitrinas sólo contenía *hautboys*, los precursores del oboe moderno. Y este instrumento, el que ahora estaba escuchando como hechizado, era un *hautboy*. Sí, en aquella vitrina vio una versión de tres llaves, idéntica a ésta, excepto por el hecho de que aquélla era de madera clara, en lugar de oscura. Y más tarde, descubrió en la biblioteca de la Universidad un libro que trataba sobre instrumentos antiguos y lo leyó. En él se decía —¡buen Dios!—, se decía que el *hautboy* tenía un tono basto en el registro más bajo, y que era agudo en las notas elevadas. Decididamente, este instrumento no era nada corriente. Dentro de su escala de sonidos era tan suave como la miel; tenía un tono pleno y rico, infinitamente más agradable que la tenue agudeza de un oboe. Era mucho mejor que un clarinete, que sólo se le podía aproximar en su registro más bajo a *chalumeau*.

Y Dooley Hanks supo con toda certeza que tenía que poseer un instrumento como aquél, y que *tendría* uno, sin importar lo que tuviera que

pagar o hacer para conseguirlo.

Y una vez tomada esta decisión irrevocable, y con la música seduciéndole como una mujer, y excitándole como ninguna mujer le había excitado jamás, Dooley abrió los ojos. Como su cabeza se había inclinado hacia adelante mientras se concentraba, lo primero que vio fue la gran copa de vino tinto que habían colocado frente a él. La cogió, levantándola, y, mirando por encima de ella, se las arregló para captar la mirada del músico. Dooley hizo un movimiento con la copa, a modo de brindis y vertió el vino en su garganta, de un solo trago.

Cuando bajó la cabeza, tras beber, estudió al músico. El hombre era alto, pero delgado y de aspecto frágil. Su edad era indeterminada. De algún modo, daba la impresión de estar enfermo. Su raída chaqueta no hacía juego con sus pantalones sueltos; una llamativa bufanda de rayas rojas y amarillas colgaba suelta alrededor de su descarnado cuello, dotado de una prominente nuez que se agitaba cada vez que aspiraba para tocar. Su despeinado pelo necesitaba un corte; su rostro era delgado y enjuto, y sus ojos eran de un azul tan ligero que parecían descoloridos. Unicamente sus dedos mostraban los signos de un músico maestro: largos, delgados y graciosamente afilados, bailaban diestramente al compás de la maravillosa música que interpretaban.

Después, la música se detuvo con un sonido final de notas elevadas, que sobrecogieron a Dooley porque fueron al menos media octava más altas de la escala máxima que, según él debía tener el instrumento, y que, a pesar de todo, seguían teniendo la rica resonancia de los registros bajos.

Se produjeron entonces unos pocos segundos de lo que casi pareció un silencio aturdidor y, finalmente, se iniciaron y aumentaron los aplausos. Dooley también aplaudió, tanto que las palmas de sus manos empezaron a dolerle. El músico, mirando fijamente ante sí, parecía no darse cuenta de ello. Después de unos treinta segundos, volvió a elevar el instrumento hacia su boca y los aplausos murieron repentinamente en cuanto sonó la primera nota.

Dooley sintió un ligero contacto en su hombro y se volvió. El camarero pequeño y rechoncho había regresado. En esta ocasión ni siquiera murmuró nada; se limitó a elevar las cejas. Cuando le dejó, llevándose la copa vacía, Dooley volvió a prestar toda su atención a la música.

¿Música? Sí, era música, pero ninguna *clase* de música que hubiera escuchado antes. O más bien se trataba de una combinación de *toda* clase de música, antigua y moderna, jazz y clásica; una dominante combinación de contrastes, de dulces y amargos, de hielo y fuego, de suaves brisas y violentos huracanes, de amor y odio.

Cuando volvió a abrir los ojos, una nueva copa de vino estaba ante él, sobre la mesa. En esta ocasión lo bebió lentamente, a pequeños sorbos.

La música se detuvo y volvió a unirse a los cordiales aplausos. El músico descendió del taburete y agradeció los aplausos con una nerviosa y pequeña inclinación. Después, escondiendo el instrumento bajo su brazo, cruzó rápidamente la sala —sin pasar, desgraciadamente, cerca de la mesa de Dooley—, con un torpe modo de andar que le hacía inclinarse hacia adelante. Dooley volvió la cabeza para seguirle con los ojos. El músico tomó asiento ante una pequeña mesa, destinada únicamente a una persona, pues sólo tenía una silla, situada en la pared opuesta. Dooley pensó llevar allí su propia silla, pero al final decidió no hacerlo. Al parecer, el hombre deseaba estar solo, pues, en caso contrario, no se habría sentado en aquella mesa especial.

Dooley miró a su alrededor hasta que captó la mirada del menudo camarero, haciéndole una seña. Cuando se acercó, le pidió que llevara un vaso de vino a la mesa del músico, preguntándole al mismo tiempo si le importaría unirse a él en su propia mesa, y diciéndole que él también era músico y que le gustaría conocerle.

—No creo que acepte —le informó el camarero—. Mucha gente lo ha intentado antes y él siempre se ha negado con amabilidad. En cuanto al vino, no es necesario; pasamos un sombrero varias veces, recogiendo algo para él. Alguien ya está empezando a hacerlo así y puede usted contribuir de ese modo si lo desea.

—Lo haré —dijo Dooley—, pero, de cualquier modo, le ruego que le lleve el vino y le dé mi mensaje.

—*Ja, mein Herr.*

El camarero recogió un marco por adelantado y a continuación se dirigió a uno de los toneles de vino y llenó una copa de vino. Dooley, que le observaba, vio cómo el camarero colocaba la copa en la mesa del músico y,

hablándole, señalaba hacia su propia mesa. Para que no hubiera ninguna posibilidad de error, Dooley se levantó, haciendo una ligera inclinación en su dirección.

El músico también se levantó y se inclinó con una mayor amplitud y a partir de la cintura. Pero después se volvió a su mesa, sentándose de nuevo, por lo que Dooley llegó a la conclusión de que su primera aproximación había sido rechazada. Bueno, habría otras oportunidades y otras noches. Volvió a sentarse y tomó otro sorbo de vino.

Llegó el sombrero «para el músico», pasado por un hombre impasible, de cara enrojecida, y Dooley, al ver que no había billetes y no deseando llamar la atención, añadió unos pocos marcos del montón que dejara previamente sobre la mesa.

Pocos minutos después tuvo la oportunidad de indicar al camarero que se acercara para traerle más vino, y cuando se lo sirvió mantuvo una conversación con él.

—Supongo que nuestro amigo ha rechazado mi invitación —dijo—. ¿Puedo preguntarle cuál es su nombre?

—Otto, *mein Herr*.

—¿Desde cuándo toca aquí? —preguntó Dooley.

—¡Oh! Sólo esta noche. Viaja de un lado a otro. Esta noche es la primera vez que le hemos visto desde hace casi un año. Cuando viene, sólo se queda una noche y le permitimos tocar y que pasen después el sombrero para él. Normalmente, no tenemos música aquí.

Dooley frunció el ceño. Tenía que *asegurar* entonces el contacto aquella misma noche. Preguntó:

—¿Cuándo volverá a tocar de nuevo?

—¡Oh! Ya no tocará más esta noche. Hace apenas un minuto, en el mismo momento en que le traía el vino, le he visto marcharse. Puede que no le volvamos a ver en mucho...

Pero Dooley no escuchó sus palabras; cogió el estuche de su clarinete y corrió por entre las mesas. Atravesó la puerta, sin preocuparse siquiera de cerrarla, y subió los escalones de piedra hasta llegar a la acera. Ahora, la niebla era menos espesa, excepto en pequeñas zonas. Por un momento, todo

lo que pudo escuchar fueron los sonidos procedentes de la bodega. Después, afortunadamente, alguien cerró la puerta que él dejara abierta y, durante un segundo, gracias al silencio que se hizo, creyó escuchar pasos a su derecha, procedentes de la misma dirección en que él había venido.

No tenía nada que perder, así que escogió aquel camino. La calle torcía y después llegaba a una esquina. Se detuvo, volvió a escuchar y creyó volver a percibir los pasos en una determinada dirección, que siguió casi corriendo. Al cabo de media manzana, distinguió una figura delante de él, demasiado alejada para reconocerla, pero, gracias a Dios, era una figura alta y delgada; tenía que ser el músico. Por delante de aquella figura podía ver débilmente a través de la niebla las luces, y escuchar asimismo los ruidos del tráfico. Aquélla debía ser la vuelta que no había dado al tratar de seguir las instrucciones del empleado del hotel para encontrar el distrito más animado de la ciudad.

Redujo la distancia a una cuarta parte de manzana; abrió la boca para llamar a la figura que andaba ante él, pero se dio cuenta de que respiraba con demasiada dificultad para llamarle. Detuvo su carrera y continuó andando. No corría el peligro de perder de vista al hombre, ahora que estaba tan cerca de él. Recuperando poco a poco su respiración normal, fue reduciendo lentamente la distancia que le separaba del otro.

Ya sólo se encontraba a unos pocos pasos detrás del hombre —que gracias a Dios, *era* el músico—, y estaba alargando el paso para situarse a su lado y hablarle, cuando el individuo bajó la calzada y cruzó la calle en diagonal. En ese mismo momento, un coche lanzado a toda velocidad, conducido probablemente por algún conductor borracho, dobló la esquina tras ellos, se sacudió momentáneamente y después se dirigió directamente hacia el músico, que no se dio cuenta de nada. En una repentina acción refleja, Dooley se lanzó a la calzada y empujó al músico, apartándole de la trayectoria del vehículo. El ímpetu de la carga de Dooley le hizo caer al suelo sobre el músico, quedando tumbado y sin aliento en esa posición protectora, mientras el automóvil pasaba tan cerca que el aire pareció querer arrastrar sus ropas. Dooley levantó los ojos a tiempo de ver las luces rojas de posición desvaneciéndose en la niebla, una manzana más abajo de donde se

encontraban.

Cuando se apartó a un lado para dejar levantarse al músico, Dooley pudo escuchar en sus oídos las aceleradas palpitaciones de su corazón. Entonces, los dos hombres se levantaron lentamente.

—¿Estuvo muy cerca?

Dooley asintió con la cabeza, respirando con dificultad.

El músico sacó un instrumento de debajo de su chaqueta y lo examinó con atención.

—No se ha roto —dijo.

Pero Dooley, dándose cuenta de que sus propias manos estaban vacías, se giró rápidamente para buscar el estuche de su clarinete. Y lo vio. Debía de haberlo soltado cuando elevó sus manos para empujar al músico. Una de las ruedas del coche debía de haber pasado sobre él, a lo largo, pues estaba completamente aplastado. Tanto el estuche como cada una de las partes del clarinete se habían roto en cien pedazos, convirtiéndose así en chatarra inútil. Lo señaló un momento y después empujó los restos con el pie hasta la cuneta.

El músico se le acercó, deteniéndose a su lado.

—Es una lástima —dijo con suavidad—. La pérdida de un instrumento es como la pérdida de un amigo.

A Dooley se le estaba ocurriendo una idea, de modo que no contestó, pero se las arregló para parecer mucho más triste de lo que estaba en realidad. La pérdida del clarinete representaba un buen golpe para su bolsillo, pero no era una pérdida irreparable. Tenía el dinero suficiente para comprar uno usado, aunque no tan bueno, con el que poder empezar de nuevo. Durante algún tiempo tendría que gastar menos hasta que pudiera comprar un buen instrumento como el que acababa de perder. Aquél le había costado trescientos dólares, no marcos. Pero en aquellos momentos se sentía mucho, *muchísimo* más interesado en conseguir el *hautboy* del músico alemán, o uno como aquél. Trescientos dólares, no marcos, eran una bagatela para lo que estaría dispuesto a dar por *aquello*. Y si el hombre se sentía responsable y le ofrecía...

—Fue culpa mía —dijo el músico—. Por no haber mirado. Quisiera tener lo suficiente para poder comprarle uno nuevo... Era un clarinete, ¿verdad?

—Sí —contestó Dooley, tratando de que su voz sonara como la de un hombre que se encuentra al borde de la desesperación, en lugar de hallarse a punto de realizar el mayor descubrimiento de su vida—. Bien, lo que está *kaput*, está *kaput*. ¿Le parece que vayamos a alguna parte a beber algo y velar la pérdida?

—A mi cuarto —dijo el músico—. Tengo brandy allí. Y estaremos en privado, así podré tocar una o dos melodías que no toco en público —dijo, riéndose—. ¿Le parece bien *Eine kleine Nachtmusik*? (*Una pequeña serenata*). Pero la mía, no la de Mozart.

Dooley consiguió ocultar su alegría, y asintió como si aquello no le importara demasiado.

—Está bien. Mi nombre es Dooley.

—Llámeme Otto, Dooley —dijo el músico, extendiendo su mano.

Su cuarto no estaba lejos, sólo a una manzana de la calle siguiente. El músico se detuvo ante un edificio antiguo y oscuro. Abrió la puerta con una llave y utilizó una pequeña linterna de bolsillo para iluminar el camino que subía por una amplia escalera sin alfombra. Mientras subían, explicó que la casa estaba vacía y a punto de ser derribada, por lo que no había luz eléctrica. Pero el propietario le había entregado una llave, dándole permiso para utilizarla mientras no fuera derribada; había unos pocos muebles a cuyo lado pasaron. Le gustaba estar en una casa para él solo, sin molestar a nadie.

Abrió la puerta de una habitación y entró en ella. Dooley esperó ante la puerta hasta que el músico encendió una lámpara de aceite que había sobre el aparador. Después, le siguió al interior. Además del aparador, sólo había una silla recta, una mecedora y una cama individual.

—Siéntese, Dooley —le dijo el músico—. La cama es mucho más cómoda que esa silla. En cuanto a mí si voy a tocar para los dos, prefiero la mecedora.

Mientras hablaba, cogió dos vasos y una botella, sacándolos del estante superior del aparador.

Dooley consiguió reprimir con gran esfuerzo su deseo de pedirle inmediatamente permiso para tocar el *hautboy*, pero al final consideró más prudente esperar. Así pues, se sentó sobre la cama.

El músico alargó hacia Dooley un gran vaso lleno de brandy; después cogió el suyo y se dirigió a la mecedora, sentándose en ella, y elevando el vaso, dijo:

—Por la música, Dooley.

—Por una pequeña serenata —dijo Dooley.

Bebió un buen trago y sintió el líquido quemándole como fuego. Pero era un buen brandy. Después, no pudiendo contenerse por más tiempo, preguntó:

—Otto, ¿le importaría que observara ese instrumento suyo más de cerca? Es un *hautboy*, ¿verdad?

—En efecto. No hay muchas personas capaces de reconocerlo, ni siquiera músicos. Pero lo siento mucho, Dooley. No puedo dejárselo, ni siquiera para tocar, si es que también me lo fuera a pedir. Lo siento, pero así es como son las cosas, amigo mío.

Dooley asintió con un gesto de cabeza, y trató de no parecer taciturno. «La noche es joven», se dijo a sí mismo. Mientras tanto, disfrutaría de la velada todo lo que pudiera.

—Su instrumento... ¿es auténtico? Quiero decir, ¿es un instrumento medieval? ¿O se trata sólo de una reproducción moderna?

—Lo hice yo mismo, a mano. Fue una tarea muy delicada. Pero, amigo mío, quédese con el clarinete, se lo recomiendo. Y, sobre todo, no me pida que le haga uno igual; no podría. No he utilizado las herramientas desde hace muchos años. Y ahora me encontraría con que he perdido mi habilidad.

—¿Y dónde podría encontrar uno como el suyo? —preguntó Dooley, inclinándose hacia adelante.

—La mayor parte de ellos están en los museos —dijo el músico, encogiéndose de hombros—. Puede encontrar unas pocas colecciones de instrumentos antiguos en manos de particulares, y conseguir comprar uno a un precio exorbitante... y hasta es posible que pueda tocarlo. Pero, amigo mío, sea listo y quédese con su clarinete.

Dooley no pudo decir lo que estaba pensando. Por eso guardó silencio.

—Mañana hablaremos de encontrar un clarinete para usted —dijo el músico—. Pero esta noche, olvidemos el asunto. Y olvide también su deseo de conseguir un *hautboy*, e incluso su deseo de tocar éste... Sí, ya sé que sólo

me pidió examinarlo, ¿pero es que podría tenerlo en sus manos sin desear llevárselo a los labios? Bebamos un poco más y después tocaré algo para usted. ¡A su salud!

Bebieron de nuevo. El músico le pidió a Dooley que le contara algo de sí mismo, y así lo hizo éste. Le contó casi toda su vida excepto lo que más le importaba: su obsesión y el hecho de que estaba dispuesto a matar para satisfacerla si no había otro camino.

Pero no había ninguna prisa. Dooley pensó que lo peor que podría ocurrir era que bebiera demasiado y cayera dormido antes de poder realizar su propósito..., pero si se quedaba dormido allí, aún le quedaría la mañana siguiente. En cualquier caso, quizá la mañana fuera mejor, pues Dooley ya estaba un poco bebido.

Bebieron un poco más. El músico había abierto una segunda botella.

Finalmente, dijo:

—Tocaré ahora.

Y así lo hizo. Y de nuevo, como en la bodega, la música sonó como hielo y fuego, amor y odio, dulzura y amargura. Dooley se reclinó en la cama, con la cabeza vuelta hacia la pared, y cerró los ojos para escuchar mejor.

Al cabo de un rato, se detuvo la música y el hombre preguntó:

—Dooley, ¿está durmiendo?

—No —contestó Dooley.

—Si se queda dormido, no se preocupe. Puedo dormir en esta mecedora. Lo hago a menudo. Así es que no necesita despertarse. Pero mientras tanto... Dooley, aparte de dejarle tocar el instrumento, cosa que no puedo hacer, ¿hay alguna otra cosa que pueda hacer por usted esta noche?

—¿Hacer por mí? —preguntó Dooley, tratando de ordenar sus pensamientos.

—Sí. Alguna pequeña muestra de mi agradecimiento. ¿Qué es lo que más le gustaría en estos momentos?

—Una mujer —murmuró Dooley, somnoliento.

El músico se echó a reír.

—¿Rubia, morena o castaña?

—De todas las clases —contestó Dooley a la ligera—. Toda una

habitación llena de mujeres —empezó a reír, sintiéndose mareado, ante su propia absurdidad—. Tráigamelas, Otto.

El músico empezó a tocar de nuevo. Pero, en esta ocasión, la melodía era diferente. Era una melodía armoniosa, pero sensual. Era tan hermosa que hasta hacía daño y, por un momento, Dooley pensó con rabia: «¡Maldita sea! Está tocando *mi* instrumento. Me lo debe, a cambio del clarinete». Y casi decidió no esperar a la mañana siguiente; levantarse *ahora* y...

Pero antes de que se pudiera mover, percibió otro sonido en alguna otra parte, por encima o por debajo de la música. Parecía proceder del exterior, de la acera de abajo; era como un rápido clic-clic-clic que se asemejaba al sonido de unos tacones altos, y que se fue acercando más. Era el sonido de unos tacones, de muchos tacones sobre la madera de la escalera... Y entonces sonó un suave tap-tap en la puerta. Como en un sueño, Dooley volvió su cabeza hacia la puerta y abrió los ojos. La puerta se abrió y varias mujeres entraron en la habitación y le rodearon, sumergiéndole en su calor físico, su extremada suavidad y sus exóticos perfumes. Dooley las miró fijamente con una deleitosa incredulidad, pero rápidamente abandonó su incredulidad. Si aquello era una ilusión, que lo fuera. Si estaba soñando, deseaba seguir soñando.

Había morenas de ojos negros, rubias de ojos castaños, y pelirrojas de ojos verdes. Y morenas de ojos azules, rubias de ojos verdes y pelirrojas de ojos negros. Eran de todas las estaturas, desde pequeñas hasta esbeltas, y todas ellas eran hermosas. La habitación estaba llena de mujeres.

De algún modo, la lámpara de aceite perdió intensidad, sin llegar a apagarse, y la música, que ahora era más violenta, parecía venir de algún otro lado, como si el músico estuviera en otra parte y Dooley se encontrara solo en la habitación con las mujeres. Y Dooley pensó que aquello era muy considerado por parte del hombre. No tardó en estar retozando con las mujeres en el más imprudente abandono, probándolas aquí y allá, como un niño en una pastelería, o como un romano en una orgía; pero los romanos nunca se lo pasaron tan bien, ni tan siquiera los dioses del monte Olimpo.

Al fin, maravillosamente exhausto, se dejó caer sobre la cama y, rodeado aún por la fragante carne de las mujeres, se quedó dormido.

Y se despertó de repente y por completo, sobrio, y sin saber cuánto tiempo había pasado. Pero ahora la habitación estaba fría. Quizá fuera eso lo que le había despertado. Abrió los ojos y se dio cuenta de que estaba solo en la cama y de que la lámpara volvía a brillar (¿o seguía brillando?) con fuerza, rechazando las sombras que se apretujaban contra las hojas de vidrio de la ventana. El músico también seguía allí, sonoramente dormido en la mecedora. Tenía el instrumento firmemente cogido entre sus dos manos, y la bufanda de rayas rojas y amarillas aún rodeaba su escuálido cuello. Su cabeza estaba echada hacia atrás, apoyada en el respaldo de la mecedora.

¿Había ocurrido realmente lo de las mujeres? ¿O es que la música le había hecho quedarse dormido y lo había soñado todo, llevando la sugestión a su propio subconsciente cuando planteó al músico una petición ridícula e imposible de satisfacer?

Pero eso no importaba. Todo lo que le importaba era ver que el *hautboy* estaba allí, y que había llegado el momento de cogerlo. ¿Pero *tendría* que matar para conseguirlo? Sí, porque si se limitaba a quitárselo de las manos al hombre dormido, nunca tendría la posibilidad de abandonar Alemania con el instrumento. Otto sabía su verdadero nombre, tal y como estaba consignado en su pasaporte, por lo que sólo tendrían que esperarle en la frontera. Mientras que, si le mataba, el cuerpo —dejado en una casa abandonada como aquélla—, puede que no fuera encontrado durante varias semanas, al menos no antes de que estuviera seguro en América. Y para entonces cualquier prueba que pudieran tener contra él, incluso la posesión del instrumento, sería demasiado débil para solicitar una orden de extradición. Afirmaría que Otto le había entregado el instrumento para compensarle de la destrucción del clarinete, a consecuencia de haberle salvado la vida. No poseería ninguna prueba para demostrarlo así, pero ellos tampoco tendrían ninguna prueba de lo contrario.

Se levantó con rapidez y en silencio, quedándose de pie ante el hombre que dormía. Sería fácil, pues los medios estaban a la mano. La bufanda ya estaba alrededor del cuello y sus extremos, cruzados, listos para ser cogidos y apretados. Dooley los cogió y apretó con fuerza. Al mismo tiempo, puso una rodilla sobre el instrumento, en el regazo del músico, de modo que no se

podiera caer al suelo. Todo fue muy fácil. El músico debía de ser mucho más viejo y débil de lo que había supuesto Dooley. Sus esfuerzos por desasirse fueron débiles, y murió con rapidez.

Dooley buscó los latidos de su corazón para estar seguro, y al no sentirlos cogió el instrumento. Por fin lo tuvo en sus manos.

Tembló, no como consecuencia de haber asesinado, sino por la ilusión de tener en sus manos lo que tenía. ¿Cuándo estaría lo bastante seguro como para tocarlo? No lo podía hacer en su hotel, en plena noche, corriendo el riesgo de despertar a los otros clientes.

No, debía tocarlo allí y ahora, en aquella casa abandonada, que le proporcionaba su mejor y más segura oportunidad. Allí y ahora, pero con suavidad y dispuesto a dejarlo rápidamente si el instrumento producía los chirridos y sonidos agudos tan fáciles de producir cuando se toca un instrumento que aún no se domina, aunque tenía la inefable sensación de que no sucedería así.

Bajó la vista y vio y sintió que sus dedos se habían colocado de un modo natural en su posición correcta, sobre los agujeros y las llaves. Los observó comenzar, siguiendo al parecer su propia voluntad, un pequeño baile de dedos. Detuvo sus dedos un tanto asombrado y puso el instrumento en sus labios, soplando con mucha suavidad. Y entonces escuchó un sonido de registro medio, suave y claro, tan rico y vibrante como cualquiera de los que había producido Otto. Elevó cautamente un dedo y después otro, y se encontró tocando una escala diatónica. Y después, se olvidó de sus dedos y únicamente *pensó* el resto de la escala, y permitió que los dedos la tocaran arrancando tonos absolutamente puros. Pensó una escala en otra llave y pareció como si se tocara sola, y después tocó un arpeggio o dos. El instrumento era *suyo* en ambos sentidos: lo poseía y lo podía tocar.

Decidió ponerse cómodo y se sentó en la cama, apoyando la cabeza y los hombros contra la pared, tal y como estuvo mientras escuchó tocar a Otto. Se llevó el instrumento a los labios y tocó, sin preocuparse en esta ocasión del volumen del sonido; si había algún vecino que se despertaba, pensaría que era Otto el que lo tocaba.

Tocó y en su mente se mezclaron mil pensamientos distintos.

Pensamientos opuestos que se convirtieron en sonidos tristes y alegres. Trató de recordar la melodía tocada por Otto y que había hecho aparecer a las mujeres, o que le había hecho soñar en una habitación llena de mujeres.

No consiguió reproducir la misma melodía. En su lugar, se encontró tocando una melodía extraña, una que no había escuchado nunca hasta entonces, pero que supo por instinto que pertenecía al maravilloso instrumento. Era una melodía de reclamo, de llamada, como había sido la música de las chicas; pero en esta ocasión era una melodía siniestra, en lugar de sensual.

Y entonces, mientras seguía tocando, por encima o por debajo de la música, escuchó otro sonido. No era el clic-clic de los tacones, sino el sonido de cosas que raspaban y escarbaban, como si fuera producido por miles de minúsculas patas con garras.

Y entonces las vio y las escuchó en el momento en que, repentinamente, salieron de muchos agujeros que había en la madera, y que no había percibido antes, y corrieron y subieron a la cama, y se abalanzaron sobre él. Y cuando empezó a luchar contra ellas en un esfuerzo que iba a ser el último de su vida, Dooley apartó el maldito instrumento de su boca y la abrió para lanzar un grito de desesperación. Pero ahora estaba rodeado por todas partes; estaban sobre él, grandes, pequeñas, flacas, musculosas... Y antes de que su garganta pudiera emitir el grito, aquella rata negra, la más grande, la que parecía dirigir a todas las demás, dio un salto hacia su boca y cerró sus agudos dientes sobre el final de la lengua de Dooley, y allí apretó con fuerza, en el interior de su boca, y el grito de Dooley se convirtió en un gorgoteo, ahogándose en el silencio.

Y El Sonido del festín duró mucho durante toda aquella noche, en la ciudad de Hamelin.

SUBE A VERME ALGUNA VEZ

Gilbert Thomas

Si tener un hijo es en cualquier caso un asunto muy serio, cuando se trata de un hijo superdotado la cosa se puede complicar extraordinariamente. La próxima vez que mate a su mujer, asegúrese de que el niño no anda jugando con la antigravedad.

La nave espacial estaba en el centro de la habitación. Suspendida en el aire. A casi dos metros del suelo. Pensé que tenía muy buen aspecto y me pregunté cómo lo había hecho. Pasé la mano alrededor del artefacto —soy bastante alto— y allí no había nada. Evidentemente, no había nada que desde abajo sostuviera la máquina. Tampoco había nada que bajara del techo. Se notaba un olor a productos químicos; en el suelo había un lugar quemado, y él estaba en órbita.

No es nada cómodo tener un hijo excepcional. Esa clase de hijos siempre están haciendo cosas que uno no puede comprender.

Toqué la máquina y ésta se movió suavemente al impulso de mi mano, sin esfuerzo alguno, aunque siempre regresaba a su posición original, moviéndose ligeramente.

Las paredes de la habitación estaban cubiertas de fotografías, despegues de Yuri Gagarin, Gus Grissom, Roger Chaffee, Ed White y todos los nuevos héroes. Su mesa de trabajo estaba cubierta de instrumentos electrónicos y libros que no podía comprender. Sólo tenía 12 años y ahora estaba suspendido en el espacio, en su nave, a casi dos metros de altura del suelo, en el centro de su habitación de trabajo situada en el sótano... tal y como había dicho que haría.

También recuerdo que me preguntó:

—¿Por qué lanzaste aquella moneda sobre el estómago de la chica, papá?

—Para ver si rebotaba.

Siempre intenté decirle la verdad al chico, aun cuando doliera... Y me gusta la imagen de todos esos pequeños cuerpos femeninos estirados en la playa, bronceados en sus diminutos bikinis; siempre se echan por parejas para

proporcionarse protección mutua, con los ojos cerrados, dirigidos hacia el mar.

Un impulso. Sólo quería saber si la moneda rebotaría sobre el pequeño estómago de aquella rubia, como sobre la cama de un marinero perfectamente hecha.

—¡Oh! —exclamó él.

Su madre había muerto y uno no podía decirle toda la verdad. No habría podido resistirla. Nadie habría podido resistirla, siendo la verdad, especialmente siendo la verdad. Trató de interesarle por la política o para que ingresara en la academia. Tengo unos antecedentes militares bastante amplios, y no quería que mi hijo fuera un hombre alistado a la fuerza. Eso es razonable. Pero él siguió enfrascándose en aquellos tontos libros. Bueno, los libros no son tan malos como parecen, aunque a mí me gusta saber lo que se dice en ellos.

—Papá, ¿qué estaba haciendo esa mujer en mi habitación esta mañana?

—Su coche se estropeó, y tuve que ayudarla...

—¡Oh!

Me enorgullezco de pensar con rapidez, eso que Hemingway llamaba gracia bajo presión, aunque más tarde descubrí que eso mismo ya se decía entre los antiguos romanos. Hubiera deseado que fuera el propio Hemingway quien lo mencionara. Un hombre siempre debe citar sus fuentes de información. De cualquier modo, y si he de ser fiel a la verdad, el caso es que mi cama se rompió, y tuvimos que cambiarnos a la otra. Ted estaba dormido en el sofá de su taller; pensé que no la había visto. Pero me olvidé de que siempre se levantaba en cuanto amanecía, antes de las seis. Sí, un chico excepcional.

Su habitación estaba llena de letreros que colgaban de las paredes:

ABLACIÓN, MATERIALES DE. — Materiales especiales, que disipan el calor, situados sobre la superficie de una nave espacial, que pueden ser sacrificados (eliminados, vaporizados) durante la entrada...

ABLACIÓN. — Disolución de materiales de ablación, protectores del calor, durante el proceso de reentrada de una nave espacial en la atmósfera terrestre a velocidades hipersónicas...

ABORTO. — Proceso por el que se renuncia a llevar a cabo una misión aeroespacial antes de que ésta haya sido realizada con éxito.

«Aborto». Sonreí hacia la nave espacial suspendida en el aire. Pero él parecía no enterarse de nada... Simplemente me miraba desde el visor de plexiglás de su casco. Sabía que se trataba de alguna especie de truco... era un chico muy listo. Pero no me gusta que se burlen de mí, al menos, no durante mucho tiempo. Tengo un cierto sentido del humor y puedo reírme de mí mismo —siempre lo he dicho—, pero no durante demasiado tiempo.

—¡Aborto! —dije, con más fuerza.

Pero él se limitó a mirarme. La nave espacial osciló ligeramente en el aire.

Recuerdo cuando consiguió el equipo —por 10,75 dólares—, que se suponía ser una maqueta del original, la cápsula espacial Mercury 3, *Libertad Siete*. Una placa de fibra aplicada a presión garantizaba que aquella maqueta era perfecta en todos los detalles, con espacio en su interior para dar cabida a un niño. Ustedes mismos pueden imaginar el resto. La etiqueta decía: «incombustible», por lo que pensé que las cosas se llevaban demasiado lejos. Pero supongo que eso proporciona a los chicos una sensación de realidad... se mantienen al día en cuanto se refiere al programa espacial, sus éxitos y fracasos. Aquellos locos letreros:

INTERPLANETARIO, ESPACIO. — Parte del espacio que, desde el punto de vista de la Tierra, tiene su límite inferior en el límite superior del espacio translunar, y que se extiende más allá de los límites del sistema solar en varios miles de millones de kilómetros...

—¿Por qué tienes estos letreros colocados en grupos de tres, Ted...?

INTERESTELAR, VUELO. — Vuelo entre estrellas. Estrictamente, vuelo entre las órbitas alrededor de las estrellas...

—¿Me estás escuchando, Ted? ¿Por qué eso sobre...?

INTERESTELAR, ESPACIO. — Parte del espacio que, desde el punto de vista de la Tierra, tiene su límite inferior en el límite superior del espacio interplanetario y que se extiende hasta los límites inferiores

del espacio intergaláctico...

—¡Y ahora deja de jugar por ahí y contéstame!

En realidad, sólo estaba tratando de entablar una conversación. Ted había estado utilizando aquellos letreros como instrumentos mnemónicos, como él los llamaba; tenía algo que ver con sus teorías sobre la memorización profunda. Pasé mi mano alrededor de todo su pequeño artefacto y que me condenen si pude sentir algo. Aún seguía oscilando ligeramente en el aire aunque, desde luego, allí no había viento. Su rostro parecía tranquilo detrás de su visor cuando se movió deliberadamente manejando los cuadrantes de mandos con una mano revestida de algo plateado.

—¡Y ahora ya está bien, Ted, maldita sea! Te vas a bajar inmediatamente de ese trasto.

Y ésa fue la primera vez que escuché la voz de Myra.

—¡No puedo resistirlo más!

Era Myra, sin duda.

—¡Los últimos diez años han sido un infierno...!

Pero ella estaba muerta... mientras la nave espacial oscilaba ligeramente.

—¡Vete al infierno!

Ese fui yo.

—¡Me quieres hacer el favor de marcharte al maldito infierno!

Ese fui yo otra vez, de acuerdo... Resulta difícil reconocer la propia voz la primera vez que la escucha uno repetida... Pero yo estaba bien.

—¿Por qué no haces el favor de largarte de la casa...?

Yo era el único que decía cosas como aquélla, al menos con aquel gimoteo de fastidio tan particular que aparecía siempre que me olvidaba de mí mismo.

(Me he dicho a mí mismo más de una vez, y lo he pensado otras tantas veces, que no soy una persona muy simpática.)

—Papá —dijo la grabadora.

Era la grabadora de Ted, de acuerdo. El pequeño bastardo nos había grabado.

—Papá..., ¿dónde está mamá...?

Yo soy papá, y siempre la llamé a ella mamá.

Pero él no la había llamado así desde hacía años. Regresión. Pero tengo buen oído y había una diferencia sutil... *no era* la grabadora la que estaba hablando... Aquello era, un mensaje que me llegaba *directamente* desde la nave espacial:

—¿Dónde está ella...?

Él sabía dónde estaba ella. La voz era fina y metálica, y miré a través de su visor de plástico y le vi mirándome:

—Quiero saber... —su boca estaba moviéndose.

Al diablo con todo esto. Estaba volviéndome loco... Ya tengo bastantes cosas en mi cabeza como para volverme loco por una tontería como ésta... (Cuando me expreso siempre utilizo demasiadas palabras, precisamente ahora asisto a un curso para leer con mayor rapidez y retener más, de modo que pueda mantenerme al mismo ritmo que mi hijo, pero, si he de decir la verdad, parece como si no pudiera seguirle el juego.)

—Deja ya de beber...

Volvía a ser yo, en la cinta.

—¿Dónde has escondido esta vez la botella...?

Ella bebía, de acuerdo... ¿quién no lo hace? Pero hay un límite. Y ahora, el pequeño bastardo estaba tratando de volverme loco... Entre ella y Ted siempre hubo una especie de alianza en la que yo nunca pude entrar, ni romper, aun cuando hubiese querido hacerlo, ¡y ellos no me pueden acusar de eso!

—¿Dónde he puesto la maldita botella...! ¡Yo sí que debería tomar un trago...!

¡Cristo!... Tuve que haber dicho aquello hacía por lo menos tres años — por lo menos— cuando Ted sólo tenía nueve. ¿Tenía él entonces la grabadora?... No cabe la menor duda de que ya debía tenerla. Vendía periódicos y tenía su ruta... Arriba a las 5.15 cada mañana de la semana, y a la calle con aquella bicicleta, para arrojar aquellos malditos periódicos.

HIPERGÓLICO. — Se refiere a las combinaciones bi-impulsoras que se ponen en ignición espontáneamente tras su contacto o mezcla...

HIELO, CAPA DE. — Capa de hielo que se forma en el exterior de un vehículo impulsor en superficies sobreenfriadas por el oxígeno líquido contenido en el interior del vehículo...

¿Por qué siempre los tenía colocados en grupos de tres?

GLOBOS-IN, GLOBOS-OUT. — G en términos de aceleración de vehículo, etc.

Parece como si, al tenerlos agrupados, le resultara más fácil recordarlos. Asociación. Siempre tenía alguna razón para hacer lo que hacía... Hubiera querido tener tanto sentido común como el chico. Ahorró el dinero que ganaba y se compró un magnetófono, que, según recuerdo que pensé entonces, resultaba un maldito aparato para ser comprado por un chico de nueve años. Pero no me opuse. Si él deseaba malgastar su dinero, por mí no habría problema... Le daría un sentido de los valores cuando llegara el momento de reparar aquel instrumento infernal o, simplemente, cuando se cansara de él. (Debí haber supuesto que lo quería para algo... para grabar a papá y mamá... ¿qué hay de eso?)

—¡Aparta tus malditas manos de mí...!

Me fue imposible decir quién de los dos fue... ¡qué grito tan terrible!... justo al máximo volumen.

—¡Oh!... ¡Duele!

Debió de haber sido ella.

—¡Me estás retorciendo el brazo!

Sí, era ella, sin duda. Ella. ¡Cristo! ¡Qué satisfacción! Retorcer el brazo de aquella vieja. No lo hice muy a menudo... pero cuando lo hice resultó ser todo un acontecimiento.

—Papá...

La voz me llegó desde el interior de la nave espacial... ¡Cristo! ¡No era una nave espacial! ¿Cómo podía serlo? (Sólo era un juguete, construido por un niño que estaba solo con demasiada frecuencia, abandonado a sí mismo

con demasiada frecuencia... y ésa es una buena forma de meterse en líos.) El cascarón estaba asegurado.

—Papá...

Hubiera deseado que no me llamara así.

Su boca estaba trabajando en aquel endemoniado casco...; pero ¿desde dónde me estaba hablando? ¿Dónde estaba el micrófono? Si pudiera descubrirlo podría arrancar la clavija. Y quizá entonces se viniera abajo todo aquel maldito asunto, y podría hablarle para infundirle algo de buen sentido. Sonido estereofónico... Estaba consiguiendo volverme loco. Mientras él seguía oscilando suavemente allí, en el centro de la habitación.

(Debí haberme figurado lo que estaba haciendo con su tiempo; debí haberle ayudado en la construcción de aquel artefacto...; porque estoy seguro de una cosa: de haberlo hecho así, aquel maldito artilugio no habría funcionado.)

—Papá... ¿No... *grk*... a mamá...?

No pude descifrar la palabra que dijo antes de «mamá», pero supe en seguida de qué se trataba.

—No he matado a nadie —dije.

A veces, se ve uno obligado a mentir para salir del paso. Un chico debe tener mucho más respeto por su padre. Pero esto también era algo de locos... hablar uno consigo mismo. Elevé la voz, de modo que pudiera escucharme a través del panel de fibra.

—¡No he matado a nadie! —oí que decía mi propia voz..., en lugar de repetirlo... Me había grabado y ya no tenía que repetirlo.

Ted lo estaba pasando bien allá adentro, trabajando en su panel de instrumentos... en sus artilugios electrónicos; un muchacho muy listo.

—Me marchó —dijo su madre en la grabadora, y pude escuchar la risa de Ted al fondo...

No le había escuchado reírse así durante muchos años. Siempre solía reírse así cuando estaba histérico.

—Me echarás de menos cuando me haya ido...

Resultaba algo endemoniado tener que decirle aquello a un muchacho, especialmente cuando uno estaba borracho... Todo el mundo cree lo que

dicen los borrachos.

—Sí, me echarás de menos —siguió diciendo la voz ebria una y otra vez —, me echarás de menos cuando me haya ido...

Bueno, ella siempre fue de ese tipo de mujeres que suelen sentir lástima de sí mismas... Pero eso no tenía nada que ver con la forma en que él estaba manteniendo ahora aquella maldita máquina en el aire. Estaba haciendo algo con electroimanes... Eso era, lo conseguía a base de electroimanes...

Desconecté la corriente. Si no hay electricidad, no hay electroimanes. Pero cuando mis ojos se acostumbraron a la oscuridad... allí estaba él, suspendido en el aire, oscilando con suavidad.

Le di un golpe a la máquina con la mano y sentí un picor... no como consecuencia de la electricidad, sino porque le había pegado demasiado fuerte. Y aquello siguió colgado allí... flotando allí... con mi hijo en su interior.

—No temas —me dijo mi hijo.

Bueno, la verdad es que no resulta agradable que un chico de doce años le diga a uno que no tenga miedo, y mucho menos cuando se trata de su propio hijo.

Me preguntaba cuándo iría a reproducir alguna de aquellas imbecilidades dichas por mí.

—Estoy escuchando —dije, estúpidamente. ¿Qué otra cosa podía haber dicho?

—Te informo —me dijo, con bastante calma.

Le encantaba aquella jerga... la jerga del espacio.

—Aquí Chris Craft, del centro de Houston.

A todos los chicos les encanta eso.

LO INESPERADO. — Rayos X, energía nuclear, relojes atómicos, fotografía, relatividad, efecto Mossbauer, carbono-14, cinturones Van Allen, detección de planetas invisibles...

Sus letreros brillaban en la oscuridad.

LO ESPERADO. — **Automóviles, máquinas voladoras (Da Vinci), máquinas de vapor, submarinos, robots, rayos de la muerte, vida artificial, telepatía, inmortalidad...**

Todo lo que tenía que hacer por la noche era abrir los ojos para poder leerlos con toda facilidad.

ANTIGRAVEDAD. — **¿Es «estrictamente para las aves»?**

—¿De dónde has sacado tu traje espacial? —le pregunté estúpidamente. ¿Pero cómo se puede conversar en tales circunstancias?

—No temas —volvió a decir.

—Eso no es lo que te he preguntado —dije—. Te he preguntado dónde conseguiste ese maldito traje...

—No lo sé todo —dijo, con gran serenidad, aunque creo que le hice sobresaltarse.

—Voy a tirarme al río Ohio —gritó la voz de su madre beoda en la cinta; muy divertido... porque vivíamos en Nueva Jersey.

Pero ella se había criado en Cincinnati.

—Voy a bajar y voy a tirarme al río Ohio...

Los borrachos siempre repiten lo que dicen. Y aún podía seguir escuchando a Ted al fondo, aunque había dejado de reír.

—No —dijo, como siempre dice cuando está enfadado, de modo que tiene uno que escuchar con gran cuidado para oírle.

—¡Cristo! ¡Qué desastre...!

Eso tuvo que haber sido después... Uno de los policías... porque los conductores de ambulancias no reaccionan de ese modo, ellos están acostumbrados. Podía uno escuchar sus lentos pasos, pesados, sobre el suelo... Ella había caído justo fuera del cuarto de baño, donde no había alfombra... Siempre quisimos comprar una alfombra que llegara hasta la misma puerta del baño para poder tener los pies calientes en invierno.

—Cubridla...

Al igual que todas las mujeres, ella se había envenenado...; pero lo que

no te dijeron es que todo el interior sale al exterior con esa sustancia tan corrosiva... Pero la perforación ya es inevitable y uno no puede hacer nada.

—Adiós, mamá...

Se comportó como un verdadero caballero... Ayudó a transportar el ataúd y después, situado delante de la tumba, dijo:

—Adiós, mamá...

Bueno, me sentí contento al darme cuenta de que aún le quedaban sentimientos por la vieja —no se sentía atraído por la religión ni por nada de eso—, así es que no pensó que ella se iba a quedar flotando en el limbo para siempre, porque se tomó el veneno o algo...

Sólo Dios sabe qué más cosas podía tener en aquella cinta... Aquel pequeño magnetófono cabía perfectamente en uno de sus bolsillos, donde nadie podía verlo... Un espía. Por aquellos tiempos, todos los chicos creían ser espías, y cuando no, creían ser astronautas... ¿O incluso cosmonautas? Nunca se sabía con los chicos de aquellos días. Quizá se identificaba con la Madre Rusia.

—¿Camarada...? —dije.

Quizá aquello le impresionara.

—*Das vidanya* —insistí.

Serví en un transporte durante la Segunda Guerra Mundial y allí recogimos a un pequeño ruso... en la ruta de Murmansk.

—*Dnepropetrovsk!*

Pero aquel maldito artilugio seguía suspendido allí, oscilando a la media luz. De su panel de instrumentos procedía un brillo... y cuando caminé alrededor de la máquina, ésta se fue girando suavemente conmigo... y nunca pude ver con precisión qué era lo que él estaba haciendo allí dentro con sus manos.

—Está bien, padre —dijo él.

Y ahora me llamaba *padre*... Pensé que estaba creciendo, así era... con el tiempo.

—Y ahora, tengo que irme... —dijo mi hijo.

(Conseguir un cuchillo o algo y sacarlo de allí antes de que pudiera suceder nada malo.)

—Y no tienes que intentar detenerme...

Estaba hablando muy correctamente para ser un niño.

—Ir, ¿adónde? —pregunté, estúpidamente.

—Lo sabré cuando haya llegado allí...

En este mundo han ocurrido cosas peores... Tenía que decírmelo a mí mismo una y otra vez: en este mundo han ocurrido cosas peores. Ted había dicho que el tiempo transcurre hacia atrás, así como hacia adelante, de modo que el futuro ya existe. Mientras, le observaba, colgado allí... mirando fijamente ante sí.

EL CUBO.

(El letrero brillaba sobre la pared.)

... Un ortoedro perfectamente configurado, de hierro y níquel meteoríticos, de 7,5 por 5 centímetros, duro como el acero, pulimentado, con un surco geométrico artificial circundándolo..., un bloque sólido de carbón terciario formado hace 300.000 años en Austria, 273.000 años antes de que el hombre pudiera disponer de herramientas...

Ted seguía mirando fijamente.

EL HILO DORADO.

(La máquina apuntaba hacia ellos como una estrella polar.)

... Empotrado en el mismo centro de piedra de una cantera de roca, en Inglaterra; el hilo dorado tiene 60.000.000 de años de antigüedad, y fue creado a mano o a máquina 59.000.000 años antes de que el hombre apareciera sobre la Tierra...

(No había un tercer letrero.)

Y con esto, moviéndose cautamente pero con suavidad y definitivamente, él empezó a extenderse en el interior de la nave espacial, girando el cascarón hasta abrirlo. Estuve a punto de ir a encender las luces, pero no fue necesario... porque con la cápsula abierta quedó inundada de luz,

reflejándola desde su panel de instrumentos. Su traje era plateado y tenía todo el aspecto de ser algo muy real... verdaderamente profesional... cuando él se deslizó en el aire.

Dios mío... Estaba flotando...

—Adiós, padre...

Dios mío... Se estaba marchando...

—¡No puedes hacer eso! —dije, y creo que estaba gritando.

Mientras él flotaba suavemente en el aire, como un hombre del espacio, moviéndose libre pero lentamente y siempre hacia la puerta, observé un pequeño instrumento en su mano que bombeaba el aire hacia atrás, como una vejiga. Ahora había abierto la puerta, su puerta de entrada privada. (Tuve miedo de concederle tanta libertad a una edad tan temprana, pero, ¡qué demonios!, soy una persona tolerante.)

—Te veré... —su voz, amortiguada, se iba haciendo cada vez más débil a medida que se alejaba.

—¡Espera! —le grité—. ¡Me marcho contigo!

—No... —la voz fue aún más débil cuando corrí hacia él y me agarré a su pierna en el momento en que él salía a la noche.

¡Cristo! La gente que estuviera observando el cielo de Nueva Jersey iba a ver muchas cosas aquella noche...

Me desabroché el cinturón y me sujeté a mi hijo con él. Estábamos flotando libremente y poco a poco íbamos cobrando velocidad. Soy bastante fuerte, así es que até el cinturón bastante bien, sólidamente. No podía perder a mi hijo en aquellos momentos.

—Es demasiado tarde...

De algún modo, la voz parecía aún más débil, aunque yo estaba fuertemente atado a él, balanceándome de una de sus piernas. Fuéramos adonde fuésemos, iríamos juntos...

—Adiós, padre... —me dijo, inclinándose hacia abajo y desatándose.

(Podría haber sido mucho peor. Sólo estábamos a poco más de 15 metros de altura... Podría haber esperado hasta estar a 45 metros o más, para

hacerme lo mismo que yo le hice a su madre. Pero no esperó... Siempre fue un buen chico.)

¡Aquellos malditos equipos!

EL TÚNEL

Alice Glasser

La consigna era «despoblación sin discriminación». Y allí estaba el túnel...

El suelo del topolino estaba lleno de arena. También había arena en los calzoncillos de Tom, y la arena húmeda le rozaba entre los dedos de los pies, «maldita sea —pensó—, construyen autopistas de seis carriles que van directas a la playa, y un gigantesco dispositivo giratorio con capacidad para trescientos coches, con objeto de que el tráfico siga avanzando sobre la playa. Todo es eficacia y organización, mecanización y cooperación, ¿y qué es lo que consigue uno? Arena. En el interior del coche, y a pesar del aire acondicionado, se nota el agrio olor del agua salina secada por el sol.»

Los músculos de Tom empezaron a dolerle con aquellos calambres tan familiares. Apoyó inútilmente sus manos sobre el volante, deseando poder hacer algo, o que hubiera espacio suficiente para estirarse un poco en aquel diminuto coche. Pero inmediatamente se sintió avergonzado de su deseo antisocial. Naturalmente, no tenía nada que hacer puesto que la conducción, al igual que sucedía en todas las autopistas, había sido puesta en el dispositivo «automático». Así era la ley. Y aunque tenía que estar sentado, encogido, de tal modo que sus rodillas estaban dobladas hasta llegarle cerca del mentón, y que el techo del coche le apretaba hacia abajo, casi sobre su nuca como si fuera la tapadera de una caja, y aunque sus cuatro hijos, apretados en el asiento trasero, parecían respirar sobre el cuello de su camisa... bueno, resultaba que aquello era algo a lo que uno simplemente tenía que adaptarse, y, por otra parte, el topolino tenía el metro y medio de base que permitía la ley. Así es que no había nada de que quejarse.

Por otro lado, no había sido un mal día, si se tenían en cuenta todas las circunstancias. Cinco horas para recorrer los sesenta kilómetros que les separaban de la playa. Después, desde luego, un par de horas esperando en la

cola, ya en la playa, a que les llegara el turno para poder bañarse. El viaje de vuelta a casa les costaba un poco más. Siempre ocurría lo mismo. En cuanto al túnel, siempre era algo impredecible. Podían estar de regreso en casa a las diez. Buena hora. Una forma tan buena como cualquier otra para matar un día de descanso. Así lo suponía, al menos. A veces parecía como si dispusieran de una terrible cantidad de tiempo libre que matar.

Jeannie, sentada junto a él, miraba a través del parabrisas. Su pelo, casi tan bonito como el de los niños, estaba echado hacia atrás, en pequeñas trenzas, y aunque volvía a estar embarazada no parecía mucho más vieja que diez años atrás. Pero había dejado de hacer labor de punto y su mente sólo estaba pensando de nuevo en el túnel. Él siempre lo podía adivinar.

¡Paf! Algo pegó sobre la nuca de Tom, que se inclinó mucho más hacia adelante, golpeando su frente contra el parabrisas.

—¡Eh!

Se giró a medias y observó la pala de playa que blandía Pattie, su hija de cuatro años.

—He nadado —anunció la pequeña, con sus redondos ojos azules—. He nadado bien y no molesté a ninguno.

—A nadie —corrigió Tom.

Le quitó la pala, pensando cansadamente que «nadar» en aquellos tiempos significaba «agua ya utilizada». Era todo lo que se podía hacer en aquella abarrotada zona de baño.

Jeannie también se había vuelto y miraba a su hija con los ojos muy brillantes, pero Tom sacudió su cabeza.

—Olvídalo —dijo él brevemente.

Sabía que un paseo en coche suponía una tensión extra para los chicos. Y Dios sabía lo raramente que les veía y lo que sucedía con los largos desplazamientos de ellos a la escuela y a sus lugares de juego, y de él al trabajo. Pero sus hijos serían educados adecuadamente. En cuanto veía en ellos una señal de extraversión, la aplastaba desde el principio. Esa era su teoría. Eso les ahorraría más tarde muchos dolores.

Jeannie se inclinó hacia adelante y pulsó uno de los botones del tablero de mandos. Se abrió así el cajón tranquilizador. Jeannie seleccionó una píldora

de color rosado pero cuando la encontró Pattie ya se había calmado, dejando las manos pacientemente dobladas sobre su regazo, y con los ojos fijos en la pantalla de televisión del asiento trasero. De todos modos, Jeannie suspiró y deslizó la píldora en la entreabierta boca de Pattie.

Los otros tres no habían dicho una sola palabra en varias horas, lo que, desde luego, era como tenía que ser. Jeannie les había alimentado a propósito con una comida muy pesada, tomada en el mismo coche: filete de ternera hinchado y un cuenco caliente y humeante de sopa de algas rehidratadas que sacó del termo. Todos ellos recibieron una dosis extra de tranquilizantes para el viaje de regreso. David, de seis años, ,que estaba pasando una época especialmente mala al tener que aprender a introvertirse, observaba la pantalla de televisión y respiraba con dificultad. David, su primer hijo nacido, llegó al mundo en el puesto de compra del supermercado, en el año dos mil cien, el 3 de abril, a las 8.32 de la mañana. Fue el año en el que la población de Estados Unidos alcanzó la cota de los mil millones. Y fue el quinto niño que nació en el puesto aquella mañana. Pero era su propio hijo. Las mellizas Susan y Pattie estaban sentadas en vertical y observaban la pantalla con una expresión de gran seriedad en sus rostros, mientras que Betsy, la niña de dos años, había extendido frente a ella sus gruesas piernecitas y, evidentemente, se quedaría dormida al cabo de pocos minutos.

El coche avanzaba a marcha lenta, a los permitidos quince kilómetros por hora. Era como una burbuja más, idéntica a otras muchas, como pequeños botones que se arrastraban lentamente a lo largo de la autopista Nueva Pulaski, bajo el sol poniente. La distancia entre ellos, estrictamente controlada por el autoconductor, nunca variaba.

Tom sintió como el sombrío dolor de la tensión se aposentaba detrás de sus ojos. Ahora, cada uno de sus músculos estaba protestando por medio de calambres individuales. Miró como pidiendo disculpas a Jeannie, a quien no le gustaban los deportes, y puso en marcha la televisión del tablero de instrumentos. El tercer juego de las series mundiales, y ya había empezado. Malenkovsky, de rojo. Malenkovsky movió una ficha y se arrellanó en su asiento. Las cámaras giraron hacia Saito, de negro. Iba a ser una buena partida. Más rápida que la mayor parte de ellas.

Estaban a menos de un kilómetro del túnel cuando la línea de coches se detuvo. Tom no dijo nada durante un minuto. Podía tratarse simplemente de un accidente, e incluso de alguien que estuviera conduciendo ilegalmente de modo manual, o que se hubiera salido del carril. Pasó otro minuto. Las manos de Jeannie estaban posadas tensamente sobre la manta amarilla que estaba tejiendo.

Se trataba de una detención definitiva. Jeannie observó las hileras inmóviles de coches y frunció un poco el ceño.

—Me alegro de que esté sucediendo ahora. Eso nos proporciona una mejor oportunidad de pasar, ¿no crees?

Su pregunta era retórica, y Tom volvió a percibir su sensación normal de irritación. Jeannie era una mujer inteligente; de otro modo no podría haberla querido tanto. Pero era inútil explicarle las leyes de la probabilidad. El túnel se cerraba diez veces a la semana por término medio. Y cada una de aquellas diez veces podía suceder en el espacio de pocos segundos con respecto a la anterior, o al cabo de una hora, o no suceder en todo un día. Así eran las cosas. El hecho de que ahora se hubiera cerrado no afectaba para nada a sus posibilidades de pasar.

Jeannie dijo pensativamente:

—Quedaremos atrapados alguna vez, Tom.

Él se encogió de hombros, sin responder. Ocurriera lo que ocurriese en el futuro, no cabía la menor duda de que ahora les quedaba por lo menos una buena media hora.

David se agitó un poco, con una expresión en su rostro con la que parecía querer pedir disculpas.

—Si el túnel está cerrado ahora, ¿puedo salir un momento, papá? Me duele.

Tom apretó los labios. Podía sentir simpatía por él, como cualquier otro, sobre todo al recordar la tortura de los calambres durante aquellos años en los que su cuerpo estaba creciendo y todo lo que deseaba era echar a correr, simplemente correr, hacia cualquier parte. Chicos. Todos eran unos extrovertidos. Quizá en el siglo XX pudiera uno dejarse llevar por aquella salvaje sensación, cuando no había multitudes y se disponía de mucho

espacio, pero eso era algo imposible en estos días. David tendría que aprender a quedarse quieto, como todos los demás.

David había empezado a flexionar sus músculos rítmicamente. Ejercicio pasivo. Así se le llamaba. Se trataba de uno de los seudodeportes que no requerían espacio alguno, y era enseñado a los niños, de un modo muy científico, en sus lugares de recreo. Tom miró a su hijo con envidia. Era una gran cosa poder desahogarse de aquel modo. No tenía ninguna necesidad de hacer cola para obtener su ración de tiempo gimnástico, pues de ese modo sólo se dependía de uno mismo.

—Papá, no estoy bromeando. Ahora tengo que salir.

David se volvió a agitar en su asiento. Bueno, aquello parecía válido. Tom miró a través del parabrisas. Los miles de vehículos que veía continuaban inmóviles, así es que terminó por abrir la portezuela. Por suerte había una casamata a pocos metros de distancia y muy poca gente haciendo cola frente a ella. David se deslizó con rapidez fuera del coche. Tom le observó extender los brazos sobre su cabeza, sobresalir del techo bajo y después, recordando cuál debía ser el comportamiento decente y riguroso, echar a andar de un modo introvertido.

«Se está haciendo alto», pensó Tom, con un repentino acceso de impotencia.

Rogaba para que David heredara la altura de Jeannie, en lugar de su metro ochenta. Cuanto más espacio se ocupa, tanto más difíciles resultan las cosas, y todo se ponía cada vez peor. Tom ya se había dado cuenta de que, a veces, le gente le miraba con cierto resentimiento en la calle.

Había una familia italiana en el topolino azul situado inmediatamente detrás de ellos; su vehículo también estaba lleno de niños. Dos de los chicos, viendo a David haciendo cola frente a la casamata, salieron del vehículo y se pusieron en la cola, detrás de él. Su padre estaba haciendo muecas. Tom se dio cuenta de que le observaba, y miró hacia otra parte. Recordó haberles visto pasarse una gran botella de agua de marca, muy cara, bebiendo todos de ella como si el agua fuera algo que creciera en los árboles. Toda aquella familia estaba compuesta por extrovertidos. Era algo casi criminal la forma en que se permitía a la gente comportarse de un modo tan descuidado,

aumentando así la incomodidad de todos los demás. Ahora, el padre también abandonó el coche. Tenía el pelo rizado y negro, y su aspecto era rechoncho. Cuando vio que Tom le observaba, sonrió ampliamente haciendo un ademán hacia el túnel y elevó los hombros en una especie de resignación llena de humor.

Tom tamborileó con los dedos sobre el volante. Los extrovertidos tenían mucha suerte. Nunca se les podía sorprender preocupándose impacientemente por la cuestión del túnel. Tenían que sacar a los niños de la ciudad, al menos de vez en cuando, como todos los demás. El túnel era el único camino para salir y entrar, así es que se encogían de hombros y lo aceptaban. Por otra parte, había ahora tantas reglas y regulaciones que ya resultaba muy difícil cuestionarlas. No se podía luchar contra el Ayuntamiento. Los extrovertidos nunca sentirían terror ante el viaje, al menos en la forma en que lo sentía Jeannie, ni... Los dedos de Tom se quedaron rígidos sobre el volante. Reprimió con dureza el pensamiento que acababa de surgir en su mente. Había estado a punto de decirse a sí mismo *lo necesitaban*.

David salió de la casamata y regresó a su asiento. Los vehículos empezaron a ponerse en movimiento; en un momento reanudaron su lento avance.

A la izquierda de la autopista se acercaban a la urbanización que, humorísticamente, llamaban «Montaña de la Lata de Cerveza». Por ahora no había nada, excepto los montones de brillantes ladrillos, los ladrillos metálicos que una vez fueron botes de estaño, y que no tardarían en ser incluidos en la construcción de otra urbanización, tan urgentemente necesitada. Probablemente, ésta la harían con techos más bajos y paredes más delgadas. Tom se estremeció involuntariamente. Incluso en su propia casa, situada en un antiguo sector residencial, los techos ya eran tan bajos que nunca podía ponerse de pie sin verse obligado a inclinar la cabeza. El espacio individual estaba siendo recortado cada vez más.

Sobre la llanura situada a la derecha de la autopista, kilómetro tras kilómetro, se extendían los bloques de apartamentos, salpicados de estaciones de gasolina y aparcamientos. Y tras aquella llanura se encontraban los suburbios de Long Island, festoneados de rascacielos de colores alegres y con

el suelo de cemento.

A medida que se aproximaban a la ciudad, el aire se ensordecía cada vez más con el ruido de los transistores y los aparatos de televisión. La intimidad y la quietud habían desaparecido de todas partes, claro está, pero aquélla era una unidad de clase baja, y resultaba tan ruidosa que el estrépito penetraba incluso a través de las cerradas ventanillas del vehículo. Los inmensos edificios de apartamentos, bloques de cemento y luces de neón, llegaban casi hasta el mismo borde de la autopista, con rampas entre ellos a todos los niveles. Las rampas, construidas originariamente para los vehículos, estaban plagadas ahora de gente que regresaba de su rutinario trabajo, o de hacer la compra, o de las interminables ocupaciones del tiempo libre. Todos parecían muy apáticos. Así lo pensó Tom. No se les podía culpar de nada. Había tanta seguridad que, en el fondo, ninguno de los trabajos que realizaba la gente era realmente necesario, y todos ellos lo sabían. Probablemente, sus trabajos serían incluso mucho más monótonos y fútiles que el suyo. Todo lo que hacía en su trabajo era verificar cifras en un libro mayor y copiarlas en otro libro mayor. Era cosa de matar el tiempo, como cualquier otra persona.

Pero, mientras les miraba, observó una rápida pelea en la multitud, una repentina y breve explosión de violencia. El zapato de un hombre había pegado contra el tobillo de la mujer que andaba delante de él; ella se volvió y elevó su cesto de la compra, estrellándolo contra el rostro del hombre. Entonces, él le pegó un puñetazo en el estómago. Ella le dio un puntapié. Un hombre que estaba detrás de ellos, con la cara crispada, se interpuso entre ellos para seguir su camino. La pareja se separó, refunfuñando entre dientes. A su alrededor, otros grupos de gente estaban empezando a refunfuñar. La irritación se estaba extendiendo, como solía suceder de vez en cuando, como si nadie quisiera otra cosa que hallar una oportunidad para empezar a repartir golpes a un lado y a otro.

Jeannie también había observado la explosión de violencia. Jadeó un momento y apartó la vista de la ventanilla, mirando rápidamente hacia atrás, donde estaban los niños, que ahora ya se habían dormido. Tom acarició suavemente uno de sus tirabuzones.

La silueta de la ciudad fue apareciendo ante ellos. Era el vasto cubo

unificado de paredes de cristal de Manhattan. La puesta de sol hacía que los rayos se reflejaran desde allí. Las manchas de follajes, representadas por los jardines-bloque cuidadosamente planificados, uno por cada uno de los niveles de los noventa y ocho pisos de la ciudad, brillaban con un color verde oscuro. Tom bendijo, como siempre hacía, la previsión de quien los había hecho poner allí. A cada uno de sus hijos se le había permitido pasar su hora semanal sobre la hierba, disponiendo así de una buena oportunidad para jugar cerca del árbol. Había incluso un zoo en cada nivel. No era la clase de complicado zoo que tenían en Washington, en Londres o en Moscú, pero disponía al menos de un gato, un perro y un gran tanque de agua con peces. Lujos como aquél casi le hacía a uno olvidarse de las multitudes y de los ruidos y de las diminutas habitaciones y de la sensación de que nunca había bastante aire para respirar.

Estaban ya justo ante el túnel. Jeannie había dejado la labor de punto y miraba intensamente hacia adelante, pero más bien como si tratara de escuchar, antes que de ver. A pesar de sus propios argumentos, Tom se dio cuenta de que sus dedos tamborileaban con un ruido sordo sobre el tablero de instrumentos. En la pantalla de televisión Malenkovsky movió triunfalmente un rey.

Habían llegado a la entrada del túnel. Jeannie estaba en silencio. Miró su reloj, de un modo bastante irracional. Tom apretó el botón del cajón tranquilizador, que surgió ante ellos, pero Jeannie sacudió la cabeza negativamente.

—Odio esto, Tom. Creo que es una idea absolutamente *asquerosa*.

Su voz tenía un tono casi violento y Tom se sintió un poco impresionado.

—Es lo mejor que se puede hacer —argumentó—, y lo sabes perfectamente.

La boca de Jeannie se había cerrado, formando con sus labios una línea de resolución.

—No me importa. Tiene que haber otra forma.

—Esta es la única forma de hacerlo bien —volvió a decir Tom—. De este modo tenemos nuestras posibilidades, como cualquier otra persona.

Su propio corazón latía ahora con fuerza y sintió frío en las manos. Esa

era siempre la sensación que tenía cada vez que entraba en el túnel, y nunca había decidido si se trataba de miedo o de alegría, o de ambas cosas mezcladas. Hacía ya mucho tiempo que no se molestaba en planteárselo. Echó un vistazo a los niños, en el asiento trasero. David volvía a ver la televisión y se estaba mordiendo las uñas. Los otros tres pequeños seguían durmiendo, semiincorporados, como se les había enseñado a estar, con las manos adecuadamente dobladas sobre su regazo. Eran como tres pequeños ratoncillos ciegos.

El túnel producía un extraño eco y hacía frío en su interior. La luz blanca surgía de las paredes llenas de azulejos blancos, siempre tan limpios y pulidos y tan herméticos. El viento pasaba a lo largo del túnel, sonando como si el vehículo se estuviera moviendo con mayor rapidez de la que en realidad desarrollaba. La familia italiana todavía estaba tras ellos, siguiéndoles a una velocidad constante. Enormes ventiladores colgaban del techo del túnel; su rugido reverberaba sobre el rugido de las gigantescas e invisibles unidades de aire acondicionado, sobre la lenta marcha de los coches en movimiento.

Jeannie había dejado caer su cabeza hacia atrás, sobre el asiento, como si estuvieran durmiendo. Los vehículos se detuvieron un instante, pero no tardaron en ponerse en marcha de nuevo. Tom se preguntó si Jeannie estaría sintiendo la misma y vivida emoción que él sentía. Entonces, miró la línea de su boca, y observó que el miedo se reflejaba en ella.

El túnel tenía poco más de 2.500 metros de longitud. Cada vehículo ocupaba un espacio de poco más de dos metros, y la distancia permitida entre uno y otro era de un metro y medio. Aquello significaba unos setecientos vehículos en el túnel, o sea poco más de tres mil personas al mismo tiempo. Cada vehículo tardaba aproximadamente unos quince minutos en pasar el túnel. Ahora, su coche estaba a medio camino.

Ya habían recorrido las tres cuartas partes. En la pasarela que había bajo el techo del túnel se encendieron las señales luminosas automáticas. El pie de Tom se movió hacia el pedal del acelerador antes de recordar que el coche avanzaba por piloto automático. Fue un gesto impulsivo. Sus manos y sus pies estaban ansiando hacer algo. Por un minuto, su cuerpo deseó controlar la dirección del paso decisivo. Aquella era la forma en que siempre se sentía

cuando se encontraba en el interior del túnel.

Ya casi habían pasado. Sintió como si numerosas y diminutas hormigas estuvieran corriendo por su cuero cabelludo. Movi6 los dedos de los pies, notando c6mo la arena que habfa entre ellos le raspaba los nervios. Podfa ver ahora el lejano final del t6nel. Quiz6 dos minutos m6s. Un minuto.

Volvieron a detenerse. Uno de los coches, all6 adelante, se desvi6 del carril para buscar la salida de la derecha. Una vez fuera del t6nel ya era legal cambiar a la conducci6n manual, pues era necesario elegir la salida de la derecha, de entre otras diez, y todas ellas muy f6ciles de hallar por uno mismo hasta llegar al nivel m6ximo de la Unidad Manhattan, antes de encontrar un lugar donde detenerse.

La mano de Tom volvi6 a tamborilear sobre el volante. El disidente de all6 adelante habfa vuelto al carril. Todos empezaron a moverse de nuevo. Cogieron velocidad. Acababan de salir del t6nel.

Jeannie recogió su labor de punto y la sacudi6 con fuerza. Despu6s la dej6 caer, como si s6lo hubiera servido para ejercitar sus dedos. Sobre sus cabezas estaba sonando una campana, no demasiado fuerte, pero sfa con claridad. Justo detras de su parachoques trasero se cerr6 una puerta con suavidad.

Jeannie se volvi6, mirando hacia atr6s, hacia el espacio donde antes habfa estado el coche de la familia italiana y el de otros muchos. Ahora no quedaba all6 ning6n coche. Se volvi6 hacia adelante, mirando fijamente y muy p6lida a trav6s del parabrisas.

Tom estaba calculando. Dos minutos para que actuara el gas caído del techo. Despu6s, los setecientos coches atrapados en el t6nel serfan recogidos y vaciados. Eso tardarfa otros diez minutos. Se preguntaba cu6nto tardarfan los gigantescos ventiladores en eliminar por completo el gas cianhídrico.

«Despoblaci6n sin discriminaci6n», fue como llamaron al programa en 6poca de elecciones. Nadie habrfa admitido nunca haber votado por este programa, pero casi todo el mundo lo hizo. Cuando se hablaba en voz alta, habfa que racionalizar las cosas. Era la mejor forma de hacer algo que resultaba necesario. Pero en los rincones secretos de la mente se sabfa que se trataba de algo m6s que de aquello. Era un juego; era el 6nico elemento

imprevisible en el largo y aburrido proceso de la supervivencia. Un juego. La ruleta rusa. ¿Un juego que se jugaba para ganar? ¿O quizá para perder? La contestación no importaba porque, en el fondo, pasar por el túnel resultaba una excitación. La única excitación que aún quedaba.

De repente, Tom se sintió notablemente despierto. Cambió a conducción manual y dirigió el morro redondeado del topolino hacia la salida del cuarto nivel.

Empezó a silbar entre los dientes.

—¿De nuevo a la playa la semana que viene, querida?

Los ojos de Jeannie estaban fijos en su rostro. Defensivamente, Tom añadió:

—Es bueno para todos nosotros. Salir de la ciudad, tomar un poco de aire fresco de vez en cuando...

Le dio un ligero codazo y le acarició suavemente el pelo, con afecto.

LA LÁMPARA

L. Sprague de Camp

Durante su estancia en Nueva York, en 1926, Lovecraft proyectó escribir un relato sobre el tema de la lámpara de la Atlántida, pero nunca llegó a hacerlo. Sprague de Camp nos ofrece aquí su propio desarrollo de la idea, probablemente muy distinto a lo que hubiera hecho HPL, pero en cualquier caso inquietante.

Me detuve en el garaje de Bill Bugby, en Gahato, e hice que el joven Bugby me condujera hasta el embarcadero de la presa. Allí encontré a Mike Devlin, esperándome en una canoa de aluminio con motor fuera de borda.

—¡Hola, Mike! —saludé—. Soy Wilson Newbury. ¿Me recuerda?

Arrojé mis cosas al bote, bajando la maleta con mucho cuidado para no dañar la caja que llevaba en ella.

—¡Hola, señor Wilbury! —me saludó Mike—. Claro que le recuerdo.

Parecía el mismo de siempre, aunque las arrugas de su rostro moreno eran un poco más profundas y su ensortijado pelo un poco más gris. Vestido al estilo de los antiguos madereros, llevaba una gruesa camisa de franela, un suéter, una vieja chaqueta y un sombrero, aunque el día era caluroso.

—¿Ha traído consigo aquella cosa?

Hice que el coche regresara al garaje de Bugby, hasta que volviera a necesitarlo, y subí al bote.

—¿Se refiere a lo que Ten Eyck deseaba que trajera? —pregunté.

—A eso me refiero, señor —afirmó Mike, poniendo en marcha el motor, de modo que tuvimos que empezar a gritar.

—Está en la gran maleta —dije—, así es que lleve cuidado no vayamos a encallar ahora. Después de haber traído esa cosa desde Europa y haber tenido pesadillas durante todo el viaje, no me gustaría que terminara en el fondo del lago Lower.

—Llevaré cuidado, señor Newbury —dijo Mike, dirigiendo el bote por el tortuoso curso del canal—. ¿Pero qué es esa cosa?

—Es una lámpara antigua. Me hizo recogerla en París a un personaje con quien se había estado escribiendo.

—¡Ah, ya! El señor Ten Eyck siempre está comprando cosas raras. Después de sus problemas, eso es casi lo único en que parece estar interesado.

—He oído decir que Al se ha casado, ¿es cierto? —pregunté.

—¡Claro! ¿No lo sabía usted?

Aunque nacido y educado en el Canadá, el acento de Mike seguía sonando más irlandés que el de la mayor parte de nativos irlandeses. Probablemente el pequeño pueblo donde naciera, en Nueva Escocia, fuera una comunidad predominantemente irlandesa-canadiense.

—Se casó con la chica Camaret... la hija de ese gran maderero —Mike entrecerró sus ojos azules, tratando de agudizar su visión y buscando el canal que se extendía ante nosotros, tratando de descubrir los troncos hundidos—. ¿Recuerda usted cuando era una niña y la maestra de Gahato preguntó a todos los niños lo que querían ser cuando fueran mayores? Ella dijo: «Quiero ser una prostituta.» Aquello armó un gran revuelo en toda la clase, vaya si lo armó.

—Y bien, ¿qué ha ocurrido? Lo que ha impulsado a Al...

—Supongo que él quería un ama de casa y una cocinera fornida y acostumbrada a trabajar, y se imaginó que ella quedaría tan encantada al casarse con un caballero, que haría todo lo que él deseara. Pero Melusine Camaret es una bonita pieza caliente... siempre lo ha sido. El señor Ten Eyck no la pudo calmar ni por la noche ni por la mañana, y ella terminó por marcharse con el joven Larochelle. Ya sabe, el hijo del capataz de Pringle.

Una gran garza azul, molesta por el ruido del motor, salió volando del canal. Mike preguntó:

—¿Qué tal le ha ido en el ejército, señor Newbury?

—Me he limitado a hacer funcionar un despacho —dije, encogiéndome de hombros—. Nadie se preocupó de dispararme. A veces pienso que tuve mucha suerte de que la guerra terminara cuando lo hizo, antes de que se dieran cuenta del inútil a quien metieron en un uniforme de oficial.

—¡Ah, seguro que usted siempre fue el más modesto!

El canal terminó por abrirse, dando paso al lago Lower, rodeado por los riscos graníticos de los Adirondacks, espesamente poblados de árboles de

hoja caduca y perenne, la mayor parte de ellos arces y pinos. De vez en cuando, un cortafuegos o un paraje rocoso aparecían entre el bosque. La mayor parte de la madera comercial había sido cortada a principios de siglo, ocupando su lugar árboles de segundo nacimiento. Sin embargo, la escasez propia de la posguerra hizo que fuera oportuno cortar troncos cuyo transporte no hubiera sido provechoso pocos años antes. Aunque una gran parte de los alrededores fueron incluidos en los terrenos del Parque Estatal de los Adirondacks, por lo que su madera ya no podía ser aprovechada, aún quedaba terreno suficiente en manos privadas para seguir manteniendo en funcionamiento los camiones de transporte y las sierras del aserradero de Dan Pringle en Gahato.

Cruzamos el lago Lower hacia la isla de Ten Eyck, que separa el lago Lower del Superior. En el mapa, los dos lagos forman la figura de un reloj de arena, con la isla taponando la unión entre ambos.

Alfred Ten Eyck, vestido con pantalones y camisa caqui, llegó al muelle, gritando:

—¡Willy!

Su apretón de manos fue rápido y nervioso, con una fuerza que no había esperado.

Intercambiamos las observaciones usuales sobre el hecho de que ninguno había cambiado nada desde la última vez que nos vimos, aunque por mi parte no se lo dije a Alfred con sinceridad. Aun cuando seguía manteniendo su figura erguida y esbelta, tenía bolsas bajo los ojos. Su cabello rojizo estaba encaneciendo, aunque, al igual que yo, estaba en la treintena.

—¿Lo has conseguido? —me preguntó.

—Sí, sí. Está en esa...

Pero él ya había cogido mi gran maleta y se dirigía hacia la vieja casa. Subió la cuesta a un paso tan vivo que casi tuve que correr para mantenerme a su altura. Cuando me vio jadear, se detuvo, esperándome. Al no encontrarme en buenas condiciones físicas, llegué hasta él con la respiración alterada.

—El mismo y viejo lugar —dije.

—Se ha estropeado un poco —dijo— desde los días en que servía para

multiplicar a amigos y parientes durante todo el verano. En aquellos días podía uno contratar la ayuda necesaria para mantenerla... pero ese Mike no hace ahora el trabajo de dos hombres.

El sendero estaba lleno de hierbas y tropecé en un apelotonamiento de ellas. Alfred me miró, haciendo una mueca.

—He hecho un pacto con la Naturaleza —me dijo—. Yo la dejo tranquila, y ella a mí también. En serio, en cuanto quieras puedes ayudarnos a limpiar los senderos. Te daré una hoz y te diré por dónde tienes que empezar. Es todo lo que se puede hacer aquí para mantenernos por delante de las fuerzas naturales de crecimiento y decadencia.

Camp Ten Eyck era una gran casa de dos pisos, construida con grandes troncos desbastados a mano, que tenía quince o dieciséis habitaciones. Junto a la puerta de entrada había una caja de herramientas, con algunas de ellas esparcidas por el suelo. Evidentemente, Mike y Alfred estaban substituyendo un par de juntas del porche que habían empezado a oxidarse.

La mayor parte de las casas que rodean los Adirondacks son de madera, porque allí la madera es relativamente barata. El clima de la zona, sin embargo, se ocupa de que una casa de madera empiece a desmoronarse casi en cuanto está terminada. Algunos de los grandes troncos que formaban los lados de Camp Ten Eyck mostraban agujeros tan grandes que se podía meter el pulgar en ellos.

Mientras recuperaba mi respiración, Alfred dijo:

—Ven, te mostraré tu habitación; pero antes, ¿tendrías la amabilidad de sacarla? Quiero verla.

—¡Oh! Está bien —asentí.

Coloqué la maleta sobre la repisa de una de aquellas antiguas ventanas que ocupan las esquinas de las salas de estar, y la abrí. Tendí la caja hacia Alfred.

—Como verás, está adecuadamente empaquetada —dije—. En cierta ocasión, mi hermana nos envió un bonito vaso antiguo desde Inglaterra, envuelto en una simple caja de cartón. Cuando lo recibí, estaba hecho pedazos.

Alfred quiso cortar los hilos con sus manos. Pero al final tuvo que coger

un formón de su caja de herramientas para levantar la tapa de madera. Después, se abrió camino por entre las virutas.

Mientras él hacía esto, miré a mi alrededor. Había las mismas pieles de ciervo en los sofás y los asientos situados junto a las ventanas, las mismas cabezas de ciervo mirando vidriosamente desde las paredes, la misma zorra y la misma lechuza disecada, la misma barandilla con pomo de plata, y los mismos líquenes, sobre cuyas superficies blancas inferiores algunos artistas aficionados habían bosquejado escenas rústicas.

Quedé sorprendido al comprobar que la gran caja frontal de cristal que contenía las pistolas estaba vacía. Tal y como lo recordaba de los años treinta, el armario contenía una gran cantidad de rifles, revólveres y pistolas, la mayor parte de ellos heredados por Alfred de su padre y de su abuelo.

—¿Qué ha sucedido con todas tus armas? —pregunté—. ¿Es que las has vendido?

—¡Maldita sea! —exclamó, mientras continuaba su tarea—. Ya conoces a ese primo mío, George Vreeland. Le alquilé el lugar durante un año y cuando regresé descubrí que había vendido la mayor parte de las armas a los *nativos*.

Alfred siempre gruñía un poco cuando decía «nativos», refiriéndose a los residentes permanentes de la zona.

—¿Y qué hiciste al respecto?

—No podía hacer nada. George se marchó antes de mi regreso y lo último que supe de él fue que estaba en California. Después, cuando me marché el último invierno, uno de nuestros «trabajadores» nocturnos locales hizo el resto, llevándose incluso mi trofeo de navegación. Sé incluso quién lo hizo.

¿Y bien?

—Y bien, ¿qué? No importa lo buenas que fueran mis pruebas, ¿crees que iba a conseguir que esos malditos *nativos* le condenaran? ¿Después de lo que me sucedió con Camaret?

—¿Qué ocurre con Camaret? No conozco esa historia.

—Bueno, ¿sabías que me había casado?

—Sí, Mike me lo mencionó.

Alfred Ten Eyck me contó brevemente su corto periodo de convivencia con Melusine Camaret. No dijo nada sobre su propia ineptitud sexual, aunque

no le puedo culpar por eso.

—Al día siguiente de que ella abandonara el gallinero —me dijo—, iba andando por la calle de Gahato, sin molestar absolutamente a nadie, cuando Big Jean se me acerca y me dice: «¡Eh! ¿Qué has hecho con mi pequeña, eh?» Y lo primero que supe fue que me dejó tendido de un puñetazo, allí mismo, en la calle.

(No era así como la gente de Gahato recordaba el suceso. Ellos dicen que Alfred le contestó: «Mira, viejo estúpido, no sé lo que te habrá dicho esa necia, pero...» Y fue entonces cuando Camaret le golpeó.)

—Bien —siguió diciendo Alfred—, cuando me recuperé conseguí una orden de detención e hice que detuvieran a Jean. Pero el jurado le absolvió, aunque la mitad del pueblo pudo ver muy bien cómo me pegó. Oí decir que si Big Jean deseaba ajustarle las cuentas a su yerno, aquello no era más que una pelea familiar que no le importaba a nadie.

(Según la versión de los habitantes de Gahato, como quiera que Jean Camaret tenía la corpulencia de un roble, cualquiera lo bastante tonto como para enfrentarse a él, a pesar de su temperamento notoriamente violento, se merecía lo que Alfred consiguió.)

Alzando un brazo para indicarme las montañas que nos rodeaban, Alfred me dijo, con los ojos brillantes:

—No pueden olvidar que, hace cincuenta años, todo lo que se podía ver desde aquí era propiedad de Ten Eyck, y que necesitaban el permiso de Ten Eyck para hacer cualquier cosa por aquí. Ahora, las propiedades de Ten Eyck se han visto reducidas a esta asquerosa e insignificante isla, aparte de unos pequeños lotes en Gahato. Pero ellos siguen odiando mi carácter.

(En realidad, varios miembros de la familia Ten Eyck siguen poseyendo parcelas de tierra en el condado de Herkimer, pero ésa es una cuestión sin importancia. Alfred no se llevaba bien con casi nadie de su familia.)

—Creo que exageras —le dije—. De todos modos, ¿por qué sigues aquí si no te sientes a gusto?

—¿Y adónde quieres que vaya, y cómo me voy a ganar la vida? ¡Estafadores! Aquí, al menos, tengo un techo sobre mi cabeza. Consigo unas pocas rentas de esas chabolas de la calle Henlock, en Gahato... cuando los

inquilinos no me las pagan contándome toda clase de historias de mala suerte... Y de vez en cuando vendo alguno de los lotes que aún me quedan. Así es como me las arreglo. Como no puedo venderlos con la rapidez suficiente para mantenerme por delante de mis gastos y hacer algunas inversiones, resulta que me estoy comiendo mi capital. Pero parece como si no pudiera elegir otra cosa. ¡Ah, aquí está!

Alfred había apartado la página de *Le Figaro* en la que estaba envuelta la lámpara. Mantuvo su tesoro ante sí.

Se trataba de una de esas cosas huecas, en forma de corazón, del tamaño de la palma de la mano, que se utilizaban como lámparas en tiempos de los griegos y romanos. Tenía un asa en forma de bulto en uno de sus extremos redondos, un gran agujero en el centro para llenarla, y un pequeño agujero para la mecha en el extremo del canalón. Cualquiera puede adquirir buen número de este tipo de lámparas en Europa y en el Cercano Oriente, pues siempre se están descubriendo y desenterrando más.

La mayor parte de esas lámparas están hechas de cerámica barata. Al menos, ésta parecía estar hecha también de cerámica. En realidad, estaba hecha con una especie de metal, pero tenía una capa de barro seco cubriéndolo. El barro se había agrietado en algunas partes, mostrando el apagado brillo del metal.

—¿De qué está hecha? —pregunté—. Ionides no parecía saberlo cuando me la entregó en París.

—No lo sé. Una especie de bronce plateado o de metal de campana, supongo. Tendremos que limpiarla para descubrirlo. Pero tenemos que ser muy cuidadosos con ella. Ya sabes que no se puede restregar una antigüedad como ésta con viruta de acero.

—Lo sé. Si tiene una capa de óxido, hay que dejarla donde está. Después, se puede meter en un tanque electrolítico, eliminar el óxido y hacer que aparezca el metal original, ¿no es eso?

—Algo parecido —contestó Alfred.

—¿Pero qué hay de notable en esta pequeña pieza? Tú no eres un arqueólogo...

—No, no, no es eso. La he adquirido por una razón. ¿Has tenido algún

sueño especial mientras me la traías?

—¡Claro que sí! ¿Pero cómo diablos lo sabías?

—Ionides me dijo que podría suceder así.

—Bien, entonces, ¿cuál es el truco? ¿A qué conduce todo esto?

Alfred volvió a mirarme fijamente con sus ojos de un gris pálido.

—Digamos simplemente que estoy harto de ser un perdedor, eso es todo.

Sabía lo que quería decir con aquello. Si la palabra «perdedor» se podía aplicar a alguien, ése era Alfred Ten Eyck. Alfred tenía la virtud opuesta a la del rey Midas. Podía convertir el oro en simple escoria limitándose a tocarlo.

El padre de Alfred murió mientras él estaba en Princeton, dejándole varios miles de acres en la zona de los Adirondacks, aunque ningún dinero con el que poder vivir. Así pues, Alfred abandonó la universidad y se trasladó al condado de Herkimer para tratar de encontrar un medio de vida negociando los terrenos. Pero, o bien le faltaba el toque correcto a sus negocios, o bien tenía la más extraordinaria racha de mala suerte. Vendió la mayor parte de los terrenos, aunque normalmente en condiciones desfavorables, a algún avisado especulador que no tardó en doblar o triplicar su dinero.

Alfred también se interesó por negocios de varias clases en Gahato. Se hizo socio, por ejemplo, de un tipo que montó un establo de caballos de carreras para la temporada turística del verano. Pero con el tiempo se descubrió que aquel tipo entendía muy poco de caballos, y que importó una cuadra de mostrencos inexpertos. Uno de sus primeros clientes fue derribado y se rompió una pierna.

Después, Alfred montó una bolera, la Iroquois Lanes, con toda la maquinaria necesaria para situar en su posición los palos después de ser derribados. Lo hizo todo correctamente y se lo vendió después con unos buenos beneficios a Morrie Kaplan. Pero Morrie tenía aún que pagarle las instalaciones. Apenas lo tenía un mes en su poder cuando se produjo un incendio y se perdió todo, y Morrie, que tampoco era un buen negociante, dejó pasar el pago de la cuota del seguro. Así pues, Morrie quedó en bancarrota, y Alfred tuvo que hacerse cargo de todo.

Después llegó la guerra. Lleno de ardor patriótico, Alfred se alistó como soldado. No tardó en enfermar de tuberculosis en el campo de entrenamiento.

Como se comenzaban a utilizar los antibióticos, pudieron curarle; pero aquello puso fin a su carrera militar. Quizá fuera mejor así, porque Alfred era la clase de persona capaz de dispararse contra un pie en lugar de tirar al blanco durante las prácticas.

—Está bien —dijo Alfred—, permíteme ahora que te muestre tu habitación. Mike y yo acabamos de limpiar todo este viejo lugar.

Una vez me hubo instalado, me dijo:

—Y ahora, ¿qué te gustaría hacer, Willy? ¿Beber? ¿Nadar? ¿Dar un paseo? ¿Pescar? ¿O simplemente tumbarnos al sol y charlar un rato?

—Lo que realmente me gustaría hacer sería dar una vuelta por ahí en uno de esos maravillosos y viejos botes guías. ¿Recuerdas cuando solíamos ir por las marismas, sacando la suciedad y observando los pequeños bichos con el microscopio?

—Ya no tengo ninguno de aquellos botes —dijo Alfred, con un suspiro.

—¿Qué ha pasado con ellos? ¿Los has vendido?

—No. ¿Recuerdas cuando estuve en el ejército? Alquilé la isla a una familia llamada Strong y entre todos ellos consiguieron accidentar y estropear todos los botes. O bien las mujeres subieron a ellos con tacones altos, pinchando el casco, o bien sus hijos los estrellaron contra las rocas.

—Y ahora ya no puedes conseguir botes como aquéllos, ¿verdad? —pregunté.

—¡Oh! Todavía quedan uno o dos viejos que los construyen durante los meses de invierno. Pero cada uno de esos botes cuesta mucho más de lo que me puedo permitir. Aparte de la canoa con motor fuera borda, sólo me queda una vieja barca de fondo plano. Podemos salir con ella.

Aquella misma tarde, pasamos un par de agradables horas en la barca. Era uno de esos raros días en los que el cielo está claro como el cristal, a excepción de unos pocos y pequeños cúmulos algodonosos. La vieja barca mostraba tendencia a navegar en círculos, en lugar de dirigirse hacia donde uno quería llevarla. Al no haber remado desde hacía años, empezaron a salirme ampollas y me vi obligado a ceder mi puesto a Alfred, cuyas manos

estaban encallecidas por el trabajo duro.

Estuvimos hablando sobre la vida que habíamos llevado cada uno. Yo le dije:

—Dime, ¿recuerdas cuando te hice saltar del muelle?

—¿Qué ocurrió con tu tío —me preguntó él—, el que tenía una casa en el lago Raquette?

—¿Cómo es que nunca te casaste con mi prima Agnes? —le pregunté—. Tú y ella parecíais estar muy unidos...

Le hablé a Alfred de mi poco gloriosa carrera militar, de la novia que tenía en Francia y del nuevo trabajo que había conseguido en la compañía de seguros. Él me miró agudamente y me dijo:

—Willy, explícame algo.

—¿Qué?

—Cuando hicimos aquellas pruebas en la escuela, mi coeficiente de inteligencia fue tan elevado como el tuyo.

—Sí, tú siempre has tenido ideas mucho más originales que las mías. ¿Qué quieres decir con eso?

—Aquí estás, muy bien plantado sobre tus pies, como siempre. Yo, en cambio, parece como si no hiciera nada correctamente. No acabo de entenderlo.

—Entender, ¿qué?

—La vida.

—Quizá deberías haber seguido un camino que no te exigiera tanta práctica... Algo más intelectual, como dedicarte a escribir o a la enseñanza.

Alfred sacudió su cabeza encanecida.

—No puedo dedicarme a la enseñanza, puesto que nunca terminé mis estudios en la Universidad. He tratado de escribir pequeñas historias, pero nadie quiere comprarlas. He llegado incluso a escribir poemas, pero me han dicho que son simples y malas imitaciones de Tennyson y de Kipling, y en la actualidad nadie se preocupa por esa clase de poesía.

—¿Has intentado trabajar como montador?

—Una vez vi un trabajo así en Utica —dijo, sacudiendo la cabeza—, pero no me gustó el tipo que lo ofrecía. Además, tener que recorrer el camino

hacia Utica una o dos veces a la semana me exigiría más tiempo y dinero del que me puedo permitir.

Se levantó un poco despreocupadamente, agitando el cristalino lago.

—¡Oh! —exclamó—. Ya es hora de volver a casa.

La isla estaba tranquila, a excepción de las leves explosiones procedentes del embarcadero, donde funcionaba el pequeño motor diesel que bombeaba nuestra agua y cargaba las baterías que nos proporcionaban luz y fuerza. Mientras bebíamos algo antes de cenar, le pregunté:

—Al, me has tenido pendiente un buen rato de esa maldita lámpara. ¿Qué es? ¿Por qué razón he tenido pesadillas mientras te la he traído desde Europa?

Alfred se quedó mirando su whisky escocés. Normalmente, bebía un barato licor de centeno, pero ahora había traído whisky escocés para su viejo amigo. Finalmente, me dijo:

—¿Puedes recordar esas pesadillas?

—¡Claro que sí! Me han infundido mucho miedo. En cada uno de los casos me encontraba frente a una especie de silla, o quizá de un trono. Algo estaba sentado en el trono, sólo que no podía fijarme en los detalles. Pero cuando aquel algo se adelantaba hacia mí, sus brazos eran... bueno, no tenían huesos, eran como tentáculos. Y yo no podía gritar, ni echar a correr, ni hacer nada. En cada ocasión, me despertaba en el momento en que aquella cosa ponía sus tortuosos dedos sobre mí. Y así sucedía una y otra vez.

—Creo que todo encaja —me dijo—. Ese podría ser el viejo Yuskejek.

—¿Podría ser *qué*?

—Yuskejek. Willy, ¿estás enterado de algo sobre la mitología del continente perdido, de la Atlántida?

—¡Por el amor de Dios, no! He estado demasiado ocupado para enterarme de esas cosas. Según recuerdo, los ocultistas han tratado de establecer que hubo realmente un continente que se hundió en el Atlántico, mientras que los científicos afirman que eso son tonterías, y que en realidad Platón obtuvo sus ideas de Creta o de Egipto o de algún otro lugar.

—Algunos opinan que se trataba de Tartesos, cerca de la Cádiz actual —

dijo Alfred (esta conversación la mantuvimos antes de que aquellos profesores griegos hicieran pública su teoría sobre la erupción de la isla volcánica de Thera, al norte de Creta)—. Supongo que un tipo de cabeza tan dura como la tuya no creerá en nada sobrenatural, ¿verdad?

—¿Yo? Bueno, eso depende. Yo creo en lo que veo... al menos en la mayor parte de las ocasiones, a no ser que tenga alguna razón para sospechar que hay trampa. Sé muy bien que precisamente cuando crees saberlo todo y haber descubierto el truco, es cuando te embaucan. Después de todo, yo estaba en Gahato cuando aquella médium aficionada... ¿Cómo se llamaba?... Scott... Bárbara Scott... cuando tuvo aquel problema con un grupo de pequeños espectros indios que arrojaron piedras contra la gente.

—¡Vaya! —exclamó Alfred, echándose a reír—. ¡Me había olvidado de aquello! Nunca consiguieron explicarlo.

—Así pues, ¿qué ocurre con tu maldita lámpara?

—Bueno, Ionides tiene buenas contactos con ciertos círculos esotéricos, y él me asegura que esta lámpara es una verdadera reliquia procedente de la Atlántida.

—Permíteme que me reserve la opinión. ¿Y quién es ese Yuskejek? ¿El dios-demonio de la Atlántida?

—Algo parecido.

—¿Qué clase de nombre es Yuskejek? ¿Esquimal?

—Creo que es vasco.

—¡Ya! En cierta ocasión leí que el demonio estudió vasco durante siete años y que sólo aprendió dos palabras. Ahora puedo verlo todo... El gran y siniestro sacerdote de la Atlántida preparándose para sacrificar a la hermosa princesa virgen de Ongabonga, para que el dios-demonio pueda divertirse con sus sustancias anímicas...

—Quizá sea así, quizá no. Has leído demasiadas historias de terror. De todos modos, será mejor que cenemos antes de que me emborrache demasiado para cocinar.

—¿Es que Mike no cocina para ti?

—Lo hace con gusto cuando se lo pido, pero entonces tengo que comerme los resultados. Así es que la mayor parte de las veces prefiero

hacerlo yo mismo. Vamos. ¡Mike! —gritó—. ¡La comida estará lista en veinte minutos!

Gracias a un tácito consenso mutuo, dejamos tranquila la Atlántida y su lámpara durante la cena. En lugar de hablar de aquello, incitamos a Mike a que nos hablara de los viejos tiempos en que trabajaba como maderero, y de los hombres que había conocido. Había uno que afirmaba ser seguido, día y noche, por el fantasma de un puma, aunque aquellos animales no aparecían por los Adirondacks desde finales del siglo pasado.

Dejamos que Mike fregara los platos, mientras Alfred y yo nos sentamos en la sala de estar con la lámpara. Alfred me dijo:

—Creo que lo primero que tenemos que hacer es quitarle esta capa. Para eso, quizá sea suficiente con un trapo y un poco de agua.

—El trasto es tuyo —le contesté—, pero eso que dices parece razonable.

—¡Tenemos que ser tan cuidadosos! —exclamó, mojando el trapo y frotando con suavidad—. Desearía tener aquí a un verdadero arqueólogo.

—Probablemente, te denunciaría por comprar antigüedades saqueadas. Según me han dicho, llegará el día en que los gobiernos acabarán con esa clase de cosas.

—Puede que sea así, pero, por ahora, no ha llegado aún ese momento. He oído decir que nuestros muchachos saquearon los museos de Alemania durante la ocupación. ¡Ah, mira aquí!

Un buena parte del barro había desaparecido, dejando al descubierto una protuberancia blanca, similar a unos dientes. Alfred me tendió la lámpara.

—¿Qué crees que es?

—Necesito una luz más fuerte. Gracias. ¿Sabes a qué se parece esto, Al? A un percebe...

—A ver, déjame ver. ¡Por Cristo, tienes razón! Eso significa que la lámpara ha tenido que estar bajo el agua...

—Eso no prueba nada sobre su... su procedencia. Puede tratarse de una lámpara de época griega o romana, arrojada por la borda en cualquier parte del Mediterráneo.

—¡Oh! —exclamó Alfred, desalentado—. Bueno, no voy a seguir trabajando mucho más con ella esta noche. Necesitamos la luz del día —y, tras decir esto, dejó el objeto, apartándolo.

Aquella noche, volví a tener la misma pesadilla. Estaba aquel trono, y aquel endemoniado personaje... Yuskejek o como se llamara, sentado sobre él. Y después, extendió hacia mí aquellos brazos elásticos...

Un golpe me despertó. Era Alfred.

—Dime, Willy, ¿has oído algo?

—No —contesté—. Estaba durmiendo. ¿Qué ha pasado?

—No lo sé. He notado un ruido, como si alguien... o algo... andara pesadamente por el porche.

—¿Mike?

—No, él también estaba durmiendo. Será mejor que te pongas la bata. Hace mucho frío fuera.

Sabía lo frías que podían llegar a ser las noches en los Adirondacks, incluso en el mes de julio. Bien arropado, seguí a Alfred, bajando las escaleras. Allí encontramos a Mike, que llevaba puesta una larga camisa de dormir, de estilo victoriano, con una linterna, un farol de tamaño regular y un hacha. Alfred desapareció, y tras revolver uno de los cofres que había junto a la ventana, reapareció con un rifle del calibre 22.

—Es la única arma de fuego que poseemos —me dijo—. La mantengo oculta para el caso de que los malditos *nativos* vuelvan a intentar robarme.

Esperamos, respirando ligeramente y escuchando. Y entonces escuchamos el sonido; era un bump-bump-bump; una parada y un nuevo bump-bump-bump-bump. Parecía como si alguien estuviera andando por el viejo porche llevando unas pesadas botas, la clase de botas que suele llevar todo el mundo en los bosques antes de que los veraneantes empiecen a correr de un lado a otro con pantalones cortos y zapatillas ligeras de goma. (Aún me gusta ese tipo de botas, los insectos, al menos, no pueden picarle a uno a través de ellas.)

Quizá el sonido podría haber sido producido por un caballo o por un alce,

aunque no había aparecido ningún alce por aquella región desde hacia casi un siglo. De cualquier modo, no podía imaginarme qué otra bestia podría ser capaz de nadar hasta la isla de Ten Eyck.

El sonido no parecía especialmente amenazador en sí mismo; pero en aquella noche tan negra, y en un lugar tan solitario como aquél, hizo que se me pusieran los pelos de punta. Los ojos de Alfred y de Mike tenían el doble de su tamaño normal a la luz del farol. Alfred me entregó un pequeño bate de béisbol.

—Abre la puerta con una sola mano, Willy —me dijo—, y trata de coger a lo que sea con un buen golpe de madero. Después, Mike y yo le perseguiremos.

Esperamos y seguimos esperando, pero el sonido no volvió a escucharse. Finalmente, salimos y exploramos la pequeña isla con nuestras luces. No había ningún alce. Pero las estrellas brillaban con esa extraña luminosidad que sólo se ve en las noches de tiempo claro, y en lugares elevados. No encontramos nada, a excepción de un mapache, que se subió rápidamente a un árbol desde donde nos observó con su careta negra de bandido, mientras sus ojos brillaban intensamente a la luz del farol.

—Ese es Robin Hood —dijo Alfred—. Es nuestro servicio personal de destrucción de basuras. Seguro que no era él quien producía ese sonido. Bien, hemos revisado cada metro de la isla y no hemos visto nada, así es que supongo...

No hubo más fenómenos extraños durante el resto de aquella noche. Al día siguiente limpiamos un poco más la lámpara. Poco a poco fue apareciendo un objeto pequeño y bello, muy oxidado. El metal era pálido, con un matiz rojizo o amarillento, como sucede con algunas clases de oro blanco.

También tomé un baño, más para demostrar que todavía no era un hombre de mediana edad, que por el placer de bañarme. Nunca me ha interesado mucho bañarme en el agua helada. Y ése es el tipo de agua que se encuentra en los lagos de los Adirondacks, incluso cuando hace más calor, en cuanto se desciende un poco en el agua.

Aquella noche, volví a tener otro sueño. El ser del trono estaba en él. Sin embargo, en esta ocasión, en lugar de estar situado frente a él, parecía como si me encontrara a un lado, mientras que era Alfred quien estaba frente al trono. Los dos estaban hablando, pero su conversación se mantenía en una voz demasiado baja y susurrante, de modo que no pude comprender las palabras.

A la mañana siguiente, mientras desayunábamos, devorando el gran montón de pequeñas tortas que Mike había hecho para nosotros, le pregunté a Alfred al respecto.

—Estás en lo cierto —me dijo—. Yo también soñé que me encontraba ante Su Majestad Tentacular.

—¿Qué ocurrió?

—¡Oh! Se trata de Yuskejek, seguro... a menos que los dos estemos locos. Quizá lo estemos, pero no lo creo. Yuskejek me ha dicho que me convertirá en un ganador, en lugar de un perdedor, aunque para ello tengo que ofrecerle un sacrificio.

—¡No me mires de ese modo! —le dije—. Yo tengo que volver a mi trabajo el lunes...

—¡No seas tonto, Willy! No voy a cortarte el cuello, ni tampoco el de Mike. Tengo muy pocos amigos para perderlos así. Le expliqué a ese espectro que aquí tenemos leyes muy serias contra el sacrificio humano.

—¿Y cómo se lo tomó él?

—Gruñó un poco, pero terminó por admitir que teníamos derecho a tener nuestras propias leyes y costumbres. Así pues, quedará satisfecho con un animal. Sin embargo, tendrá que ser un animal de buen tamaño... ningún ratón o ardilla.

—¿Y qué es lo que tienes por aquí? No he visto nada que sea de un tamaño superior al de las ardillas, a excepción de ese mapache.

—¡Por Cristo, no mataría a Robin Hood! Es un amigo. No, iré a Gahato y compraré un cerdo o algo así. Será mejor que vengas conmigo y me ayudes a traer el animal.

—Ahora sé que estamos locos —le dije—. ¿Te has enterado ya de dónde

estaba la verdadera Atlántida?

—¡Vaya! No se me ocurrió preguntarle. Quizá pueda tratar ese asunto más adelante. Será mejor que nos marchemos después de comer.

—¿Y por qué no ahora mismo?

—Prometí a Mike ayudarle a hacer un trabajo esta mañana.

El trabajo consistió en cortar un tronco muerto de álamo en leños para el fuego. De haber tenido una sierra mecánica, habrían terminado la tarea en cuestión de minutos, pero a Alfred no le gustaba toda esa maquinaria de nueva invención. Así pues, utilizaron una vieja sierra larga, con dos mangos en sus extremos. Yo sustituí a Alfred en la tarea, hasta que las ampollas que me habían salido de remar empezaron a dolerme.

El tiempo atmosférico parecía tener otras ideas sobre nuestro viaje de la tarde a Gahato. Es una regla casi segura que si en el verano llueve en alguna parte del Estado de Nueva York, también llueve en los Adirondacks. He conocido épocas en las que ha llovido cada día durante ocho semanas.

Habíamos disfrutado de dos días bastante buenos, y aquél empezó siendo un día claro y suave. Pero, a las diez, ya se había cubierto el cielo. A las once resonaba la tormenta, y a las doce empezó a llover a cántaros, interrumpiendo nuestra tarea de cortar madera.

Mirando desde detrás de las ventanas de la casa, apenas si podíamos ver el agua del lago, excepto cuando algún relámpago iluminaba fuertemente la escena. El viento gemía a través de los viejos pinos, doblándolos hasta el punto de que pensaba que se los llevaría en cualquier momento. La lluvia repiqueteaba contra las ventanas, casi horizontalmente, como el crepitar de un buen fuego.

—Yuskejek tendrá que esperar —dije.

Alfred pareció preocupado.

—Fue bastante insistente. Le dije que podría haber alguna dificultad y murmuró algo sobre «recuerda lo que ocurrió la última vez».

La lluvia continuó cayendo con fuerza durante la tarde. La tormenta, con sus truenos, relámpagos y viento, amainó, terminando por convenirse en un chaparrón típico de los Adirondacks. Finalmente, Alfred dijo:

—¿Sabes, Willy? Creo que deberíamos tomar el bote y marcharnos a

Gahato...

—Estás loco —repliqué—. Con este tifón, el bote se hundirá antes de llegar allí.

—No, es insumergible. Dispone de tanques de flotación y tú puedes ir achicando agua, mientras yo lo dirijo.

—¡Oh, por el amor de Dios! Si estás tan decidido a llevar adelante este asunto tan tonto, ¿por qué no te llevas a Mike?

—Porque él no sabe nadar. No es que vayamos a tener que hacerlo, pero no quiero correr ese riesgo.

Discutimos un poco más de un modo muy inconexo. No hace falta decir que a ninguno de los dos nos apetecía salir al exterior bajo aquella lluvia torrencial. Sin embargo, Alfred había terminado por obsesionarse con su lámpara de la Atlántida y el espíritu que contenía. Quizá el dios había sido evocado al frotarla para limpiarla, como sucediera en *Las mil y una noches*.

Entonces, Alfred me cogió con fuerza del brazo, diciéndome:

—¡Mira eso!

Pegué un salto como si me hubieran dado un golpe. Aquella misteriosa atmósfera había empezado a afectarme. Fue un alivio ver que Alfred me estaba señalando, no la forma materializada de Yuskejek, sino una enorme tortuga que caminaba lentamente por el claro que había frente a la casa.

—¡Ahí está nuestro sacrificio! —gritó Alfred—. ¡Cojámosla! ¡Mike!

Abrimos la puerta y nos deslizamos en la humedad, hacia el banco del lago Lower en persecución de la tortuga. Alcanzamos al animal antes de que pudiera llegar al lago. Con un aspecto similar al de un pequeño dinosaurio, la tortuga fue de un lado a otro, avanzando con bastante rapidez. Cuando nos acercamos a ella, metió su cabeza bajo el caparazón y escondió las patas. El chasquido del mordisco que nos envió sonó por encima del ruido de la lluvia.

La tortuga intentó morder a Mike cuando Alfred la cogió por la cola, elevándola en el aire. Aquello requirió un buen esfuerzo por su parte, pues debía de pesar por lo menos diez kilos. Además, Alfred tenía que mantenerla alejada de sí mismo, para evitar ser mordido, por lo que tuvo que extender el brazo. La tortuga se movía precipitadamente de un lado a otro lanzando mordiscos en todas direcciones y debatiéndose en el aire con sus patas.

—¡Ten cuidado! —le advertí—. Ese animal te puede castrar si no eres cuidadoso.

—¡Mike! —gritó Alfred—. Coge el hacha y el arpón de pesca submarina. Todos estábamos empapados. Alfred gritó:

—¡Date prisa! No puedo sostener este bicho por mucho más tiempo.

Una vez traídas aquellas herramientas, Alfred dijo:

—Y ahora, Mike, tienes que golpearla con la punta del arpón, e introducirlo en su morro. Willy, mantente atento con el hacha, y cuando Mike la obligue a sacar la cabeza todo lo que pueda, se la cortas de un hachazo.

No sentía ningún deseo de decapitar a aquella tortuga, que nunca me había hecho nada, pero yo no era más que un invitado y, después de todo, cabía la posibilidad de que aquello guardara relación con la lámpara y las pesadillas que producía.

—¿No tienes que hacer ningún ritual? —pregunté.

—No. Eso vendrá después. Yuskejek me lo explicó. ¡Ah, la has cogido!

La tortuga había mordido el arpón. Girando el pequeño tridente, Mike la obligó a sacar la cabeza de debajo del caparazón. Y entonces...

—¡Madre de Dios! —gritó Mike—. ¡Se ha comido la punta!

Así era, en efecto. La tortuga había mordido una de las puntas del tridente —que podía haber estado debilitada por el óxido— y se lo había tragado.

Instantáneamente, escuchamos un grito salvaje de Alfred. La tortuga había dirigido su morro hacia la carne de la pierna de Alfred, justo por encima de la rodilla. En aquel momento de excitación, Alfred se había olvidado de mantener alejado al reptil de su cuerpo.

En el momento en que la tortuga mordió su pierna a través de los pantalones, Alfred se tambaleó, arrastrando a la tortuga por el rabo. Después, él y el animal cayeron juntos al suelo. Alfred, encogido en el suelo, se llevó las manos a la pierna herida, mientras la tortuga, viéndose libre de la sujeción, desapareció inmediatamente en las aguas del lago Lower, batidas por la lluvia.

Mike y yo llevamos a Alfred a la casa. Una gran mancha roja se iba extendiendo por su pernera, empapándola. Sin embargo, cuando le quitamos los pantalones, no nos pareció que fuera necesario llevarlo al médico de

Gahato. Las fauces de la tortuga habían desgarrado la piel en cuatro lugares, pero los cortes eran relativamente pequeños, de ese tipo de herida que puede curar un simple desinfectante y algunas vendas.

Con toda aquella excitación, nos olvidamos de Yuskejek y de su sacrificio. Como Alfred se sentía muy desfallecido, dejó que Mike hiciera la cena. Después, escuchamos un poco la radio, leímos otro poco, hablamos un rato y finalmente nos fuimos a dormir.

La lluvia seguía repiqueteando sobre el tejado cuando, unas horas más tarde, Alfred me despertó.

—Vuelve a escucharse ese mismo sonido —me dijo.

Prestamos atención, y volvimos a oír el bump-bump-bump, mucho más fuerte que la vez anterior. Bajamos y volvimos a abrir la puerta e iluminamos los contornos con el farol. Pero todo lo que vimos fue la cortina de lluvia.

Cuando cerramos la puerta, volvimos a escuchar el sonido, más fuerte. Miramos otra vez al exterior, en vano. Cuando cerramos la puerta de nuevo, el sonido se escuchó todavía con más fuerza: boom-boom-boom. Toda la isla parecía estremecerse.

—¡Eh! —dijo Alfred—. ¿Qué demonios está ocurriendo? Parece como si fuera un terremoto.

—Nunca he oído decir que en esta parte del país haya habido ningún terremoto —dijo—. Pero...

Se produjo entonces un terrorífico boom, como un rayo que hubiera caído cerca. La casa se estremeció y pude oír cómo los objetos se caían de las estanterías.

Mike se arriesgó a dar un rápido vistazo al exterior, y gritó en tono quejumbroso:

—¡Señor Ten Eyck! ¡El lago está subiendo!

Las sacudidas empezaban a ser tan violentas que apenas si podíamos sostenemos en pie. Nos apoyamos en la casa, y entre nosotros, para mantener nuestro equilibrio. Era como estar en un tren que avanzara con gran rapidez sobre unos rieles en mal estado. Alfred miró hacia el exterior.

—¡Es eso! —gritó, lleno de espanto—. ¡Larguémonos de aquí!

Una vez fuera, nos encontramos bajo la implacable lluvia, en el momento en que las aguas del lago Lower llegaban espumeantes hasta el mismo porche de Camp Ten Eyck. En realidad, no eran las aguas las que estaban subiendo, sino la isla la que se estaba hundiendo. Tropecé y salté del porche, encontrándome de pronto con el agua hasta las rodillas. Una ola casi me pasó por encima y, de algún modo, me despojé de mis ropas.

Afortunadamente, soy un nadador bastante bueno. Una vez que me sentí a flote, no tuve ningún problema en mantenerme sobre la superficie. No había olas pequeñas, de esas que le dan a uno en el rostro, sino olas grandes, largas, que surgían lentamente y me sacudían hacia arriba y hacia abajo.

Quedaban, sin embargo, una gran cantidad de restos que habían flotado, subiendo a la superficie desde la isla cuando ésta se sumergió. Tropecé con cajones, leños, ramas de árboles y otros restos. Escuché los gritos de Mike Devlin.

—¿Dónde estás, Mike? —grité.

Gracias al sonido de nuestras voces, pudimos encontrarnos, y entonces nadé hacia él. Recordando que Mike no sabía nadar, hubiera deseado tener más práctica en salvamento de naufragos. Afortunadamente, encontré a Mike agarrado a un tronco —parte de aquel álamo que habían estado aserrando— como único medio de salvar su vida. Con un gran despliegue de energía por mi parte, conseguimos llegar a la orilla media hora más tarde. Mike estaba sollozando.

—¡Pobre señor Ten Eyck! —dijo—. ¡Un caballero tan amable! Debió de caer alguna maldición sobre él.

Hubiera o no una maldición sobre Alfred Ten Eyck, el caso es que su cuerpo fue recuperado al día siguiente. Tal y como él mismo había admitido, era un perdedor.

El oleaje causó daños por valor de muchos miles de dólares a otras personas, afectando sus embarcaderos, botes y casas lacustres situadas en los lagos Superior, Lower y en el canal. Sin embargo, y debido al chaparrón, todos los demás propietarios de casas habían permanecido en ellas y no se produjo ninguna otra desgracia personal.

El geólogo del Estado afirmó más tarde que el terremoto era una imposibilidad geológica.

—Debería haber dicho una anomalía —se corrigió a sí mismo—. Obviamente, era algo que cabía dentro de lo posible, puesto que sucedió. Tendremos que modificar nuestras teorías para explicarlo.

No creo que le hiciera ningún bien hablarle de Yuskejek. Por otra parte, si la historia se conocía, algún propietario podría haber sido lo bastante chiflado como para pedirme una indemnización por los daños y perjuicios sufridos en sus propiedades. Habría dispuesto de una gran cantidad de tiempo para probar cualquier cosa y, después de todo, ¿a quién le gusta verse envuelto en el más tonto de los juicios?

Supongo que la lámpara de la Atlántida se encuentra ahora en el fondo del lago, y confío en que nadie la saque de allí. Cuando Yuskejek amenaza con hundir una isla si no se le ofrece un sacrificio, creo que no bromea. Quizá ya no pueda hundir un lugar tan grande como se supone que fue la Atlántida. Su capacidad actual parece mas bien encontrarse al nivel de una pequeña isla como la de Ten Eyck.

Sin embargo, no me interesa buscar a esa vieja y siniestra divinidad simplemente para comprobar qué es lo que puede hacer. Con una demostración como la que presencié, es suficiente. Después de todo, se supone que la Atlántida fue un *continente*. Y si él se enfada lo bastante, nunca se sabe...

Notas

[1] Designación internacional abreviada, basada en la terminología anglosajona *Science-Fiction*, para referirse a la literatura de ciencia ficción.

<<